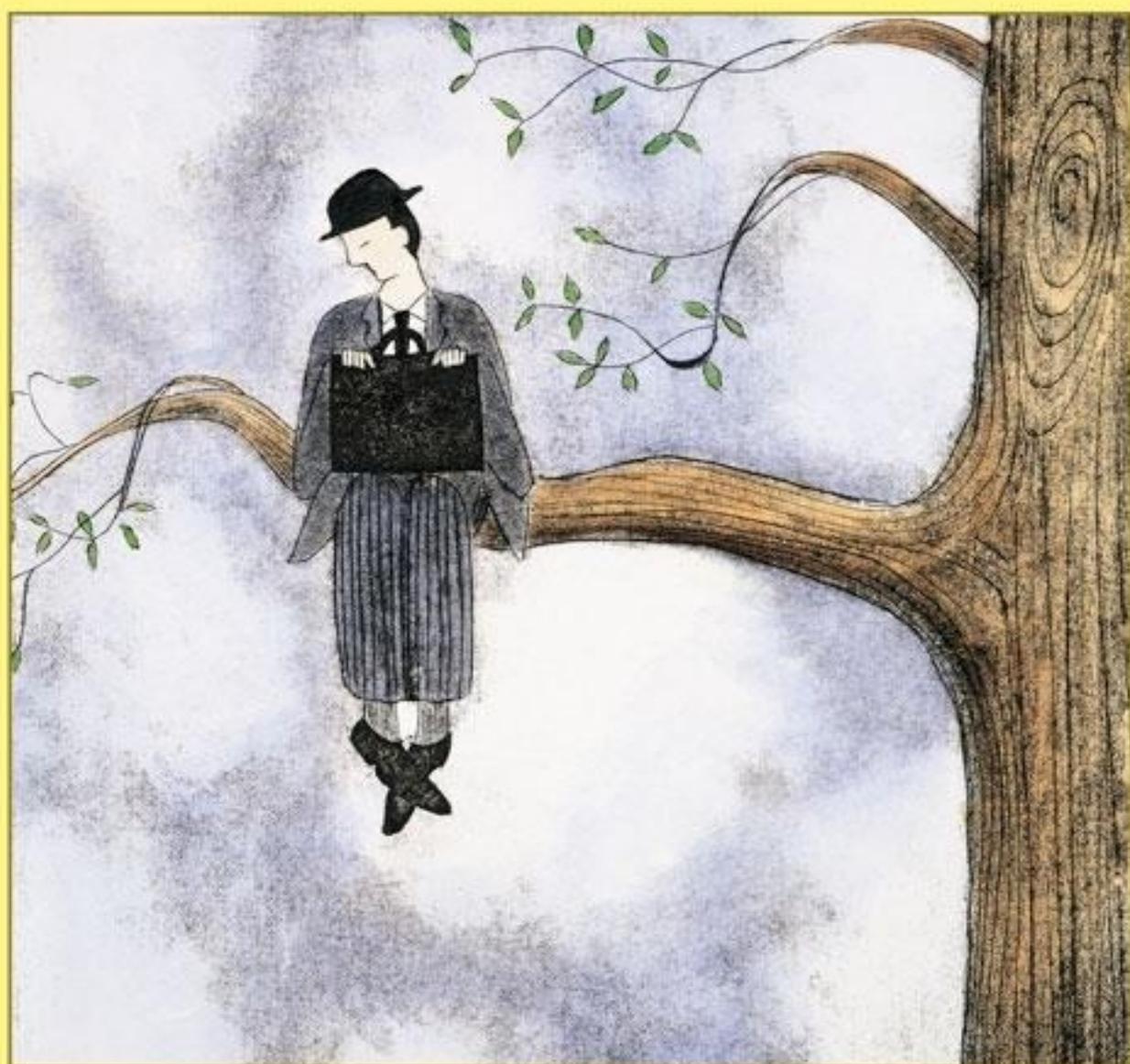


H. M. ENZENSBERGER

Reflexiones del señor Z.

*o migajas que dejaba caer, recogidas
por sus oyentes*



Lectulandia

¿Quién es ese tipo con bombín y nombre enigmático que, a lo largo de casi un año entero, se presenta todas las tardes en el mismo rincón del parque para enzarzar a los transeúntes en animadas discusiones? ¿Un sabio? ¿Un charlatán? ¿Un filósofo a la antigua usanza? ¿Un cascarrabias y polemista impenitente? ¿Un predicador? ¿O simplemente, como afirma uno de sus oyentes, un jubilado que se aburre? Todo eso es el señor Zeta, un Sócrates moderno o un trasunto de aquel señor Keuner de Brecht, con quien comparte estoicismo y excentricidad a partes iguales. Muchos paseantes se detienen un instante, menean la cabeza y pasan de largo. Otros le escuchan, le replican y vuelven día tras día al punto de encuentro. El señor Z. no escribe, pero algunos de sus oyentes toman notas de lo que dice y, gracias a ellos, nos llega esta especie de diario que recoge sus ideas y provocaciones. Nada escapa al espíritu crítico y subversivo del señor Z., evidente álgter ego del propio Enzensberger: la arrogancia, las instituciones, la religión pero también el ateísmo, los totalitarismos pero también la democracia, el arte, la poesía, la economía neoliberal, la educación, internet y un largo etcétera. Sus dardos son implacables, pero también caprichosos y contradictorios como la vida misma. Como siempre en Enzensberger, toda afirmación está imbuida de socarronería y del más puro escepticismo, entendido en el mejor sentido. Dicho en palabras de Z.: «Uno solo debe mantenerse fiel a aquello que no dice».

Lectulandia

Hans Magnus Enzensberger

Reflexiones del señor Z.

o migajas que dejaba caer, recogidas por sus oyentes

ePub r1.0

Titivillus 19.11.15

Título original: *Herrn Zetts Betrachtungen, oder Brosamen, die er fallen liess, aufgelesen*
Hans Magnus Enzensberger, 2013
Traducción: Francesc Rovira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Hay que imaginarse al señor Zeta como alguien que se guarda para sí sus segundas intenciones, que lleva las preocupaciones con aplomo y que raramente renuncia a hacer el bien. De figura robusta y rolliza, lo único en él que llama la atención del observador es su serenidad y lo derrochador que se muestra con su tiempo. Si tiene profesión, nunca la menciona.

Sus ojos de color gris azulado son muy despiertos, pero quien lo observe con atención descubrirá que es corto de vista. Además de su traje sal y pimienta pasado de moda, lleva un bombín marrón que suele dejar a su lado, sobre el banco.

Durante prácticamente un año entero, y siempre que el tiempo lo permitiera, cualquiera habría podido encontrar al señor Zeta cada tarde en el parque, apartado de los caminos principales, en un rincón protegido por setos de carpe en el que, excepto por algunos estorninos hambrientos, reinaba la calma.

Ninguno de nosotros sabría explicar cómo entablamos conversación con el señor Zeta por primera vez. En este contexto, *nosotros* se refiere a un grupo de paseantes reunidos por el azar que de vez en cuando nos deteníamos a escucharlo. La mayoría proseguía su camino al cabo de un rato sacudiendo la cabeza. Otros le hacían preguntas o se enzarzaban en largas discusiones con él.

Al final solo quedamos tres. ¿Por qué razón decidimos dar cuenta de nuestras conversaciones con el señor Zeta a unos contemporáneos que no habían oído hablar nunca de él? Naturalmente, él es el auténtico autor de nuestro compendio, aunque, hasta donde sabemos, nunca escribió negro sobre blanco ni una sola de sus frases. De hecho, no podemos garantizar la corrección de nuestras anotaciones. Por un lado, porque, como él mismo nos advirtió en más de una ocasión, la memoria engaña; por otro, porque a menudo discutimos entre nosotros.

¿Qué predominaba en las apariciones del señor Zeta, la timidez o la soberbia? ¿Realmente dijo tal o cual cosa? Son imaginaciones tuyas, dice uno. Pondría la mano en el fuego, replica el otro, y un tercero propone un pacto: que cada uno de nosotros escriba lo que le parezca. Eso le habría gustado al señor Zeta; así que nuestra troika se puso al fin de acuerdo.

1 La primera o segunda vez que nos encontramos, un día de principios de abril en que los árboles se disponían a poner fin a su prolongada huelga, dijo Z. que se preguntaba por qué nos deteníamos a escucharlo. No se sentía lo suficientemente viejo como para tener discípulos, y estaba muy lejos de tenerse por un maestro. Tampoco podíamos considerarnos hermandad, ya que no le unía ningún lazo sanguíneo ni político con los que allí nos habíamos congregado. Ni siquiera se veía como un profesor; eso podría haber significado que ya no tenía nada que aprender. Quizás a alguien le diera por calificarlo de orador, pero para ello le faltaban la práctica y una tribuna. Él no necesitaba ningún podio y se esforzaba por expresarse con brevedad. Quien anduviera en busca de un guía se había equivocado de lugar, lo mismo que quien pretendiera reunir adeptos a su alrededor. Al fin y al cabo, concluyó, todos nosotros no éramos sino paseantes que solo pretendían charlar amigablemente un rato.

2 «Si logran dar con algo», dijo Z., «que despierta su admiración, no escatimen ese impulso tan agradable».

3 Dijo Z.: «Contradíganme, pero sobre todo contradíganse ustedes mismos. Uno solo debe mantenerse fiel a aquello que no dice».

4 Uno de nosotros se decidió a hacerle una objeción. «Habla usted con enigmas, y me temo que lo hace a propósito. Desde luego, no puedo hablar por los demás, pero yo personalmente preferiría que se expresara con menos ambigüedad».

«Me ha desenmascarado usted. Pero ¿acaso le parece que la ambigüedad es una simple manía? Le ruego que no olvide que tenemos dos manos. Izquierda y derecha, sin duda fáciles de confundir, pero desde luego no son lo mismo. Nuestra asimetría tiene sus ventajas. Se necesitan dos manos para lavarse, para cambiar los pañales a un bebé o para coser un botón. Nuestras facciones no presentan simetría especular; si alguien copiara su fotografía de carné e intercambiara una mitad con otra, no se reconocería en el *collage* resultante. O bien pruebe a taparse un ojo y luego el otro. Descubrirá que su percepción es estereoscópica y que el mundo se ve distinto según la perspectiva. También el cerebro, por lo que me han contado, presenta dos mitades

muy diferentes. Concluyo de todo ello que el anhelo de univocidad puede estar muy extendido, pero está condenado al fracaso».

5 A media tarde, mientras el autor de la réplica, un joven licenciado muy irritable, daba vueltas a cómo rebatir los argumentos de Z., empezó de pronto a nevar. Era abril y nadie iba preparado para esa circunstancia, excepto una distinguida y voluminosa señora que había aparecido envuelta en un abrigo de visón. Los congregados maldecían, muertos de frío, se sacudían los copos de nieve de los hombros y emprendían la huida. Ni siquiera el joven erudito tenía ya ganas de proseguir con la discusión, de modo que solo el señor Z. permaneció sentado. La señora decidida fue la única que no abandonó el lugar. Un señor muy callado, que había estado presente desde el principio, se unió a ellos dos. Llevaba un traje a medida bien cortado y unas gafas de sol que no se quitaba nunca. Solo un detalle desentonaba en su perfecta presencia: el pelo entrecano se le ondulaba sobre la nuca, como si no hubiera tenido tiempo de pasar por el peluquero. Aunque parecía andar perfectamente, iba provisto de un bastón con el puño de marfil.

La señora decidida observaba a los dos hombres en silencio. La nieve revoloteaba ante sus ojos. Los tres esperaron pacientemente a que despejara.

6 Al cabo de unos días, Z. respondió así a la pregunta de qué pensaba acerca de la muerte: «Dado que, por lo que veo, ninguno de nosotros está a punto de exhalar el último suspiro, resulta prematuro hablar de ello».

7 «Suele decirse en alemán: “Quien dice A, debe decir B”,¹ y así hasta el final del alfabeto. Quisiera pedir», dijo Z., «que al aplicar esta regla a mí se me deje al margen».

8 Sobre la fama, comentó Z.: «Solo dentro de su propio autobús es famoso el famoso. Tan pronto como se apeee, descubrirá que fuera nadie ha oído hablar de él».

9 Sobre el arte, hizo Z. la siguiente reflexión: «Por mucha vehemencia que se ponga en desaconsejarlo a los jóvenes, todo será en vano».

10 «Espero, amigos míos, que no me atribuyan ninguna estrategia», manifestó Z. «No pretendo lavarles el cerebro. Hay que guardarse mucho de los consejeros. Son caros y presuntuosos, y solo miran por sí mismos. Como los militares del estado mayor, creen que es posible prepararse para cualquier eventualidad imaginable. Espero que no me atribuyan una actitud similar. Conmigo pueden estar seguros de que me quedo mis decisiones para mí y les dejo las suyas a ustedes».

11 En cambio, sobre la táctica, citó Z. a un chino del siglo IV antes de Cristo: «Si eres fuerte, finge impotencia; si dispones de plenas energías, muéstrate indolente. Despierta la ira de tu enemigo y confúndelo. Muéstrate más débil de lo que eres y alimenta su soberbia».

12 Aquella tarde de abril, un chubasco puso abruptamente fin a las discusiones. El que llevaba paraguas, lo abrió y ofrecía a su vecino un refugio provisional. De este modo, algunos de los oyentes, que hasta el momento solo se conocían de vista, se aproximaron entre sí. A nadie se le ocurrió ofrecer cobijo al señor Z., que se conformó con ponerse su viejo bombín. Se encendió un purito y no vio ningún motivo para abandonar su banco.

13 Dijo Z.: «Resulta saludable vivir sin la ilusión de la propia importancia».

14 No había nada que objetar a la adivinación, declaró Z., aunque nadie la había atacado. Era uno de los oficios más antiguos del mundo, añadió. «Los astrólogos y sus sucesores actuales proporcionan diversión, entretienen y rara vez son más tontos que sus clientes. Me gusta su audacia, y sus pronósticos incitan a la reflexión aun cuando se revelen falsos».

15 Z. nos advirtió: «Censuradme tan pronto como amenace con volverme minucioso».

16 Preguntado por su opinión sobre los ateos, respondió Z.: «Lo que me irrita en ellos es su dogmatismo. También me molesta que les parezca inconcebible una inteligencia superior a la nuestra. Esta asunción me parece más aventurada que cualquier creencia en Dios».

17 A los arrogantes que se encontraran entre nosotros, les dijo Z.: «Quien crea que forma parte de los vencedores, tarde o temprano verá como su cuerpo le da un buen escarmiento».

18 Cuando a alguien le pareció reconocer en él los primeros signos de la sabiduría propia de la edad, dijo Z.: «Puede ser, pero no pienso caer en su trampa».

19 «Incluso el que trilla paja encuentra un grano de vez en cuando. Sin embargo», dijo Z., «es este un proceder que no puedo recomendar».

20 «La renuncia», dijo Z., «es un arte elevado que raramente se enseña y aún más raramente se domina. La mayoría de las personas se ven superadas sin remedio por la magnitud de lo superfluo».

21 Al descubrir entre nosotros a un envidioso, le reprendió: «El envidioso es un ser falto de imaginación. Se preocupa por lo que otros tienen y hacen, por cómo viven y qué aspecto tienen. Con ello solo se perjudica a sí mismo. Lleva el altruismo demasiado lejos».

22 Una vez, Z. trajo consigo una de esas robustas carteras de plástico multicolor típicas de la Europa del Este y extrajo de ella un montón de libros. Era la primera vez que cargaba con algo.

«Todos son textos sagrados», dijo. «Es decir, obras a las que nunca han faltado lectores, incluso antes de que hubiera listas de superventas. ¿A qué se debe este fenómeno? Es una cuestión a la que he dado muchas vueltas. Sin duda se trata de libros extremadamente entretenidos. Uno encuentra en ellos milagros y relatos fantásticos. Algunos pasajes son profundos, otros de lo más sangrientos. La crítica literaria no les afecta en lo más mínimo. El viajero solitario se los encuentra en la mesilla de noche de la habitación del hotel, las primeras ediciones alcanzan un precio considerable en las subastas y en algunos puestos de las zonas peatonales se consiguen ejemplares gratis».

«¿Acaso pretende leernos fragmentos de esos volúmenes? Lo último que nos habríamos esperado de usted es una discusión sobre la Biblia».

«No debemos limitarnos al Viejo y el Nuevo Testamento. Puedo mostrarles no solo la bonita reimpresión de la traducción de Lutero de 1545, una edición definitiva muy recomendable, sino también el Talmud de Babilonia, un Corán, los sermones de Buda e incluso El Libro de Mormón del año 1830, aunque con ello no lo abarcamos todo, desde luego; casi se podría decir que los escritos sagrados abundan como la arena en el mar.

»Lo más llamativo es que cada uno de estos textos se tiene a sí mismo por el único y muestra muy poco aprecio por los demás. La mayoría sorprenden por sus peculiares preceptos y prohibiciones. Se dice, por ejemplo, que no se debe dejar con vida a las hechiceras; que el hombre debe limitarse a cuatro esposas; que hay que evitar el vino y la carne de cerdo, y que el cabrito no debe cocerse jamás en la leche de su madre.

»En algunos de estos escritos se designa a Dios como autor principal, mientras otros admiten diversos autores. Los lectores ilustrados insisten en que no deben entenderse sus revelaciones en sentido literal y advierten de la complejidad de las fuentes. No es casual, dicen, que la tradición, a través de discípulos, hadices,

comentaristas y concilios, haya eliminado textos apócrifos, separando de este modo el grano de la paja. A los lectores más creyentes no les gusta oír estas elucubraciones».

23 Algunos de los oyentes más mayores se quejaron de que las observaciones de Z. rezumaban cierta falta de seriedad. Más de una vez habían tenido la sensación de que no mostraba el debido respeto.

«Lamento mucho que tengan esa impresión», respondió Z. Le resultaba difícil rebatirla. En lugar de intentarlo, se limitaría a contar una anécdota.

«Trata de un conocido mío irlandés, que lamentablemente no puede acompañarnos porque viaja mucho. Es sobrecargo en una gran compañía aérea. Antes era sacerdote, creo que incluso fue prelado de la Iglesia católica en su país, hasta que tuvo que colgar la sotana a raíz de un escándalo. La lengua inglesa tiene una expresión graciosa para describir este hecho: *he was unfrocked*.

»Me preguntó si podía creer que unos poderes superiores habían dictado palabra por palabra sus textos a las religiones.

»«¿Por qué no debería ser posible?», le respondí. «¿O acaso consideras inconcebible que existan en el universo espíritus superiores a nosotros?».

»Pero él no se dio por satisfecho.

»“Esa hipótesis”, afirmó, “solo empeoraría las cosas. Tendríamos que concluir que los textos de los que hablas son una especie de burla divina, un *practical joke*, una broma que esos seres superiores gastan a la humanidad. Como si se regodearan contemplando nuestros esfuerzos para descifrar y entender los textos sagrados. Por lo menos eso explicaría sus contradicciones, así como el hecho de que su estilo oscila entre los áridos listados, los espléndidos poemas, los plomizos partes de guerra, las exhaustivas normativas constructivas y los fascinantes dramas familiares”.

»Aquella afirmación volvió a parecerme frívola, por lo que cité las enseñanzas de Erasmo, que viene a decir: todo eso no molesta a los lectores piadosos, y, mientras no tengan intención de matarnos, debemos ahorrarles nuestras bromas».

24 Los epicúreos no dudaban de la existencia de los dioses, pero afirmaban que a estos les traía sin cuidado el destino de los hombres. Contra esta visión objetó Z.: «En los relatos de los griegos se habla continuamente de la risa de los dioses. Eso presupone que la humanidad les sirve, cuando menos, de entretenimiento».

25 «No existe el Todo. Ni nuestra ciencia ni nuestra imaginación serían capaces de aprehenderlo». Z. volvía a menudo sobre esta tesis.

Cuando oía hablar de la «totalidad», se ponía enfermo. Detrás de esa palabra, decía, se esconde siempre un fin deshonesto de tipo religioso, político o intelectual. Fuera como fuera, él no solo se conformaba con lo parcial, sino que sabía valorarlo y disfrutaba de su parcialidad particular.

26 Cuando Z. empezó a hablar de lo más y lo menos, nos temimos un largo sermón, o sea, más bien un más que un menos. La frontera entre lo excesivo y lo insuficiente, dijo, es inestable; solo excepcionalmente se llega a un equilibrio. En este sentido, daba igual que nos refiriéramos a la naturaleza o a la economía: siempre había oscilaciones. Ondas más largas o más cortas, amplitudes más intensas o más débiles, he ahí la clave. Cualquiera podía observar, prosiguió, con qué facilidad el entusiasmo se tornaba aburrimiento, por ejemplo en ese preciso instante, mientras le escuchábamos. Determinar el momento justo no era tarea sencilla, concluyó, pero valía la pena el esfuerzo.

27 Z. insistía mucho en su debilidad por la diversidad. Por ejemplo, elogiaba, sin haberla comprendido, la caligrafía china, con sus ochenta mil caracteres. También ensalzaba a los inventores de los alfabetos latino, árabe y cirílico, con sus cifras y signos diacríticos. Una riqueza, añadió, que provocaba la irritación de los ingenieros, que preferían el código binario, con su sucesión de ceros y unos. A él, en cambio, no le apetecía nada vérselas con textos que solo tuvieran interés para las máquinas.

28 «Las asociaciones son algo bonito», dijo Z. «Proporcionan calidez. Por eso hay tantas. Recientemente, aplicados sociólogos han estimado su número: en Alemania habría unas 555.000. El número de miembros supera con mucho al de habitantes». Z. dijo no saber cuántos partidos políticos, agrupaciones, clubes de fútbol o del automóvil, empresas, clubes de tiro, fundaciones y corporaciones administrativas tenía a su disposición, pero sentía una gran estima por los bomberos voluntarios y por el teléfono de la esperanza. Sin embargo, puntualizó, uno no solo debía poder ingresar en dichas instituciones, sino también salir de ellas sin temer perjuicio alguno.

29 A medida que el frío fue remitiendo, Z. empezó a sudar. Prescindió de su vieja chaqueta gris y casi todos los días lo encontrábamos en su banco en mangas de camisa. De lo que no se desprendió nunca fue de su bombín.

«Las conversaciones sobre el tiempo son inevitables, pero no conducen a nada. No debemos dejarnos tiranizar por la meteorología».

Ese consejo pareció traerle sin cuidado al elegante señor de las gafas de sol, pues no siguió el ejemplo de Z. Por lo visto, se negaba a quitarse la chaqueta indicara lo que indicara el termómetro.

30 Z. calificaba la invención de la máquina de afeitar de auténtica bendición. Según él, evitaba a los hastiados de retocarse la barba día tras día el impulso de poner fin a la rutina matutina haciendo uso de la tentadora navaja. A propósito de ello, le venía a la cabeza Adalbert Stifter, quien un buen día se cortó la garganta porque estaba hasta la coronilla de los idilios campestres que había compuesto.

31 Dijo Z.: «¡Cuántas veces me exigieron mis profesores que me concentrara! Yo prefería esparcirme o, aunque parezca un juego de palabras malo, disiparme».

32 Sobre la educación, Z. se expresaba con desprecio. Como legítima defensa contra los niños podía tener su justificación, pero su inconveniente era que los adultos se creían más listos que sus hijos. Eso constituía un grave error, en el que sin embargo caían casi todos los padres y profesores de escuela y universidad. A este respecto, se consolaba con una frase del historiador de la ciencia Otto Neugebauer, que al parecer afirmó que no existe ningún sistema pedagógico conocido por la humanidad capaz de malograr el entusiasmo de todos los niños.

33 Deberíamos leer menos, afirmó Z. con mal humor. A su modo de ver, leer era una mala costumbre, tan perjudicial para la salud como el tabaco. «Si me hubiera dedicado a pensar en lugar de hojear libros o incluso periódicos», prosiguió, «probablemente me habría vuelto más inteligente».

34 Siempre que aparecía un pelotón de turistas japoneses o una horda de deportistas jadeantes que amenazaba con instalarse cerca de nosotros, Z. hacía una pausa y se encendía uno de sus pestilentes puritos, cosa que los intrusos recibían con desaprobación. Hasta que no volvíamos a estar solos no proseguíamos nuestras discusiones.

35 Demasiado poco, dijo Z., se valoraban los disparates de los poetas, que siempre habían dado tan notables frutos. Seguía siendo un misterio, por ejemplo, qué quería decirnos el joven Rimbaud cuando sentenció: «*Il faut être absolument moderne*». Era esta una exigencia frente a la que él no podía sino prevenirnos. Tampoco ayudaba en nada alimentar la modernidad en cuestión con un prefijo como «post» o numerarla como segunda, tercera, y así sucesivamente. Fuera como fuere, en esas palabras reverberaba siempre la ridícula idea de que uno, como contemporáneo, era más inteligente, más capaz, en una palabra: sencillamente más que aquellos antepasados a quienes debíamos el fuego, la cama, el zapato, la astronomía y los dioses.

36 De todo aquello que nos parezca realmente importante, dijo Z., deberíamos hablar como quien no quiere la cosa.

37 Z. lamentaba el escaso ingenio que por regla general mostraba la gente al alterarse. Así, sus impropiedades carecían de la contundencia necesaria. «En los insultos», prosiguió, «es donde se descubre al verdadero maestro. Cuando Karl Marx tilda a su oponente Bakunin de “Mahoma sin Corán”, no solo revela su

animadversión, sino sobre todo su clarividencia».

En este aspecto solo le había superado el genial cascarrabias de Schopenhauer, que se había mostrado en plena forma al referirse a Fichte en los términos siguientes:

«Ha dicho cosas que me provocaron el deseo de ponerle una pistola en el pecho y decirle: tienes que morir sin compasión; pero dime antes por amor de tu pobre alma si con ese galimatías has pensado algo claro o querías simplemente tomarnos el pelo».

38 Z. nos aconsejó: «Cuando alguien intente provocarles, respóndanle con la más aplastante de las serenidades. Lo único que pretende el fanfarrón es que contesten a su provocación. Quiere alimentarse de su reacción».

39 «Quien ande buscando a un gurú, se equivoca de lugar», dijo Z. «Si alguien pretende escucharme absorto, quizá debería pararse a pensar que en casa también se está muy bien. El que duerme no necesita discusiones de ningún tipo».

40 Z. observó que, en los «estudios» que últimamente proliferaban como setas, uno podía tocar la guitarra, broncearse hasta quemarse, levantar pesos abrumadores, hacerse cortar las uñas y el pelo, filmar películas o abandonarse a un masaje tailandés. En lugares así, el único que podía quedar como un aguafiestas era precisamente alguien que quisiera estudiar.

41 «No es de envidiar el que da muchas vueltas a todo lo que le puede salir mal. En principio, el número de errores que tenemos a nuestra disposición es ilimitado, mientras que las opciones correctas pueden contarse con los dedos de una mano. Así pues, las leyes de la probabilidad abogan por que la mayor parte de las cosas fracasen. Sin embargo, como si jugáramos a la lotería, nos arriesgamos y nos aferramos a la ilusión de que la fortuna nos favorecerá. Incluso cuando nos sale un reintegro nos alegramos. En lugar de pensar que tenemos un billete no premiado, creemos que se nos ha concedido una nueva oportunidad».

42 «El que habla de “personas semicultas” comete un pecado de adulación ilimitada», dijo Z. «Ya solo hablar de un cuarto de cultura, incluso en el caso de los polímatas, sería muy exagerado. No en vano la fórmula x/x^2 toma rápidamente valores infinitesimales que tienden a cero. Lo cual se aproxima mucho más a nuestros conocimientos reales».

43 Z. se preguntaba si Montaigne tenía razón cuando escribió que había que dejar la política «a los más robustos y menos dubitativos que de buena gana sacrifican su honor y su conciencia por ella».

44 Algunas personas de nuestro grupo tenían la sensación de que Z. era demasiado susceptible. «Cuando un organismo público», maldecía, «me obliga a acumular y presentar un montón de recibos, siento una repugnancia física. Preferiría tener que abrazarme a una escupidera o a la taza del váter. Del fisco no me quejo tanto de la codicia insaciable con la que me persigue; las náuseas me vienen más bien de cómo humilla al contribuyente. Hacienda es la Némesis burocrática que se venga de nuestros placeres».

Algunos se burlaron de él diciéndole que más le valía tomar ejemplo de los estoicos, a los que tanta devoción parecía profesar.

45 Z. era un incondicional de *La vida de los animales* de Brehm. «Me traen sin cuidado las objeciones que le hace la ciencia», dijo. «A mí los cisnes me parecen exactamente como él los describe. Son inteligentes y comprensivos, aunque raramente se desprenden de su peculiar timidez y discreción; en su naturaleza se expresan el amor propio y el sentimiento de la propia dignidad, pero también cierto despotismo».

Además de su arrogancia, añadió Z., al viejo Brehm le habían llamado la atención su reprobable envidia y cierta malicia. Era una afirmación tan ingenua como acertada. Tan solo si comprendíamos hasta qué punto nos parecíamos a los animales podríamos relacionarnos con ellos. Lo que se le echaba en cara a ese afable hombre del siglo XIX, es decir, su antropomorfismo, era una palabra que a él le sonaba a chino.

46 Solo se puede confiar en muy contadas amistades, afirmó Z. Un enemigo íntimo, añadió, es más valioso que un compañero público. El señor de las gafas de sol, que por lo demás no se prodigaba en comentarios, recibió esta observación con un ostensible movimiento afirmativo de la cabeza.

47 Cuando uno de nosotros se quejó de la forma anticuada de hablar de Z., este le replicó que cierta dosis de anacronismo era muy saludable, pues quien se abandonaba al espíritu de su época estaba perdido.

Luego murmuró las siguientes palabras: Sobremanera. Ex profeso. Encomio. Antonomasia.

«¡Más alto!», gritaron algunos. «No entendemos nada».

Z. alzó la voz y continuó: «Melancolía. Mancebo. Anhelar. Zaherir. Abochornarse. Amartelarse. ¿Cuándo han oído estas palabras por última vez?», preguntó.

«Ni idea», respondió un chico con chaqueta de aviador. «Pero no se preocupe. Como la ropa, piense, si no, en la toga o el sombrero de tres picos, también las palabras pasan de moda. Por eso continuamente se inventan otras. Por ejemplo,

tuitear o *chatear*. Que no son peores que *amartelarse* o *anhelar*, si quiere saber mi opinión. Puedo entender que eche de menos la *melancolía*; ¡pero hace tiempo que eso ya no es motivo para ponerse sentimental!».

«Tomo nota de lo que dice», le respondió Z. tras un momento de estupor. «Sin embargo, me gustaría dedicar unas palabras de elogio al anacronismo. Ya tenemos suficiente con vernos condenados a la contemporaneidad. Puede que la tendencia ahuyente el aburrimiento y la actualidad nos embriague con sus tonos estridentes, pero todavía es más agradable descansar del presente. A eso puede ayudarles la música de Ockeghem o de Gombert, pues no solo es antigua, sino que es remota. ¡Pruébenlo! Creo que desfasado se vive de un modo más saludable».

48 «De los filósofos», dijo Z., «primero me gusta el hecho de que haya tantos; segundo, que cada uno de ellos contradice a todos los demás, y tercero, que no tienen ningún reparo en hablar de cosas de las que no tienen ni idea. Para apreciarlos, basta con saborear lentamente lo que el gran Hegel dijo sobre la mediación:

»“No es sino la igualdad consigo misma en movimiento o la reflexión en sí misma, el momento del yo que es para sí, la pura negatividad o, reducida a su abstracción pura, el *simple devenir*. El yo o el devenir en general, este mediar, es cabalmente, por su misma simplicidad, la inmediatez que deviene y lo inmediato mismo”.

»Ningún dadaísta», concluyó Z. a partir de esta cita, «lo habría podido expresar de un modo más bello».

49 Cuando se percató de que algunos de los presentes se aburrían, Z. se enfadó y dijo: «Solo las personas aburridas se aburren». Nadie quiso quedar en evidencia protestando contra esa aseveración.

50 La tarde siguiente, y no era la primera vez, esperamos a Z. en vano. Solo media docena de paseantes se habían congregado en el lugar habitual. No podía ser por causa del tiempo, pues el cielo estaba completamente despejado. El chico de la chaqueta de aviador fue el primero en quejarse. «Nos ha dejado plantados», dijo.

«¿Le sorprende?», preguntó la señora decidida del abrigo de visón. «No deberíamos enfadarnos por estas eventualidades; deberíamos agradecerse las, pues nos proporcionan variedad. ¿Le molesta haber venido para nada? A mí no».

«Al menos podría avisarnos, o disculparse».

«A mí me gusta la falta de disciplina que hay aquí. Al fin y al cabo estamos donde estamos por voluntad propia. Cualquiera puede ir y venir como le plazca. Esa es la diferencia entre nuestros pequeños ejercicios espirituales y el adiestramiento que suele darse en los llamados puestos de trabajo. En definitiva, también podemos conversar sin el señor Z. ¿O teme acaso que no tengamos nada que decirnos si no

viene él? Eso sería muy mala señal. Cualquiera de nosotros podría asumir su papel. Estoy segura de que a él le gustaría».

De este modo surgió una conversación de otro tipo.

51 Al día siguiente, Z. volvía a estar en su sitio habitual. «Es de mala educación», dijo, «exhibir la propia melancolía e importunar al prójimo con las preocupaciones propias. Al menos en sociedad, es mejor poner buena cara.

»También favorece la convivencia tener en cuenta las peculiaridades de nuestro anfitrión. Para los ingleses, por lo visto, resulta de mal gusto hablar de lo que a uno le interesa de verdad, por ejemplo de su trabajo, de sus cuitas amorosas o de los planes que tiene en mente. El arte del *small talk*, que el forastero malinterpreta como conversación huera, ornamenta el aburrimiento. En ese contexto, sale mal librado el que se muestra demasiado ingenioso. Cuando Oscar Wilde prodigaba sus agudos comentarios, producía citas inmortales, pero con ello no se granjeaba ningún amigo. En un salón parisiense ocurre al revés; ahí reina el *esprit* como una neurosis obsesiva.

»Incluso las faltas imperdonables se diferencian según la longitud y la latitud. No es lo mismo, ni mucho menos, que alguien lance un ladrillo, cometa un *faux pas* o una *gaffe*, que pise la escudilla de la grasa o pise un callo, o que pisotee el piano o las espinacas. En Japón basta con pronunciar un no rotundo para quedar como un impresentable».

52 «Solo las personas muy exigentes saben apreciar cuadros en los que no hay casi nada o, mejor, absolutamente nada que ver. Los ricos coleccionistas pagan precios elevados por su *minimal art*. A este exceso en el consumo le corresponde un puritanismo análogo en el salón de casa: diseño austero o *arte povera*. En cambio, los pobres se inclinan más por los exuberantes ramos de flores, las estampitas de santos y las tarjetas de felicitación a la hora de adornar las paredes de su casa. Muy a menudo», dijo Z., «tengo ganas de emularlos».

53 Cuando un enérgico jubilado le pidió que dijera algo sobre el dinero, Z. vaciló. Todo el mundo hablaba sin parar sobre él, empezó, pero nadie era capaz de decir con exactitud qué era. Hasta un expresidente del Bundesbank había reconocido una vez que la creación del dinero era un misterio que se le escapaba por completo.

Por lo demás, nadie podía precisar en qué cantidad estaba presente ese fantasma en el mundo. Para ello, habría que ponerse de acuerdo en el concepto de masa monetaria, y él, por lo menos, no se aclaraba. Al parecer, había que diferenciar entre dinero M_0 , M_1 , M_2 y M_3 , entre dinero negro y dinero blanco, entre dinero del banco central, en cuenta, fiduciario y crediticio. Además, había que tener en cuenta los depósitos a la vista y los depósitos a plazo en entidades bancarias y no bancarias, con o sin plazo de preaviso, derechos de pensión, títulos del mercado monetario,

participaciones en fondos monetarios, certificados, saldos de cuentas Target y pasivos por adquisiciones temporales. En resumen, toda una ciencia, como los economistas no se cansaban de repetirnos.

54 También resultaba difícil de responder la pregunta de si el dinero se podía tocar. Su estado físico cambiaba sin parar. Antiguamente, como todo el mundo sabía, era sólido y estaba constituido por conchas de marisco, vacas o metales; más adelante, también por papel; luego, el que era solvente creía que lo que tenía era dinero líquido; y a las víctimas de la inflación se les aparecía en forma de burbujas. Hoy en día existía sobre todo como un ente incorpóreo y casi espiritual en forma de sucesión de cifras electrónicas. Lo único seguro era que todos nosotros teníamos que creer en él en mayor o menor grado. Por lo tanto, dependíamos de una ficción frente a la cual palidecían los cuentos de los hermanos Grimm. Y por mucho empeño que pusiera, no se le ocurría nada más que decir sobre el tema.

55 El enérgico jubilado no se dio por satisfecho con esa información. Z. no había tratado sobre la diferencia entre el dinero propio y el ajeno. Él quería saber más sobre esa cuestión. El de los otros, le respondió Z., no le incumbía. Personalmente, prefería el dinero en efectivo. Te lo podías meter en el bolsillo; resultaba algo sucio pero discreto; al momento veías si tenías suficiente para lo que querías; además, y precisamente por ello, no resultaba ninguna carga, pues desaparecía por sí solo. El dinero era como el estiércol: no era bueno a no ser que se esparciera. Eso ya lo sabía Francis Bacon hacía cuatrocientos años.

El jubilado no se dejó convencer y se fue a casa.

56 Todos nosotros, cada uno a nuestra manera, éramos asociales, afirmó Z. «A uno le molesta la música del vecino; al otro no le apetece nada unirse a un frente único; el avaro deja que los otros paguen lo suyo; el que quiere mantenerse sobrio, en una borrachera está fuera de lugar; el impuntual se hace esperar, y el que no sabe perder se margina por aguafiestas. Se ve como una afrenta que alguien presuma de no entender nada de fútbol. En resumen, la solidaridad no está tan extendida como sus adalides pretenden».

57 Como novelista no tenía ninguna posibilidad, dijo Z. No solo carecía de la paciencia y el talento, sino que su interés por las crisis de pareja, el adulterio y los divorcios se agotaba enseguida. Ni siquiera podía ofrecer una infancia desgraciada.

58 Dijo Z.: «Los que pretenden ganarse la confianza de los demás son siempre los que menos la merecen. El modelo de negocio de un banco se basa en la desconfianza hacia sus clientes. Frente a ello, los ahorradores, prestatarios e inversores deberían

actuar del mismo modo. Cuando una de estas entidades se anuncia como “tu banco amigo” o con un eslogan como “*A Passion to Perform*”, merecería terminar absorbida por la competencia; porque el objetivo de los negocios monetarios no consiste en generar un ambiente agradable ni en proporcionar estados de euforia; la única meta de un banco es tener beneficios».

A fin de cuentas, concluyó Z., quien depositaba su confianza en una institución, ya fuera una empresa, un partido político o la Administración, era el único culpable. La confianza solo se podía ofrecer a personas aisladas, sobre todo a aquellas que no la reclamaban. Sin embargo, el que no reunía suficiente confianza por miedo a la decepción no era sino un pobre de espíritu.

59 «Muchos que se tienen por instruidos», dijo Z., «atribuyen la arrogancia a antiguas formas de sociedad, como si fuera un rasgo característico de la aristocracia. ¡Craso error! La altanería no muere nunca. No depende de a qué clase se adscriba cada cual.

»El iniciado mira con desdén a todos los que no comparten sus conocimientos de experto, ya sea porque admiran al grupo de pop equivocado, porque llevan ropa subversiva o porque no siguen el ritmo de las tendencias. Un colectivo que se distingue particularmente por su arrogancia es el de los llamados habitantes de la Red. Se sienten superiores cada vez que se topan con un contemporáneo suyo que no está a la última en tecnología. Personas que, por lo visto, no han digitalizado suficientemente su vida y siguen viviendo en el “mundo del carbono”. No se les ocurriría pronunciar jamás una palabra tan antigua, pero consideran que un comportamiento tan anticuado es muy poco distinguido».

60 Un hombre enjuto, que probablemente pertenecía a un cuerpo docente, quizá incluso a la facultad de sociología, le reprochó a Z. su tendencia a aleccionar.

«Me desagradaría mucho que fuera así», fue su respuesta. Añadió que siempre había rehuído las instituciones de enseñanza. Particularmente fastidiosa le parecía la universidad, un lugar donde no se hablaba más que de clases. Además, los que trabajaban en ella se veían martirizados con reformas y estaban mal pagados. Él no solo no tenía madera de administrador, sino que no comprendía el anhelo por poseer un título por cuya causa tantas mujeres y hombres de mérito habían caído irremediabilmente en desgracia.

61 La persona que tomó la palabra a continuación se quejó de la flema de Z. Parecía que todo le daba igual. Z. admitió que evitaba alterarse por cualquier cosa. La cólera, la ira y la indignación eran recursos muy valiosos que había que dosificar. La ira pasaba rápido, pero consumía mucha energía. Tampoco la cólera duraba toda la vida. La indignación, en cambio, actuaba a largo plazo. No había que despilfarrarla por motivos insignificantes.

Otra cosa muy distinta era el enfado, que él reservaba para el día a día. Siempre estaba disponible a raudales y se disipaba rápidamente. Los pequeños desarreglos que provocaba tenían su lado positivo, pues aligeraban el ánimo. A quien no le gustara la flemma, le fallaba la economía de los sentimientos.

62 «¿Cómo puedo adivinar lo que pensaré pasado mañana si ni siquiera estoy seguro de lo que pensaba anteayer?», dijo Z.

63 Según Z., no podía existir ninguna *Theory of Everything* precisamente por motivos teóricos. En cuanto a la matemática, Gödel había dicho todo lo necesario al respecto. Por ello, el modelo estándar de los físicos era asimismo una Fata Morgana que retrocedía ante el investigador a cada nuevo paso que este daba. Este hecho no imposibilitaba el progreso de la ciencia, ¡al contrario! Toda evolución se producía de este modo. Lo asombroso era más bien la tan extendida predilección por los modelos completos y el anhelo de conocimientos libres de toda contradicción.

64 Que si se podía confiar en la ciencia, quiso saber un estudiante de filosofía muy curioso. «Es una cuestión de perspectiva», respondió Z. «Cuando encendemos la luz, confiamos en los resultados alcanzados por una larga cohorte de investigadores. Ya los debe de conocer, al menos de nombre: Volta, Ampère, Ohm, Maxwell, etcétera.

»Pero si pretende apuntar más alto, pues no se conforma con la mera utilidad, y se plantea la cuestión de la verdad, debería tener en cuenta las palabras de Hermann Weyl, el matemático alemán: “Intento unir lo verdadero con lo bello; pero, si tengo que elegir, me quedo con la belleza”. Lo que elija usted ya es cosa suya».

65 *There is no free lunch*. Esta frase, que parece un obtuso eslogan de política social, tiene, si hemos de creer a Z., bastante más enjundia. No solo en la economía, dijo, casi todo tiene un precio. Allá donde se mire, en la vida cotidiana, en la biología, en el progreso técnico, acecha no solo la abundancia, sino también la renuncia.

66 «Sin embargo», añadió, «a partir de un número limitado de elementos y de un pequeño conjunto de reglas formales, se puede generar una cantidad enorme, prácticamente infinita, de producciones complejas. Por ejemplo en las lenguas naturales, gracias al vocabulario y la gramática; en la química, mediante la creación de moléculas cada vez mayores; en la biología, a través de la codificación del ADN y el ARN, etcétera, etcétera. Un matemático puede describir la belleza fractal del helecho con una fórmula relativamente sencilla; con un puñado de variables se puede crear una gran variedad de formas. Basta un simple paseo por el bosque para convencerse de ello. Otro ejemplo aún más llamativo lo encontramos en el hormiguero del borde del camino. O pensemos, si no, en el repertorio infinitamente

variado que proporciona la música a partir de unas cuantas reglas limitadas. Esta enorme multiplicidad es un consuelo que compensa de toda renuncia».

67 Z. tenía predilección por oscuras listas que recitaba gustosamente sin que nadie se lo hubiera pedido. Esta vez nos agració con un catálogo de botánica. Era incapaz de recordar los nombres científicos correctos. Le bastaba con lo que expresaban los nombres comunes de las plantas. Le parecía fascinante su intento de emular la inalcanzable multiplicidad de la evolución.

Quería saber si nos sonaban nombres como *leño santo*, *zapote de viejas*, *planta del intelecto* o *planta del dinero*. Silencio azorado. Por lo visto, no había ningún aficionado a la botánica entre los presentes.

«Qué lástima», dijo Z. «Entonces, supongo que no conocerán ni el avellano mágico ni la lengua de ciervo recortada, por no hablar de la manzanilla de la muerte o el manto de nuestra señora».

De todos modos, añadió, esa carencia tenía fácil remedio; él conocía un lugar del planeta en el que todas esas criaturas se podían contemplar cómodamente y en una sola tarde: el jardín botánico.

68 Z. volvía sobre él a menudo. Esperaba, dijo, que ninguno de los presentes tuviera nada en contra del lujo. A quien le gustara, él podía enseñarle el camino. No hacían falta guías de esas que se dedicaban a repartir estrellas a diestro y siniestro, y que lo único que pretendían era endosar al viajero las llamadas atracciones turísticas, compuestas por castillos en ruinas, palacios, catedrales y otras antiguallas. También recomendaban, mediante tenedores o gorros de cocinero, restaurantes caros que supuestamente merecían un rodeo o incluso un viaje entero.

«Yo prefiero otro lugar, uno al que esas guías, como mucho, dedican una nota a pie de página. No puedo imaginarme una estancia más lujosa que el jardín botánico. En él puedes elegir entre todos los climas de la tierra, desde la selva tropical a la tundra ártica. ¿Demasiado calor, demasiado húmedo, demasiado seco, demasiado bochorno o demasiado frío? Pues abres una puertecita del invernadero y ya tienes lo que quieres. Una vez al aire libre, puedes escoger entre helechos y enredaderas, orquídeas diminutas y secuoyas gigantescas. La multiplicidad de formas resulta embriagadora. Ningún museo del mundo puede ofrecer más. Y todo el conjunto se expone con una discreción que, más que deslumbrar, seduce con sutileza. Solo los letreritos, con su caligrafía pasada de moda, delatan la erudición que impregna el lugar».

Resultaba difícil imaginar, prosiguió Z., el esfuerzo que suponía plantar, regar, abonar, contener y cuidar todo aquel cosmos en miniatura. Lo que para otros podía parecer un martirio, parecía pan comido para los jardineros, como si también ellos se alegraran de mantenerse alejados del mundanal ruido. Se podía decir que en el jardín botánico reinaba una calma bíblica. Nunca estaba demasiado lleno. Sin duda, tenía

también una función educativa, quizás incluso pedagógica, pero sobre todo era un refugio en el que pobres y ricos, creyentes y ateos, cínicos e ingenuos podían colmar sus fantasías por igual.

«A menudo me he preguntado», concluyó Z., «cómo es posible que una institución tan utópica, que no da ni el más mínimo rédito, sobreviva en una civilización socialdemócrata, profundamente capitalista y cada vez más controlada como la nuestra».

69 A veces, dijo Z., le entraban ganas de defender la superstición frente a cierta clase de racionalistas que se tomaban el asunto demasiado a la ligera. Personas ávidas de un control absoluto por parte de la razón que no podía existir. Valía más contar con lo imponderable. Era la única forma de evitar la *hybris*.

Los medios necesarios para ello, según Z., los ofrecía la superstición. Las personas se proveían de talismanes y amuletos, evitaban los signos y personas de mal agüero, tocaban madera y se cuidaban mucho de decir que no podía ocurrirles ninguna desgracia. En el otro extremo, todo el mundo se deseaba un buen viaje, se felicitaba el cumpleaños y brindaba por un próspero Año Nuevo. Aún era hora de que conociera, concluyó, a alguno de esos racionalistas que fuera ajeno a estas prácticas.

70 «¿A qué se debe que la estupidez sea invencible?», se preguntó Z. «Su génesis es un enigma para la biología evolutiva. Sus efectos devastadores saltan a la vista, pero ¿por qué la selección natural no ha hecho que se extinga, si tantos males provoca? La única explicación es que también conlleva ventajas para la supervivencia. Hay innumerables situaciones en las que la capacidad de hacerse el tonto resulta de lo más útil. Un ejemplo clásico nos lo ofrece *Las aventuras del buen soldado Svejk*, la genial novela de Jaroslav Hašek, que demuestra que el límite entre la auténtica estupidez del tonto de remate, de baba o del bote, y una astucia bien disimulada es más difícil de trazar de lo que presuponen los sabelotodos».

71 De vez en cuando, Z. entonaba un himno a la rutina. La rutina, decía, era tan aburrida como imprescindible. El a duras penas soportable Kierkegaard había atribuido a la repetición incluso un significado religioso.

Él no pretendía llegar tan lejos. Al fin y al cabo, parecía que había algún que otro terreno en el que la rutina, igual que la democracia, no pintaba nada: por ejemplo, en el arte.

72 Era digna de compasión, observó Z., la diligencia con que los intérpretes oficiales desgranaban el arte histórico o las neovanguardias, poniendo más empeño, de hecho, cuanto menos hubiera por interpretar. Las páginas y páginas de comentarios sobre Malévich, Duchamp y los demás aumentaban de forma tan desafortunada como el

número de sus epígonos, que parecían reproducirse. Para tan enconados esfuerzos, daba igual que la energía polémica de esos «trabajos» se hubiera extinguido años atrás, o que hiciera tiempo que sus creadores estuvieran instalados cómodamente y a precios elevados en el mercado del arte. Al parecer, los comentaristas estaban convencidos de que el arte nunca levantaba suficiente fervor. En ese mercado no se desperdiciaba ningún argumento, ni filosófico, ni teológico, ni cabalístico. Cuanto menos había por ver, más les pesaba a los intérpretes su responsabilidad.

73 «Ninguno de nosotros», dijo Z., «es capaz de recordar lo más importante».

74 «¿De verdad?», replicó alguien. De nuevo era el estudiante de filosofía, cuyo espíritu de contradicción divertía a Z. «Que yo sepa, el cerebro humano no dispone de ninguna tecla de borrado fiable. Las investigaciones en neurología así lo han constatado. Por eso fracasan todos los intentos de censurar la memoria. Todas las leyes que tenían por objetivo una *damnatio memoriae* fueron infructuosas. Supongo que conocerá la historia de ese terrorista del siglo IV antes de Cristo que prendió fuego a un templo en Éfeso con la intención de hacerse famoso. Y, en efecto, no hay duda de que el tal Eróstrato alcanzó su objetivo. Del mismo modo, todo tipo de asesinos en serie, tiranos y criminales de guerra disfrutaban de una intensa vida póstuma en la memoria de la humanidad. A muchos de ellos incluso se les erigen monumentos y mausoleos».

«En eso lleva usted razón», dijo Z. «Pero ¿no le parece que confunde la memoria con el recuerdo? Este, en efecto, olvida lo más importante cuando le conviene. Pero reaparece cuando menos lo esperamos, lo que no siempre resulta agradable. ¿Podemos ponernos de acuerdo en que a nuestra especie se le ha negado la misericordia del olvido total? En este aspecto, los monos son más afortunados que nosotros».

Tuvimos la sensación de que, de nuevo, Z. había sorteado un escollo y había emprendido una prudente retirada.

75 Al reparar en que uno de nosotros se había sentado en una silla plegable de plástico rosa translúcido, Z. soltó una perorata sobre los diseñadores. «Desde que pasaron a mejor vida los últimos discípulos del Bauhaus», empezó, «los diseñadores se han empeñado en convertir todos los objetos útiles en inútiles. Lo que ellos llaman creatividad no es sino una amenaza. Entre sus triunfos se encuentran la abolición del grifo, la construcción de estanterías torcidas o la invención de lámparas que no parecen lámparas y dan la menor luz posible o de asientos que no solo se tambalean, sino que, como la famosa silla de Gerrit Rietveld, atentan contra la anatomía humana. El valor añadido de estos objetos reside en que están adornados con el nombre de sus creadores».

En cambio, prosiguió, había permanecido anónimo un hombre que no tenía ni la más remota idea de tipografía, pero que había logrado desfigurar las matrículas de cincuenta y ocho millones de automóviles con las letras en forma de salchicha que había ideado.

Había que imaginarse el infierno como un lugar completamente amueblado por diseñadores.

76 A pesar de que no se oía ni un murmullo de protesta, dijo Z. que no se le escapaba que algunos de nosotros nos mostrábamos impacientes. «Lo entiendo. Quizá no debería ocuparme de fruslerías como los grifos o las máquinas de afeitar. Pero es que me gustan las pequeñeces. Un grano de arena puede desencadenar un alud, y un simple prurito puede amargar la vida al insomne». A veces, concluyó Z. a partir de esta observación, es más importante tener a mano un pañuelo que la Biblia. Por ejemplo, cuando a uno le sangra la nariz.

77 Un miércoles cálido y despejado reapareció el estudiante que ya en su día había hecho tantos reproches a Z. «¿Cómo se explica que en nada de lo que comenta aparezca ni un atisbo de lo que sale en los periódicos? Política exterior, crisis económica, pequeñas y grandes catástrofes, guerras civiles en África y Oriente Próximo... ¡Todo parece resbalarle!».

«Tiene usted toda la razón», respondió Z. «Me echa en cara, pues, que no hable de la actualidad».

«Eso es. Me parece una frivolidad».

«Y sin embargo ha vuelto usted, a pesar de que sabe que suelo ignorar los titulares. Cosa que no significa, por supuesto, que crea saber más que los aplicados comentaristas que, día tras día, son capaces de escribir un editorial o un artículo de opinión».

«Pero actúa como si todo eso lo dejara indiferente».

«Para eso no hace falta ser ningún marciano. “Naufragio con espectador”, así bautizó el filósofo Blumenberg este posicionamiento. Supongo que la expresión describe con exactitud nuestra perspectiva. Por cierto, no observamos únicamente lo que ocurre, sino también los unos a los otros. Usted, por ejemplo, no se limita a escucharme, también se fija en cómo observo a los demás. Y viceversa».

78 En la siguiente ocasión, Z. ya se había vuelto a alterar. Esta vez la había tomado con el antiamericanismo.

En mitad de nuestra charla, había pasado pedaleando en su triciclo un vendedor de helados, un hombre mayor que llevaba puesta una juvenil gorra blanca con el logotipo de Coca-Cola. Un pequeño toldo adornaba el carrito, encima del cual flotaban un buen puñado de globos de colores.

«Me parece», dijo Z., «que muchos de ustedes están descontentos con los Estados Unidos. Bombas atómicas, culto a las armas, Vietnam, Irak, la CIA, etcétera, etcétera. Me parece comprensible. Sin embargo, en ese mismo saco suele incluirse también su imperialismo cultural. Y eso ya no me convence tanto. Al fin y al cabo, las mismas personas que se escandalizan por ese motivo, luego no tienen reparos en valerse de todas las bondades que debemos a los norteamericanos. Simplemente no se dan cuenta porque lo evidente termina siendo invisible. Por ejemplo, ese viejo vendedor de helados, que parece salido de una película de Hollywood.

»Quisiera recordarles los muchos y poco reconocidos triunfos de la civilización americana: el crucigrama, el cóctel, los pañuelos de papel, la píldora, la tostadora, el cacahuete, la cremallera, la linterna...».

Aquel catálogo, que amenazaba con desbordarse, se vio interrumpido por unos berridos que llegaban altos y claros desde la lejanía. Un grupo de niños habían rodeado el carrito de los helados y gritaban porque la profesora se negaba a comprarles un cucurucho.

Z. observó aquel alboroto con un atisbo de impaciencia, momento que aprovechó el estudiante para esbozar una sonrisa burlona.

79 En algún lugar, observó Z., había leído que la metáfora era la piedra en el zapato de la metafísica. Y se preguntaba, añadió, si no se podía decir lo mismo de las ciencias naturales de nuestro tiempo. La física teórica y la cosmología eran especialmente propensas a la metáfora. Desde que habíamos perdido los grandes relatos de la mitología y la religión, los investigadores habían llenado el vacío con imágenes espléndidas. Como en otro tiempo Tales, Parménides o Heráclito, se abandonaban, más allá de sus fórmulas, a una poesía elemental que prescindía de la comprobación experimental. Habían dejado atrás el materialismo de sus padres decimonónicos.

En cierto modo, todo lo físico se les había desvanecido entre las manos y se había desintegrado en quarks, cuantos y campos. Fantaseaban con cuerdas deca o endecadimensionales, con una materia oscura y una energía oscura, con agujeros de gusano (!), cuasipartículas y branas. Los problemas irresolubles no los amedrentaban, más bien daban alas a su imaginación. Los astrofísicos no tenían ninguna intención de ponerse de acuerdo; si a uno el *Big Bang* le daba quebraderos de cabeza, podía escoger entre el *Big Crunch*, el *Big Freeze*, el *Big Crumble* o el *Big Bounce*, o conformarse con el *Steady State*; y si el universo se les quedaba pequeño a los cosmólogos, ideaban un multiverso que se multiplicaba hasta la extenuación. En el futuro, concluyó Z., a los poetas les resultaría difícil competir con la *poiesis* de los científicos.

80 En los conflictos políticos, dijo Z., siempre le llamaban la atención los curiosos intereses comunes de las partes enfrentadas: entre el KGB y la CIA, entre la Oficina

Federal de Investigaciones Criminales alemana y la Fracción del Ejército Rojo, entre el gobierno de Netanyahu y Hamás. Era algo que no tenía nada que ver con la equivalencia moral. Más bien se trataba de que cada uno de los adversarios dependía del otro. Una dependencia funcional recíproca que era como dos planchas de plomo inclinadas, apoyadas la una contra la otra: si se retiraba una, la otra caía con estrépito.

81 Al darse cuenta de que uno de nosotros amenazaba con echar una cabezadita, Z. lo tomó como pretexto para hablar sobre el sueño. «Me complace», dijo, «que en esta cuestión la ciencia se encuentre ante un enigma. Para desesperación de los expertos, la causa de esta bendición de la naturaleza sigue siendo un misterio. Entre los seres vivos que conocemos, los hay que duermen poco, otros que duermen mucho y hasta un auténtico lirón, pero el porqué de que un ratón cierre los ojos durante veinte horas cuando la jirafa se conforma con una décima parte de ese tiempo no lo sabe nadie. En sus laboratorios, los somnólogos miden la duración, la profundidad y la frecuencia, pero con amargura echan en falta explicaciones y no son capaces de curar ni el insomnio ni el sopor. Lo que no ha faltado nunca, eso sí, son los intérpretes de sueños.

»Lo único seguro es que el ser humano no puede hacer ningún mal mientras duerme. Por ello nadie debería nunca despertar a nadie, a menos que se quemara la casa».

82 Todos los hombres eran unos teóricos, dijo Z., incluso aquellos que no lo sabían. El llamado hombre de acción, por ejemplo, solía afirmar con cierto orgullo que no quería saber nada de ideas abstractas. No se daba cuenta de que defendía teorías tan viejas como el mismo mundo.

Y sin embargo había que tomarse en serio lo que el ignorante quería decir con esas palabras, pues la relación entre teoría y práctica era más compleja de lo que parecía. El que quisiera analizar cada uno de sus pasos al andar no avanzaría jamás, ya que los cálculos necesarios para ello serían tan complicados que ni a todo un ingeniero le resultarían fáciles. Lo mismo ocurría con muchas otras actividades, como batirse en duelo, practicar el coito o componer poesía. Antes y después de ellas, la reflexión teórica no solo era útil, sino inevitable; durante el acto en sí, en cambio, era un auténtico estorbo.

83 Una vez nos gritó Z.: «¡Un poco de *sprezzatura*, se lo ruego!», sin caer en la cuenta de que la mayoría de los que le escuchaban no estaban familiarizados con palabras extranjeras de ese calibre. Para tranquilizarnos, añadió: «No se preocupen. Basta con saber que hasta lo más arduo no tendría que sobrevenirnos con esfuerzo, sino siempre con ligereza». Hasta el mayor de los perros de Terranova nos superaba en garbo, añadió, puesto que podía distribuir su peso entre sus cuatro patas. De lo que

se desprendía que ni siquiera el famoso andar erguido había sido a cambio de nada.

84 Nos preguntó Z.: «¿Verdad que no podemos prescindir de la palabra *nada*, aunque se trate de una simple partícula de nada, que se cuelga furtivamente en nuestras frases? Aunque se dedica a alborotar como un duendecillo por la gramática, nada nos impide entender lo que con ella se quiere decir. El problema viene cuando, como un grano, como surgido de *la nada*, le sale ese pequeño artículo, una espinilla metafísica que se muestra despótica.

»Pero ¿qué significa *la nada*? Desde que esta pregunta se hizo omnipresente, teólogos y filósofos se han exprimido los sesos en vano. Incluso se podría afirmar que, con sus cavilaciones, no han hecho más que empeorar las cosas al elevar ese peculiar par de sílabas, que ni siquiera tiene género, a la categoría de sustantivo. Desde entonces deambula por nuestra lengua LA NADA, una palabra frente a la cual no puedo sino ponerles sobre aviso.

»Ya el primero de entre los filósofos griegos nos imploró que no cayéramos en esa trampa. Debemos apartarnos de la nada, dijo Parménides de Elea, no debemos ocuparnos el pensamiento ni debemos hablar sobre ella. Naturalmente, nadie siguió su consejo. En el siglo XVI, el matemático Charles de Bovelles escribió un ingenioso y excéntrico libro sobre la nada, que tituló *Libellus de nihilo*. Pero quien se llevó la palma, como tantas veces, fue Hegel al afirmar: “El ser puro y la nada pura son lo mismo”. Muchos han discutido sobre el significado de esta frase. Afirma uno: “Nada existe”, y enseguida le replica otro: “LA nada existe”. Y en un soplo empiezan a tirarse los platos a la cabeza».

85 Las otrora llamadas ciencias exactas, dijo Z., ya no eran tan escrupulosas. Por lo visto, un físico norteamericano había publicado recientemente un bestseller que ya en el título prometía: *A Universe from Nothing*. El vacío cuántico era una nada inestable de la que surgían todo tipo de cosas, como el espacio, el tiempo, la materia, la energía, y así sucesivamente, hasta el último gemelo de la chaqueta. Con ello, el autor había echado por la borda definitivamente las advertencias de Parménides. Pero eso, concluyó Z., no importaba, quizá incluso no importaba nada, o incluso sencillamente la nada.

86 No entendía qué había que celebrar en los cumpleaños, dijo Z. En todo caso habría que felicitar a la madre, que en esa fecha se había desprendido de una pesada carga. En esas ocasiones, uno podía ahorrarse perfectamente el ramo de flores. La mayoría de las rosas, como los cerdos, se cultivaban solo con el fin de sacrificarlas.

87 Le bastaba con estar él atento, observó Z. En cuanto a los presentes, en cambio, defendería siempre su derecho a no prestar atención: «¿Y si se adormilan y se les

cierran los ojos en mitad del Hosanna de la *Misa en si menor*? Solo un monstruo podría reprochárselo».

88 ¿A quién, sino a los comerciantes y los economistas, se le podía haber ocurrido la idea de que algún día se llegaría a un equilibrio entre la oferta y la demanda? Todos los demás, dijo Z., sabían perfectamente que las existencias de amor y reconocimiento no podrían colmar jamás las necesidades de los hombres. Además, todo el mundo iba detrás del llamado sentido de la vida, otro recurso extremadamente escaso.

En todos estos casos se requería la cooperación de falsificadores y estafadores, desde el gestor de fondos al gurú, para llevar a efecto algo parecido a un mercado. Ni siquiera el miedo y la necesidad de seguridad se podían calmar hasta el extremo de que los consumidores se sintieran satisfechos, por más que las aseguradoras y los medios de comunicación más catastrofistas hacían todo lo posible por controlar la demanda.

89 Nos preguntó Z.: «¿Cómo puede ser algo menor que cero? Seguro que los números negativos, al aparecer, provocaron más de un dolor de barriga a los teólogos, que debieron de creer que se encontraban ante un ardid del diablo. Sus escrúpulos resultan comprensibles. ¿Cómo es posible que algo que es menos que nada pueda aumentar sin cesar? Desde luego, a las deudas parece que les resulta de lo más fácil. ¿Y por qué x^0 es igual a 1? ¿Y qué se obtiene cuando se divide 1 por cero? ¿Saben por qué es una operación prohibida?».

Con todas estas preguntas, Z. pretendía asustarnos, pero fue en vano. Nos volvimos entre risas.

90 A continuación, Z. nos sorprendió extendiendo inesperadamente las manos y exclamando en dialecto bávaro: «¡Dios le guarde! ¡Alabado sea Dios! ¡Vaya con Dios!».

Los que entendían el bávaro creyeron que nos estaba diciendo adiós; pero él bajó las manos y explicó que aquellas frases eran expresiones de bendición. Y se preguntaba si solo les correspondía pronunciarlas a los creyentes. En el fondo ¿quién estaba legitimado para dispensar una bendición?

«Desde luego, en primer lugar les corresponde a los religiosos, que están obligados a ello, desde el Papa, quien, como es sabido, abarca todo el orbe, hasta el diácono más humilde. Pero ¿acaso no se pronuncia, antes de comer, el benedícite? ¿Acaso el progenitor, para reconciliarse con sus obstinados hijos, no pronuncia el consabido consuelo paternal: “Tenéis mi bendición”?

»En todos estos casos se aprecia una actitud benevolente. Mucho menos recomendable es el opuesto de la bendición, esto es, la maldición. Resulta mucho más

agotadora y consume las energías de todos los afectados: las del que la lanza, pero también la serenidad del maldecido. Desde luego, no escasean los medios para desactivar el maleficio, por ejemplo con un amuleto protector o con la invocación de un poder superior, pero ni siquiera esto puede acabar por completo con un resto ominoso».

En cambio, prosiguió Z., no había magia que asistiera al bendecido a la hora de defenderse de la benevolencia que se le otorgaba. De lo que concluyó Z. que la bendición era el medio más sencillo para dejar fuera de juego al oponente.

Una señora mayor que no solía tomar la palabra aconsejó con voz queda a Z. que se guardara de los peligros de la arrogancia.

91 En la siguiente ocasión, aventuró Z. que la idea de la música de las esferas no podía estar tan superada. Ni siquiera los cohetes más potentes eran capaces de alterar el delicioso silencio que reinaba en el universo, pues en esas remotas regiones el sonido carecía de medio firme en el que propagarse. Por consiguiente, ahí arriba no había lugar para contaminación acústica alguna. En la Tierra, en cambio, teníamos que taparnos los oídos a cada momento; al aire del que vivíamos le daba igual transmitir una sonata de Haydn, un grito de dolor o las frecuencias de un martillo neumático.

92 Afortunadamente, había entre nosotros un zoólogo. Nos aseguró que no existía ser vivo que todo lo oyera. Los gusanos y los caracoles, explicó, no dependían del aire para percibir lo que ocurría a su alrededor; no necesitaban oídos; les bastaba con las vibraciones. La rana se lo montaba bastante bien, pues solo distinguía el canto de las demás ranas y permanecía sorda a cualquier otro ruido. Como era bien sabido, los ratones, las ballenas y los delfines eran expertos en las frecuencias altas, pero ningún animal podía competir con los murciélagos, que alcanzaban ultrasonidos de hasta 200.000 hercios, mientras que el elefante ignoraba los tonos altos y la paloma tenía suficiente con 0,1 hercio, así que poco o nada la escandalizaban sus propios zureos.

Z. alabó las explicaciones del experto. Deducía de todo ello que las especulaciones de los cosmólogos sobre el multiverso eran redundantes, pues, por lo visto, ya en la Tierra las hormigas, los crustáceos y las personas vivían en mundos completamente diferentes. 93 Dijo Z.: «¿Acaso creen que no me he dado cuenta de que de vez en cuando alguno de ustedes toma algún apunte? Antes, cuando no existían las fotocopiadoras, eso era el pan de cada día en las universidades, que a su vez heredaron la costumbre de los griegos, quienes tomaban notas con asiduidad. Con cierta grandilocuencia llamaban a los dichos de sus oradores, eremitas y filósofos *apophthegmata*. Me disculpo por el palabro, sobre todo teniendo en cuenta que tengo el griego muy oxidado.

»«Cualesquiera que sean tus penas, la victoria sobre ellas está en el silencio», dijo, por ejemplo, uno de los Padres del Desierto. No está mal, aunque no deja de ser

una contradicción performativa».

94 «Así que hagan lo que les plazca, ¡incluso a riesgo de malinterpretarme! Al fin y al cabo, siempre hay que andarse con pies de plomo ante una transcripción. Además, de todos modos, el lector hace siempre lo que le da la gana con el texto que tiene ante sí. Y tampoco es que vaya a ser el primero: antes que él, editores, redactores, editores de mesa, tipógrafos e impresores han adaptado, completado, manipulado el manuscrito, a menudo sin siquiera darse cuenta.

»Durante cien años, en *Leoncio y Lena* se pudo leer cómo Valerio imploraba al buen Dios el advenimiento de una *kommende Religion*, una religión venidera, hasta que a un filólogo se le ocurrió ir a comprobar el manuscrito de Büchner y descubrió que el autor en realidad había hablado de una *commode Religion*, una religión cómoda».

95 «La crítica textual hace bien en ocuparse de los detalles más pequeños», dijo Z. para completar su discurso, «pues para eso se inventó. Los críticos, los más minuciosos de entre todos los lectores, se pelean incluso por la errata más insignificante. Al contrario que los poetas, que cometen errores sin parar y cuyos manuscritos a menudo resultan ilegibles. Hans Arp tendría que haberle dado las gracias a su diligente tipógrafo por haberle mejorado los poemas sin querer.

»De lo que se desprende que algunas erratas y algunos errores de interpretación son muy de agradecer. Quien los teme, no entiende de los caprichos de la literatura».

96 Él mismo proponía una tercera versión de la comedia de Büchner. ¿Qué nos parecería una *komplette Religion*, una religión completa? «Una confesión que quiera ser oída no necesita solo una ortodoxia como es debida, sino también profetas impetuosos, eremitas y santos, fanáticos y moderados. Tampoco funciona la cosa sin místicos, a quienes los sumos sacerdotes miran con recelo. Aunque los más imprescindibles de todos son los herejes; sin ellos no se puede erigir ninguna Iglesia».

97 «Como ya habían hecho los chinos mucho antes», dijo Z., «Gutenberg hizo que las letras fueran móviles, y así fijó, paradójicamente, el texto inmóvil. El plomo aseguraba la fidelidad de la transmisión, solo atenuada por la chapuza y las erratas. Pero, desde la marcha triunfal de la electrónica, de esta fidelidad al texto no ha quedado nada. Ahora, cualquiera puede hacer y deshacer lo que lee a su antojo. La democracia todo lo vuelve líquido. Pronto se hará imposible distinguir, en medio de este oleaje, lo que uno quiso decir o incluso escribir en un primer momento».

98 Más adelante dijo Z.: «Con nuestros encuentros ocurre como en un acuario. No sé

por qué, pero unos días somos unos pocos y a la tarde siguiente se forma un auténtico enjambre. ¿Es pura casualidad, o existen atractores que nadie percibe y que hacen que, en este pequeño espacio fásico, se generen coincidencias y conflictos? La gente pasa por aquí, se sorprende, se detiene, participa o calla, y en algún momento vuelven a marcharse... ¿No les parece prodigioso?».

En ese momento, todos los oyentes menos dos se habían ido. De modo que la sesión se había convertido en una especie de clase particular inesperada.

Uno era un sintecho con barba al que costaba entender, ya que hablaba balbuceando entre dientes. El otro, que era el sociólogo enjuto, aprovechó la ocasión para expresar una sospecha. «Tengo la sensación», explicó, «de que no solo usted, señor Z., sino todos nosotros somos observados, por no decir vigilados, todo el tiempo».

«¿Y cómo se le ha ocurrido semejante idea?».

«Existen rumores que así lo indican. Alguno de los presentes debe de haber informado en más de una ocasión sobre sus intenciones y sus circunstancias vitales».

«Por lo que veo, habla usted de un topo. Pero ¿quién podría ser? Sea más preciso, se lo ruego».

«Me ha llamado la atención el señor reservado de las gafas de sol, que siempre se queda atrás y que nunca ha hecho ninguna pregunta ni ha expresado ninguna opinión».

«Eso es absurdo», replicó Z. «El carácter inofensivo de nuestros encuentros hace inverosímil una sospecha de ese tipo. El que pretenda buscar secretos aquí es más estúpido que todos los servicios secretos del mundo. ¿De verdad cree que somos tan importantes como para merecer ese esfuerzo?».

«Entonces, ¿por qué hay gente entre nosotros que toma notas? Puedo dar fe de ello».

«Si alguien se toma esa molestia, me parece todo un halago. Aunque espero que nadie lleve la vanidad hasta el punto de compararse con Confucio o los presocráticos, de quienes, dicho sea de paso, solo nos han llegado fragmentos dudosos. De sus suspicacias a la manía persecutoria hay un paso muy pequeño. Yo que usted dejaría correr esos rumores. La paranoia es enfermiza. Puede transformar personas pacíficas en una turba, y seguro que no es eso lo que usted pretende».

Al sociólogo no le sentó nada bien aquella leve reprimenda. Cuando el alcohólico le ofreció su botella de vermut con aire fraternal, puso pies en polvorosa y de momento no volvió a aparecer.

99 «De vez en cuando», dijo Z. a la hora acostumbrada, «un desconocido nos pregunta sin ningún tapujo, en medio de la calle o por teléfono, nuestra opinión. Son personas que se amparan en la libertad de opinión que nos garantiza la ley, pero se comportan como si no se tratara de un derecho sino de una obligación». Haríamos bien, prosiguió, en no hacer ni caso de esos salteadores. De todos modos, en el

mundo ya había demasiadas opiniones. El que expresaba la suya no hacía sino contribuir a una aborrecible contaminación del medio ambiente. Él, por su parte, cambiaba de opinión por razones puramente higiénicas más a menudo que de camisa. Tan pronto como empezaban a oscurecerse los bordes, las metía en la lavadora.

100 Más duraderos que las opiniones eran los argumentos; por lo menos, estos se podían atacar y defender, lo que resultaba entretenido y estimulaba la actividad cerebral. En términos generales, lo que se mantenía más firme era aquello que uno valoraba, esto es, sus convicciones. No nos aconsejaba revelarlas; lo mejor era guardárselas para sí tanto tiempo como fuera posible.

Lo que venía a decir con todo ello nadie lo había expresado mejor que el senador norteamericano Daniel Patrick Moynihan con la máxima: «*Everybody is entitled to his own opinion, but not to his own facts*».

101 «Imagínense», dijo Z., «que son ustedes un cazador de la antigua Europa que acaba de matar un ciervo con la lanza. ¿Qué hará con su presa? La despedaza y reparte la carne entre los miembros de su clan. Aprovecha incluso la piel. Solo queda la cornamenta. A lo mejor en su época ya se habían inventado los broches o los botones, que pueden obtenerse de los cuernos. Pero continúa quedando un resto. El cazador lo ralla bien fino. El polvo obtenido tiene un sabor repugnante. De pronto se le ocurre calentarlo. ¡Mucho mejor! La sal en cuestión no huele mal. Su mujer ha preparado una masa para tortas. Por azar, una pizca de la sal de cuerno de ciervo cae sobre la masa, y esta aumenta de volumen. Se acababa de inventar la levadura en polvo.

»Esta anécdota ilustra el hecho de que, tarde o temprano, los seres humanos prueban todo lo que se puede probar, por muy absurdo que parezca. No hay nada que los amedrente».

102 Al cabo de unos miles de años, según Z., el doctor Samuel Hahnemann estaba descontento con la doctrina médica reinante en la época. Quizá, pensaba, había que hacer caso a Paracelso y curar *similia similibus*, es decir, lo semejante con lo semejante. Había que intentarlo. Con el método de ensayo y error se demostraría su validez. «Puede parecer inverosímil, pero sus discípulos no descansaron hasta conseguir, a día de hoy, remedios preparados a partir de mil cuatrocientas materias primas diferentes, entre otras el cianuro de hidrógeno, la gasolina, las chinches, el cangrejo de río, el mercurio o la araña de la cruz».

Merecía todo el respeto, concluyó Z., una especie que tenía semejantes ocurrencias.

103 Acerca de la energía, dijo Z. que no era que fuera escasa, sino que se consumía

en exceso. A los presentes, aquella afirmación nos provocó cierto malestar. Temimos que Z. pretendiera pronunciar una larga letanía sobre aquella cuestión. Una letanía que empezó con la suposición de que muchos de los problemas del transporte se solucionarían si fuéramos a pie. El gasto de energía podría controlarse. A él personalmente le bastaría con desayunar un cruasán, un huevo y una pera para arrancar el día.

104 «A todos ustedes deben de resultarles familiares», prosiguió Z. su discurso, «los nombres de los señores Watt, Benz y Otto. Pero ¿qué es una máquina de vapor sin válvula? ¿Y un motor sin freno? ¿Quién erige un monumento a quienes consiguieron que los caballos de potencia (hoy llamados kilovatios) no ocasionaran grandes desgracias?». La disminución de la presión y de la velocidad, dijo, era una labor espléndida.

105 No contento con ello, se refirió Z. al hambre de energía en la ciencia: «Cuando, en 1911, Rutherford descubrió el núcleo del átomo, su experimento costó setenta libras esterlinas. Una generación más tarde, cuando Otto Hahn llevó a cabo la fisión del uranio, su aparato cabía sobre una mesa de laboratorio. Para el primer ciclotrón, que pusieron a prueba Lawrence y Livingston en Berkeley, bastó con un diámetro de diez pulgadas».

El CERN de Ginebra, en cambio, ocupa un terreno de más de seiscientas hectáreas. El Gran Colisionador de Hadrones, que se puso en funcionamiento en 2008, ha costado hasta el momento, según se dice, unos cuatro mil millones de euros, y consume ochocientos gigavatios hora de corriente al año. Se espera aumentar su energía hasta los 14.000.000.000.000 electronvoltios.

106 «No existe en ningún lugar crecimiento económico que pueda mantener la llamada megaciencia», concluyó Z. El hecho de que nuestra civilización costeara tamañas empresas sin malgastar ni un minuto en contabilizar sus réditos lo dejaba perplejo. Era un fenómeno que observaba con satisfacción.

107 No obstante, no todos los secretos toleraban ser desvelados, nos advirtió Z. El exceso de curiosidad podía conducir más fácilmente a la decepción que al éxito. «Parece ser que Picasso dijo una vez que, como no sabía leer en inglés, un libro en esa lengua era para él un libro en blanco. Del mismo modo, si leía algo sobre la física de Einstein, no entendía ni una palabra. Y, sin embargo, a menudo comprendía en ello otra cosa que le resultaba útil».

108 En una ocasión, habló Z. de las *Cartas persas* de Montesquieu. Un viajero de Isfahán que llega a París descubre con asombro que el rey de Francia es un mago, al

igual que el Papa: este pretende hacer creer a la gente que tres son uno y uno es tres, mientras que el primero afirma que el papel es oro. En Europa, la gente los cree a pies juntillas. «Hoy en día», dijo Z., «eso no ocurre casi nunca».

109 «La mayoría de nosotros somos robots sociales», sentenció Z. No era nada extraño y difícilmente se podía evitar. Sin embargo, había excepciones. Él conocía a un hombre que se negaba a utilizar un teclado. Evitaba los transportes públicos, pues se veía incapaz de apañárselas con las máquinas expendedoras de billetes. Tampoco estaba en condiciones de utilizar un ordenador, y solo conocía internet de oídas.

Interrogado sobre las dificultades que le acarrea su actitud, el hombre había respondido que aquella clase de tareas tenían que hacerlas otros por él. Él prefería ocuparse de sus propias cosas. Sobre estas confesiones de su amigo, dijo Z. que resultaba muy llamativa la atemporalidad de aquella personalidad. En cuanto a si podía representar un modelo, era algo que dejaba en el aire.

110 «Me ha llamado la atención que en todas partes proliferan las escenas, no solo en Berlín, sino también en provincias. La escena artística, la escena de clubes, la escena del cine, la escena de la prostitución, la de izquierdas, la lésbica, la de los piratas informáticos, la de los coleccionistas, la de la teoría de cuerdas, la vanguardista y un largo etcétera. Muchos de estos lugares están demasiado abarrotados porque hay gente empeñada en pertenecer a ellos sea como sea. Tengo que confesar que a mí me provocan ganas de echar a correr». Aunque se tenía por un filántropo, dijo Z., era y sería siempre un escenófobo.

111 El señor enjuto al que hemos llamado sociólogo reapareció a pesar de que Z. lo había ofendido con su insinuación de que tenía tendencia a la manía persecutoria.

Quería saber qué había que opinar de los escritos filosóficos de Derrida.

«No me puede pedir una cosa así». Con estas palabras se defendió Z. Del mismo modo, alguien podría pedirle que expresara una opinión fundada sobre el ganador o ganadora del festival europeo de música pop, o sobre los logros del equipo alemán de voleibol.

«Antes de que muestre indignación por esta respuesta, sepa que no pretendo ofender a nadie con ella. Hay que entenderla meramente como legítima defensa. Al fin y al cabo, de un tiempo a esta parte el número de famosos crece de forma hiperbólica. Me declaro sencillamente incapaz de recordar sus nombres. Así pues, me protejo con la capa mágica de la ignorancia. Espero que nadie se enfade conmigo si me arropo con ella».

Nuestro sociólogo esbozó una réplica, pero como casi nadie entre los presentes había oído hablar de Derrida, su protesta cayó en saco roto.

112 La cosmonáutica tripulada le parecía una estupidez, dijo Z. Era sumamente costosa, aburrida y científicamente improductiva. El absurdo esfuerzo que se invertía en ella era pura propaganda. Ya solo el deambular de los astronautas por las estaciones espaciales enfundados en sus grotescos trajes hinchados le parecía patético, por no mencionar sus funciones corporales. Un lugar donde las personas tenían que salir de sus naves tambaleándose torpemente como escarabajos impotentes no era lugar para el ser humano.

113 «No», declaró Z. al hablar sobre la codicia ilimitada de los ejecutivos, «no se trata en absoluto del saldo que tengan en la cuenta. Hace tiempo que esa gente no necesita ya más dinero. Lo único que les preocupa es su estatus. Solo les interesa saber quién está por delante de ellos en la lista de sueldos más altos. De nada serviría aplicar una lógica redistributiva y hacerles pagar más impuestos. Y aunque eso funcionase, lo que resulta improbable, a los necesitados de la sociedad solo les supondría una pequeña propina. Las retribuciones elevadas e inmerecidas despiertan una indignación comprensible desde el punto de vista moral, pero no tienen efectos económicos o sociales significativos. Quizá lo que deberíamos hacer es sencillamente abandonarlos a su riqueza, a esos imbéciles que necesitan a toda costa poseer el yate más grande del puerto».

114 En alemán, en el ámbito de los comités de los partidos políticos, por ejemplo, se dice que uno u otro candidato no tiene el *Stallgeruch*, literalmente «olor a establo», que hay que tener, con lo que quiere decirse algo así como que el candidato en cuestión «no es de los nuestros». Z. dijo que la expresión aludía erróneamente a la agricultura, puesto que cualquier campesino prefería la fragancia de un montón de estiércol al aroma de los comités de partido.

115 Las palabras más pequeñas, aseguró Z., son las más importantes. Según él, si era necesario, uno podía arreglárselas sin términos como *trifenilfosfina* o *retroalimentación*; sin embargo, sin *yo* y *tú* era imposible salir adelante.

«Estos pronombres parecen insignificantes, pero tienen su intrínquilis. Por ejemplo, ¿quiénes somos *nosotros*? ¿Qué les parece?».

«Ahora mismo, *nosotros* somos todos aquellos que no tenemos nada mejor que hacer que escucharlo a usted», dijo nuestro incansable estudiante.

«Pero también podría referirse a todos los habitantes de esta ciudad, o de nuestra pequeña región, o incluso a todos los miembros de nuestra especie».

«Eso depende de si está utilizando la forma inclusiva o la forma exclusiva de la primera persona del plural».

«Eso no siempre es fácil de diferenciar. Y aún se complica más la cosa si

utilizamos el plural *ellos*. Recuerdo un libro polaco de los años ochenta titulado lapidariamente *Oni*, que traducido al español sería *ellos*. La autora, de cuyo nombre, por desgracia, no me acuerdo, se refería a la nomenklatura estalinista, que convertía en objeto de su crítica. Mediante entrevistas, desenmascaraba a los antiguos gerifaltes del Partido con un éxito notable».

«¿Y eso qué nos importa? Esos vestigios del pasado ya no nos interesan».

«Por suerte. Pero, díganme, ¿de quién se está hablando en las frases siguientes?:

»“Y ahora van y prohíben la bombilla de cuarenta vatios”.

»“Han dicho en la tele que mañana lloverá”».

Algunos no quisieron dejar pasar la ocasión de aportar otros ejemplos:

«Quieren salvar a los bancos a toda costa», soltó uno, y otro se quejó con estas palabras:

«El sábado van a volver a cortar la Leopoldstrasse».

«Quien pretenda sustituir», dijo Z., «el *ellos* por el pronombre impersonal *se*, pronto se dará cuenta de que es imposible. Sin embargo, este tipo de frases presuponen que, aunque no se nombre ningún agente, todo el mundo sabe quién realiza la acción».

«Por supuesto», exclamó uno. «Se refieren a los de arriba. Los capitalistas. Los políticos. Los medios de comunicación. La burocracia».

«Eso es. En todos los casos parece tratarse de una autoridad anónima. ¡Un concepto de lo más nebuloso! El que habla de este modo, y quién de nosotros no lo hace, oscila entre la rebeldía y el resentimiento.

»Me acaba de venir a la cabeza el nombre de la periodista polaca: se llama Teresa Torańska, y me quito el sombrero ante su libro, en el que describe con precisión las inevitables deformaciones de los que pertenecen a esa autoridad. En él no tiene ninguna importancia quiénes son “los de arriba” ni cómo ejercen su dominio».

Y, habiendo pronunciado estas palabras, Z. se quitó, en efecto, su abollado bombín.

116 En otra ocasión, Z. inquirió si había entre los presentes alguien de izquierdas o de derechas.

Nadie estaba en disposición de responder a esa pregunta.

«Me alegra saberlo», dijo Z. «Esta distinción, tan popular como antigua, solo contenta a quienes prefieren tener una perspectiva política simple. Y cuando la aplican, a menudo se olvidan de sí mismos. De lo contrario caerían en la cuenta de que, sin saberlo, son a la vez “de izquierdas” y “de derechas”. El progresista puro y duro es, como su hermano el conservador, una quimera. Quien pudiera contemplar físicamente su propio mapa político mental descubriría que es moteado como una alfombra de piel de vaca. A fin de cuentas, al arquitecto vanguardista le gusta su acogedor piso situado en un edificio antiguo, con su secreter de estilo Biedermeier, y el pétreo fabricante de salchichas elogia en privado la innovadora cocina molecular».

Nuestro filósofo crítico no se dio por satisfecho con aquella explicación: «Pero ¿por qué solo tiene dos colores su mapa imaginario? Olvida usted las manchas excéntricas, los lunares blancos, los huecos de la ignorancia. ¡Pero sobre todo olvida los tonos grises de la indiferencia!».

«Tiene usted toda la razón», admitió Z. «Esas son siempre las regiones más extensas del mapa mental».

117 «Hay que romper una lanza por la alienación», dijo Z. «No soy el primero que la defiende. Sufrir por estar alienado me parece un lujo que no nos podemos permitir. Sin duda, también ustedes se llevan a veces las manos a la cabeza cuando participan en una experiencia colectiva. Basta con que vean uno de esos populares *talk shows*: descubrirán que hay gente en el estudio que ríe cada vez que se lo mandan. O pensemos en un concierto de música pop, en el que todos los asistentes levantan los brazos a la vez, como si vivieran en Corea del Norte y tuvieran que celebrar el centésimo aniversario de su dictador.

»La sensación de estar fuera de lugar es, en estos casos, no solo inevitable, sino también bienvenida».

118 Algunos de los presentes, que preveían una larga estancia, trajeron provisiones de un puesto de salchichas. Una chica ofreció a Z. un sándwich, que él rechazó educadamente. La muchacha le preguntó si era persona de gustos exigentes.

«Sí, no puedo negarlo», respondió Z. «Pero no debe interpretarlo como refinamiento; se trata sencillamente de que me fío de mi lengua, mi nariz y mi estómago, o sea, de lo que nos ha dado la naturaleza. Cualquier vaca sabe qué hierba es mejor comer y cuál es mejor evitar. Es un conocimiento congénito, que no sale en los libros. Nadie debería tragarse lo que la sociedad nos pone delante de los ojos.

»Y se equivocan si creen que hablo solo de la comida».

119 En cuanto a los homenajes, dijo Z. sin que nadie le hubiera preguntado por ello, todo ahorro era poco. En lugar de tributarlos a los que eran lo suficientemente vulgares para codiciarlos, debían reservarse a las personas queridas. En la esfera pública no pintaban nada. Solo eran realmente pertinentes *in camera* o, todavía mejor, *in pectore*.

120 A Z. le llamaba la atención la frecuencia con que se convertía en testimonio involuntario de personas que gustaban de hablar de su relación de pareja.

«Supongo», dijo, «que esta expresión procede de la terminología de la electrónica. En este campo, cada contacto puede servir para establecer el número deseado de contactos adicionales sin que se resienta el flujo de corriente. Dudo que eso mismo pueda aplicarse a los contactos eróticos. Ya solo en un simple *ménage à*

trois cabe esperar todo tipo de conflictos».

No podía ni imaginarse, pues, una relación a treinta y dos bandas.

121 Un día estuvimos esperando a Z. en vano en el lugar acostumbrado.

«Me temo que no nos va a soportar mucho más tiempo», dijo uno; quizá fuera el zoólogo que nos había instruido sobre las aptitudes de los murciélagos y los delfines. «¡Ni nosotros a él!», exclamó otro, al que mandamos callar al instante.

Cuando al fin apareció Z., se anticipó a nuestras críticas: «Sus miradas llenas de reproche hablan por sí solas: es evidente que querrían que pensara por ustedes».

Sin embargo, era demasiado perezoso para hacer lo que se esperaba de él.

122 Al cabo de un rato, un impaciente le preguntó a Z. si se había quedado mudo. ¿Cómo podría haber reaccionado sin quedar en evidencia? ¿Debía seguir callado o acceder a dar algún tipo de información? En ambos casos, el que le había hecho la pregunta habría tenido motivos para protestar.

El azar acudió al rescate de Z. Señaló hacia arriba, donde, muy por encima de los árboles, flotaba un zepelín plateado. Todos contemplaron cómo la aeronave se iba empequeñeciendo hasta desaparecer, y para entonces ya habían olvidado la pregunta.

123 Z. explicó que no hacía ni caso de sus sueños. Si no andaba equivocado, el error de los que pretendían interpretarlos era que durante sus elucubraciones estaban completamente despiertos. Era lo mismo que intentar establecer el contorno de una nube que no para de desplazarse por el cielo.

124 Un día, avanzado el atardecer, aseguró Z. a los que todavía permanecían ante él que la naturalidad era un bien muypreciado. El que la había perdido, añadió, solo andaba preocupado por expresarse con comedimiento. La tan denostada corrección política era solo uno de los muchos síntomas del estado de ánimo abatido y quejumbroso que aquejaba a muchos de nuestros semejantes. Lo que se perdía por esta vía no tenía nada que ver con la ideología y era difícilmente recuperable.

125 En otra ocasión, una mujer joven con botas de montar y algo impertinente criticó el hecho de que Z. siempre tuviera algo que objetar. ¿Acaso era un buscapleitos?

«Buena pregunta», le respondió Z., impasible. La tendencia a quejarse sobre cualquier cosa, afirmó, era comprensible. Uno apenas podía salir de casa sin encontrar un montón de razones para ello.

«Sin embargo, el buscapleitos adolece de varias debilidades. Para empezar, le falta seguridad en sí mismo, por lo que siempre se siente ofendido. Además, le falta sentido de la economía. En lugar de repartir equitativamente su resentimiento por el mundo, de modo que la dosis tóxica provoque daños menores, se concentra en lo que

le queda más cerca. En general, la emprende con sus vecinos, sus rivales y sus colegas. Lo peor de todo, sin embargo, es que apuesta a ciegas por la ayuda de las instituciones. Por eso redacta innumerables denuncias, demandas, recursos jerárquicos, instancias y requerimientos, que perfora y guarda debidamente en archivadores de la casa Leitz. Naturalmente, por regla general él es el primer damnificado por sus propias quejas».

126 «En la plaza mayor de Marrakech», recordó Z., «hay unos cuentacuentos que alzan la voz hasta que logran reunir a su alrededor un grupo suficientemente grande de transeúntes deseosos de saber cómo termina el relato. Como pueden ver, a mí me falta el platillo para recoger el óbolo que los narradores esperan de su público, así como el bote que le tienden a uno esas personas mayores y solitarias que proclaman la buena nueva en esquinas expuestas al viento.

»De mí, en cambio, no tienen que esperar ni que temer ninguna conversión».

De todos modos, ya había suficientes predicadores en el desierto, añadió. Le alegraba que ninguno de nosotros se dejara arrebatar por limosnas o demostraciones de aclamación.

127 Un hombre mayor alzó el dedo. «Usted no quiere mojarse», reclamó. «A menudo uno tiene la impresión de que no adopta ninguna posición».

«Eso puede deberse», dijo Z., «al hecho de que, al contrario que las hayas bajo cuya sombra nos hemos reunido, yo soy móvil».

En cualquier caso, no le apetecía comprometerse. De todos modos, las descripciones de uno mismo eran poco fiables. Las etiquetas había que dejarlas a los demás, independientemente de si el resultado era halagüeño o crítico. Por ejemplo, cuando alguien aseguraba de sí mismo que era un adventista fervoroso, un rebelde o simplemente un buen tipo, lo único que conseguía era alimentar las dudas de cualquier persona sensata.

128 «De algunos mortales», nos contó Z., «se asegura que vivían en olor de santidad. En tales casos, los teólogos, que para todo encuentran un término griego adecuado, hablan de *osmogénesis*. Al parecer, esta concepción se remonta al Egipto de los faraones, pero sé que en algunos círculos se mantiene hasta la actualidad. Las personas próximas al padre Pío, que murió en 1968, percibían muy a menudo ese aroma en él. Se dice que emanaba de su cuerpo, de los objetos que tocaba y de su ropa. Un fraile que se le acercó quedó tan subyugado que a punto estuvo de desmayarse».

Observó Z. que entre los presentes había algunos escépticos que emitían gemidos de desaprobación. Para tranquilizarlos, citó a Heinrich Heine. Muchas flores olían bien, se decía en los *Cuadros de viaje*, por mucho que hubieran salido de una cebolla.

Para nosotros era «suficiente, en esta vida, no oler mal».

129 Dijo Z.: «De vez en cuando, uno se topa con personas que sienten la necesidad de marcar su perfil. Se conoce que temen ser confundidos fácilmente. Es una cuestión que invita a la reflexión. Un par de espejos en el baño podrían resolverles el problema. Para comprobar qué aspecto tienen de lado, les bastaría con orientar adecuadamente los espejos. Si fuera necesario, siempre podrían acudir a un cirujano, que estaría encantado de ayudarles a conseguir una nariz bien marcada».

130 «La sociedad es un déspota que no necesita prisiones», dijo Z. «Si me acordara de quién dijo esta máxima, no ocultaría su nombre. ¿También a ustedes les ocurre a veces que les ronda por la cabeza una frase genial y ya no pueden desprenderse nunca más de ella?».

131 Un chico delgado de dieciséis años, que llevaba una camiseta con la inscripción *syntech.com*, le preguntó a Z. si todavía usaba el teléfono. «A regañadientes», fue su respuesta. «Me parece un aparato fastidioso y de lo más grosero». «Y sin embargo lo utiliza». «Cuando no tengo más remedio». «No lo entiendo», dijo el chico. «El teléfono es molesto, anticuado y superfluo. A la gente de mi edad ya no le apetece perder el tiempo hablando de tonterías. Un SMS tiene ciento sesenta caracteres. Todo el mundo chatea, bloguea y tuitea, y con eso es suficiente. Debería dar de baja el teléfono».

Z. guardó silencio. «Tiene usted razón», dijo al rato. «Si le hablara de los postes del telégrafo plantados en el paisaje, de las ondulaciones de los cables, de los gorriones que se posaban en ellos y de las partituras que escribían sobre el cielo... le costaría entenderme. Pero da igual. ¡Siga piando con toda tranquilidad!».

132 Tampoco la teología era lo que había sido, dijo Z. Y lo lamentaba, añadió. En otro tiempo, las mentes más preclaras de Europa se habían consagrado a ella. Duns Escoto, el *doctor subtilis*, o Tomás de Aquino, el *doctor angelicus*, no habían confundido nunca la gracia plena con la incompleta ni habían metido en el mismo saco los pecados veniales y los mortales. Por cierto, había sido un escolástico, Guillermo de Ockham, quien había sentado las bases de la lógica moderna.

133 «Si alguien les da garantía de algo», observó Z., «no se fíen. No existe tal cosa. Basta con leer la letra pequeña para convencerse de ello. Da igual que se trate de una póliza de seguros como de una promesa electoral, el mensaje es siempre el mismo. Vayan a comprar una humilde taladradora y les harán entrega de un folleto que, en sesenta y cuatro páginas y siete lenguas, declarará que nadie responde de lo imprevisto. Según la cultura a la que uno pertenezca, este concepto recibe diferentes

nombres: fuerza mayor, *force majeure* o, por qué no, *An Act of God*. Al parecer, en turco, *mücbir sebep* significa “causa ineludible”. Más vale no saber cómo se llaman estas excusas en árabe, urdu o chino. Lo mejor que pueden hacer es no leer el programa de los partidos políticos, prescindir del seguro contra granizo y tirar a la basura la taladradora estropeada».

134 «En Europa hay políticos que se muestran perplejos ante la posibilidad de que se produzca una bancarrota del Estado», dijo Z. «Me recuerdan al médico que nunca ha oído hablar de la existencia de la tuberculosis y se sorprenden cuando sus pacientes escupen sangre. Claro que, a fin de cuentas, no soy historiador. Sin embargo, basta con leer un librito durante el fin de semana; me refiero a la heroica obra de Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff que lleva el bello título de *This Time is Different. Eight Centuries of Financial Folly*, publicada en 2009 y disponible por 19,95 dólares. En ella se enumeran las quiebras de sesenta y cinco Estados. Entre ellos destaca Grecia por el hecho de haber sido insolvente durante la mitad del período que va desde su proclamación de independencia del imperio otomano hasta la actualidad.

»Ninguno de los políticos que, en Bruselas y en otras partes, anuncian los acuerdos alcanzados en sus cumbres parece haber oído hablar jamás de ello. El motivo por el que esta profunda ignorancia los hace aptos para ocupar los cargos más elevados no queda del todo claro. Entre las muchas peculiaridades de su oficio se encuentra el hecho de que los candidatos, a diferencia de los médicos, pilotos, techadores o conductores de coche, no tienen que someterse a ninguna lectura de tesis, a ningún test, a ningún examen de oficial, de maestría ni de conducir».

135 «Un argentino de treinta y dos años descendiente de una familia de la alta burguesía», explicó Z., «se vio confrontado un día a la pregunta de cómo se fabrica la pasta de dientes. Alguien le había llamado la atención sobre el hecho de que en la isla caribeña de cuya industria él, como ministro, era responsable, no solo había escasez de judías, leche y detergente en polvo, sino también de dentífrico. Al menos le habría gustado remediar esa carencia. Sin embargo, aun con su mejor voluntad, no podía ocuparse de esos detalles; pues, para colmo de males, también había sido nombrado presidente del Banco Nacional, y como tal tenía que firmar uno a uno los billetes en pesos acabados de imprimir.

»Aunque había padecido ataques de asma durante toda su vida, no podía prescindir de la costumbre de fumarse sus queridos puros, un consuelo del que se veían privados la mayor parte de sus conciudadanos, ya que de puros también había escasez. Quizás esta triste situación contribuyó a que, al cabo de unos años, dimitiera de todos sus cargos. ¿O quizá el motivo fue que la economía del país estaba por los suelos?

»Poco después, Ernesto Guevara de la Serna, más conocido con el sobrenombre de “el Che”, se hizo famoso en todo el mundo. Su retrato con la boina colgaba en casi

todos los pisos de estudiantes del mundo occidental, y mucha gente tenía la impresión de que era, tal como lo definió Jean-Paul Sartre, “el ser humano más completo de nuestro tiempo”. Todo lo cual sugiere, como conclusión, que la ignorancia no es ningún privilegio de nuestros cuadros políticos».

136 «¿Qué haría usted si subiera al poder como dictador?». «Me parece», dijo Z., «que hay pocas personas menos idóneas que yo para esa profesión. Pero ¡como quieran! En primer lugar prohibiría todas las motocicletas, por ser demasiado ruidosas y peligrosas. Luego le llegaría el turno a la publicidad. Provoca cantidades enormes de desperdicios, estropea el paisaje y roba tiempo a la gente. Sin embargo, como es de suponer, yo desearía tan poco como ustedes vivir en un país en el que yo fuera dictador».

137 El hombre que había intervenido en último lugar se reveló muy insistente. «Puede ser», empezó. «Sin embargo, me da la impresión de que tiene usted una relación ambigua con la democracia».

«Como sin duda habrán notado, las convicciones no son mi fuerte. Pero ya que me lo pregunta de una forma tan directa: sí, tengo una gran predilección por esta forma de gobierno, quizá porque viví unos años en una dictadura. Lástima que ya no quede casi nada de ella. Hace tiempo que nos gobiernan siglas que no aparecen en ninguna constitución del mundo: el MEDE, el MEEF, el FMI, el BCE... y por una Comisión que no hemos elegido, y por un Eurogrupo que se reúne en la trastienda. Su único adversario son los llamados mercados, ante los cuales tiemblan como el conejo ante la serpiente. Lamento tener que decir que hemos entrado en un estado posdemocrático que mucha gente parece aceptar».

«Yo no», protestó el querellante. Y rechazó el repugnante purito que Z. le ofreció.

138 «El oficio de monarca», dijo Z., «tiene más en común con el de estafador de novias de lo que parece. Se trata en ambos casos de actividades fatigosas a las que los bígamos y los príncipes se ven abocados casi sin comerlo ni beberlo. Resulta difícil imaginar hasta qué punto debe de resultar sofocante la disciplina que se les exige y el aburrimiento al que se ven sometidos. Ni la veneración que se les dispensa ni la atención de la que disfrutan puede compensar las cargas espirituales que tienen que soportar».

139 Alguien criticó el hecho de que Z. no parecía dispuesto a dejar de lado ningún tema. «¿Acaso no hay nada en el mundo para lo que no se sienta competente?», preguntó.

«Solo espero», replicó Z., «que ninguno de ustedes me confunda con una autoridad. Soy y siempre seré un aficionado; miro a mi alrededor, reflexiono para mis

adentro y estoy encantado de que alguien me enmiende la plana. Estoy tan lejos como ustedes de la omnisciencia, que es un atributo divino».

140 A otro le desagradaba que Z. sacara los dioses a colación a cada momento. «¿No se ha enterado de que Dios ha muerto?», le espetó. «Lea el aforismo número 125 de *La gaya ciencia*». «¿Y quién no conoce ese pasaje tan famoso?», respondió Z. «Pero ¿está seguro de que matar a los dioses es un proyecto esperanzador? Recuerde que Jesús resucitó, y que incluso Venus y Fortuna nos persiguen en todas las metamorfosis y disfraces posibles. A mí eso me hace pensar que, independientemente de que creamos en ellos o no, los dioses gozan de una salud inmejorable».

141 «Continuamente se publican encuestas: cuántas veces a la semana practicamos el sexo, si preferimos la pasta de dientes de color verde o rosa, o a quién no pensamos votar. Sin embargo, los encuestadores todavía no han sometido nunca a escrutinio la fuerza de la gravedad. Puede que este fenómeno tenga que ver con el hecho de que nadie sabe a ciencia cierta qué es en realidad la gravedad. Se hacen grandes esfuerzos para encontrar las ondas gravitacionales de las que habló Einstein, pero hasta el momento no se ha podido demostrar su existencia, ni siquiera con la ayuda de un interferómetro, que puede medir variaciones minúsculas de la longitud de onda de un rayo láser con una precisión de hasta 10^{-19} metros. Me he informado: se trata de un número con dieciocho ceros detrás de la coma.

»A la gente como nosotros, más orientada a los aspectos pragmáticos, de la gravedad nos fastidian aspectos totalmente distintos. Nos enfadamos cuando se nos cae una copa de vino tinto y se echa a perder la alfombra, cuando subimos jadeando con la bici una montaña escarpada, o si nos duele la rodilla cuando alguien nos invita a cenar a un lugar al que se accede por una escalera empinada. También a través de una encuesta se podría comprobar que, en lugar de tropezar, preferiríamos planear como un albatros».

142 Un hombre robusto que pasaba casualmente por allí se detuvo y gritó por encima de las cabezas de los presentes: «¿Y qué ocurrirá ahora?». «¿Qué ocurrirá con qué?», preguntó Z. «Con Europa, con China, con la crisis».

Z., que no había dormido bien, bostezó, se llevó una mano a la boca y dijo, tan bajo que nadie lo entendió: «¿A santo de qué debería saberlo?».

143 «Eso de la durabilidad tiene su intrínquilis», observó Z. «La preocupación por el hecho de que en nuestro planeta la cosa se pone cada vez más fea me parece justificada. No hace falta enumerar los motivos. Los demógrafos alertan del peligro, los expertos en el clima se tiran los trastos a la cabeza, la economía renquea, los osos polares tienen demasiado calor, etcétera, etcétera».

Sin embargo, prosiguió Z., por de pronto la gente solía preocuparse de problemas más inmediatos. Se preguntaban cuánto tiempo aguantaría el viejo tractor; comprobaban que con cada temporal el techo tenía goteras, y ni siquiera la nueva cadera, decían, aguantaba como el médico había prometido.

La ciencia aducía que todo ello tenía que ver con la entropía. Z. más bien lo justificaba con la célebre ley de Murphy, según la cual todo lo que puede salir mal, tarde o temprano saldrá mal; era una interpretación menos compleja pero preñada de experiencia.

144 Z. reflexionó que, a propósito de la durabilidad, las tortugas gigantes de las Galápagos eran muy superiores a nosotros. «También muchos árboles», prosiguió, «nos superan en ese aspecto, a menos que los invadan el escarabajo de la corteza, la procesionaria y la polilla minadora. Me han dicho que las secuoyas, los tilos y los cedros alcanzan más de mil años. Sin embargo, dudo que fuera una bendición vivir más allá del año 3000».

145 Dijo Z.: «Las personas que se dedican a las artes también reclaman un papel especial en esta cuestión. No paran de dar vueltas al período de semidesintegración de sus creaciones. Temen, a menudo con razón, caer en el olvido. Como la erosión, no se trata de un proceso tempestuoso, sino discreto. Las medidas preventivas que algunos adoptan aún en vida son de lo más metódicas. Lo intentan con disposiciones testamentarias, regulaciones sucesorias, archivos, retrospectivas y ediciones completas. Aun así, la posteridad hace lo que le da la gana, y suele tener razón».

146 En una ocasión, quiso saber Z. si entre los presentes había alguien que padeciera los efectos de la avalancha de información.

Nadie levantó la mano.

«Entonces, ese supuesto diluvio no debe de ser tan malo».

«Sí», intervino una tímida voz de muchacha. «Demasiados canales de televisión. Internet. El buzón de entrada que no para de emitir pitidos. ¡Y todo queda grabado!».

«Me parece», respondió Z., «que estoy en disposición de tranquilizarla. Todo eso desaparecerá por sí solo. Ni siquiera las comunicaciones más famosas están a salvo. Por ejemplo, el *Domesday Book*, del año 1086. El manuscrito era tan valioso que se digitalizó novecientos años más tarde. Al cabo de diez años, la copia era ilegible y el archivo tuvo que realizar una nueva versión. El hardware y el software envejecen a un ritmo rapidísimo. La mayoría de los sistemas no son compatibles con los anteriores. En los almacenes de los National Archives de Washington se guardan bandas magnéticas de los años sesenta que nadie es capaz de descifrar. Restaurarlas comportaría un coste técnico que nadie podría asumir. De modo que puede estar tranquila. La avalancha de información se evaporará y desaparecerá por sí sola».

147 Z. había hecho una pausa y se disponía a comer una manzana cuando apareció de pronto una mujer joven y guapa, con unas gafas verdes demasiado grandes, que se sacó un teléfono minúsculo del bolsillo. A lo mejor era una periodista desorientada. Al momento le disparó una salva de preguntas a Z.: «¿Es usted Cáncer o Piscis? ¿Tiene un plan de negocio? ¿Vive solo?».

Z. la miró con incompreensión. «Eso no voy a contestarlo», dijo, y dio un mordisco a su manzana.

148 La reportera percibió a tiempo que se cernía sobre el parque una fuerte tormenta. Guardó el aparato y desapareció. Z. se dispuso a empezar a echar pestes de la industria de la conciencia, pero se vio interrumpido por un trueno. «¡Esa es la prueba de que existe una vida a este lado de los medios! Debemos atenernos a ello», advirtió a sus oyentes, aunque el súbito chaparrón había ahuyentado a la mayoría de ellos. Z. los miró, se puso apresuradamente la chaqueta y cogió el sombrero. El señor callado de las gafas de sol, que llevaba un paraguas, ayudó a huir de los elementos a aquel hombre empapado.

149 Al día siguiente, alguien quiso saber si podía ser que hubiera un exceso de arte. «Sin duda», respondió Z. «Sobre todo en la construcción».

150 «¿Y qué hay de los poetas?», preguntó otro. «¿También hay demasiados?».

«Como no soy sospechoso de pertenecer a ese gremio», fue la respuesta de Z., «puedo expresarme sobre ello *sine ira et studio*. Desde luego, hay muchos que no tienen ningún oído para la prosodia, la cadencia y la métrica; además, como es sabido, el número de poetas excede al de sus lectores. Sin embargo, al contrario de lo que ocurre en las artes plásticas, la poesía es barata, apenas estropea el paisaje urbano y en términos generales, si exceptuamos su poco ecológico consumo de papel, es inofensiva. Por lo tanto, todos aquellos de entre ustedes que sientan el impulso de escribir versos son muy libres de hacerlo».

151 «En cambio, quien no pueda evitar escribir libros, podría al menos tener la deferencia de hacerlos breves. Por desgracia, a juzgar por los escaparates de las librerías, parece que eso es la excepción».

152 Tras ganar la guerra civil, dijo Z., el gobierno sandinista, con el propósito de elevar el nivel educativo del pueblo, anunció una serie de lecturas de poesía. Incluso antes de la apertura de los locales, por lo visto, cientos de poetas se habían reunido, ansiosos por dar estopa a los gringos en forma de verso. Entretanto, en Nicaragua reinaba una notable escasez de obreros y fontaneros, de modo que no había forma de reparar los profundos baches de las calles y las cañerías de Managua se quedaron

secas.

153 No se ejercerá censura, como puede leerse en el artículo quinto de la Constitución alemana, ni siquiera al tratarse de revolucionarios, dictadores y filósofos. Preguntó Z.: «¿Alguien es capaz de adivinar el autor de las siguientes líneas?»:

Oí murmullos, vi resplandores,
asomaron lejanos cielos,
emergieron, para volverse a hundir,
descendieron, para subir aún más alto.
Cuando la lucha interior se apaciguó,
contemplé el dolor y el placer condensados en canto».

Como nadie respondía, dijo Z.: «¡Exacto! El autor se llama Karl Marx. Y ya que jugamos a adivinar poetas, ¿quién me sabe decir a quién hay que atribuir esta elegía?»:

Pero en vez de gloria,
siempre que pulsaba el arpa
la chusma ponía ante el proscrito
una vasija llena de veneno...
y le decía: ¡Bébelo, maldito!
¡Esa es la suerte que se te ha asignado!
¡No queremos tu verdad
ni esas celestes melodías tuyas!¹

»El autor, alumno de un seminario, se llamaba Iósif Vissariónovich Dzhughashvili. Más tarde sería conocido con el nombre de Stalin.

»Con gusto citarí­a también la obra de un gran filósofo, pero por desgracia he olvidado su canción de amor. Solo me acuerdo del último verso. Dice así:

... y se arrodilló, ensimismada, en la ciénaga.

»Hasta al crítico más reconocido le costará identificar al poeta. Se llama Martin Heidegger».

154 «Digan sencillamente: no me gusta la poesía. Es algo excusable. Además, probablemente su antipatía sea mayoritaria».

Z. se mostró conciliador. «No pretendía ofender a los poetas», dijo. «Puede que sea culpa mía, porque a menudo no comprendo qué quieren decir realmente. Aun así, querría mencionarles a una poeta polaca con la que esto no me pasa. Se llama Szymborska».

«¡Otra polaca! ¿Es que lee todo eso en su lengua original?».

«No. Como para otros idiomas, dependo del traductor. Sin este mal pagado trabajador del viñedo de la literatura estaríamos perdidos, pues en el mundo conviven unas cinco mil lenguas. Esta riqueza me parece estupenda, aun cuando cause ciertas molestias».

«¿Y qué tiene su poeta que la haga tan especial?».

«Sus versos no son ostentosos, y aun así cada frase es toda una sorpresa. Se entienden todas las palabras, también en la traducción. ¡Qué cosa más pasada de moda, pero qué cosa más convincente! ¡Cómo solo ella ha sido capaz de hacerlo! Por desgracia, no está viva. Murió como había vivido, de forma discreta pero decidida. Espero que no les moleste esa “Sz” al principio de su apellido. En cuanto a la ł rayada de su nombre de pila, pueden prescindir de ella si no hay más remedio. ¿Quieren oír algo suyo?».

155 La primera fotografía

¿Quién es ese rorro en pañales?
¡Vaya, es Adolfito, el hijo de los señores Hitler! [...]
Babero, chupete, pañal, sonajero,
el crío, gracias a Dios y toquemos madera, está sano [...]
No, ahora nada de berrinches, ¿eh?,
debajo de esta tela negra el fotógrafo hará ¡clic!
Estudio Klinger, Grabenstrasse Braunen, [...]
establecimientos de confianza, bonachones vecinos,
olor a bizcocho y a jabón de saín. [...]
El profesor de historia se afloja el cuello
y bosteza sobre los cuadernos.¹

156 Con o sin Premio Nobel, dijo Z., la fama era un asunto peliagudo.

«¿Cómo lo expresa Klopstock en su segunda oda a la excursión al lago de Zúrich?

Resulta encantador el argentino tintineo de la fama
en el latiente corazón, y la inmortalidad
es una gran idea,
digna del sudor de los nobles.

»Aunque ahora ya no le lee nadie, en su época, cuando todavía no había *talk shows* en la televisión, todo el mundo sabía a qué se refería».

157 La discreción, dijo Z., era un bien que no había que minusvalorar.

158 Cuando de alguien se decía que era muy trabajador, Z. se lo tomaba como un elogio de lo más dudoso. «Lo único que quiere decir eso», dijo, «es que al más pobre le falta un noble talento con el que está bendecido cualquier gato: pasarse el día acurrucado y ronroneando con los ojos entornados».

159 De vez en cuando, leía en el periódico que tal o cual personaje últimamente ya no

gozaba de ningún respaldo, que estaba apartado, retirado, marginado, rebajado, totalmente desaparecido de escena. Lo habían condenado al ostracismo y desde entonces, por decirlo en una palabra, a su alrededor se había hecho el silencio. Z. decía experimentar comprensión, incluso quizá compasión, por esos arribistas siempre que oía decir que seguían viviendo en el interior del país.

160 «Hay entre ustedes quien asegura que soy un escéptico. Como quería saber qué significa eso, lo he buscado. “El que otea, el que mira a su alrededor”, dice el diccionario».

Tal definición, dijo Z., resultaba perfectamente admisible. Fiarse de los propios ojos nunca era un error.

161 Z. tenía la mala costumbre de actuar como si todo el mundo captara sus alusiones. «Todos conocen», dijo, «el famoso texto de 1848 cuya primera frase reza: “Un fantasma recorre Europa”. Tengo la impresión de que el espíritu del comunismo sigue vagando, y en concreto en forma de ectoplasma.

»Charles Richet, nada menos que Premio Nobel de Medicina, fue quien acuñó este término. En sus sesiones de espiritismo pudo determinar que el ectoplasma tiene una consistencia fluida y nebulosa; que desprende un olor parecido al del ozono y más bien desagradable; que emana de la humedad de las mucosas del médium; y que desaparece inmediatamente si la sesión sufre alguna alteración.

»La idea que subyace a estos experimentos se puede expresar en una simple frase. Dice así: los tenidos por muertos, siguen vivos».

162 Por supuesto, era inevitable que algún día surgiera la cuestión de la crítica al progreso. «Un tema muy popular», dijo Z., «sobre todo entre aquellos que disfrutaban del propio progreso. Puedo entender sus reticencias, pues la mayoría de nuestros triunfos tienen algo de malicioso. Sin embargo, quiero proponer a los presentes un pequeño juego. No existen producciones del espíritu humano que sean, con garantías y sin excepciones, inofensivas; quien se lo proponga, puede matar a su vecino con un inocente destornillador. Pero ¿qué les viene a la cabeza si intentan recordar las mejores invenciones de nuestra especie?».

Al momento se organizó un buen bullicio, hasta que alguien tomó la iniciativa y propuso proceder por orden alfabético. A muchos se les ocurrieron buenos ejemplos.

163 «El ajedrez», se oyó, «el aeroplano». «El ascensor», exclamó una mujer mayor, visiblemente contenta de disponer de uno en casa. «¡La bengala!». Siguieron «el besamanos, el botón, la calefacción, la cama, el canalón, la cebolla, el cenicero, el cruasán, la cuchara, el cuerpo de bomberos, el dentífrico, el diccionario, las escaleras, el helado, el limpiaparabrisas, la lírica...».

Pero pronto alguien le buscó también a este gato los tres pies: «¿Y qué hay de los innumerables poemas bélicos e incendiarios, las serviles loas al soberano, las odas a Hitler y a Stalin?».

«Buena observación», dijo Z. «Por mí, pues, eliminemos la lírica de la lista. ¡Prosigamos con la eme!».

«La mayonesa, la meditación, la papelera, el paraguas, el pararrayos, la patata, el pegamento universal...».

Aquel alboroto tan desacostumbrado provocó que los perros de algunos paseantes ladraran a cual más, y un policía que pasaba casualmente por allí se detuvo y se quedó estupefacto al oír: «El sujetador, los tallarines, los tampones, el taxi, las tiritas, el tranvía, las velas, la ventana...».

164 «Creo que de momento basta con eso», dijo Z. Solo quería añadir algunos ejemplos sin mayor importancia. Quien padeciera dolor de muelas seguro que pensaba con gratitud en la invención de la anestesia. Además, el pensador crítico difícilmente podría pasar por alto el inodoro. Y, por último, todo aquel que pisara un restaurante debería acordarse de la Revolución Francesa, que dejó sin trabajo a los cocineros de la corte y los sirvientes del Antiguo Régimen, quienes de este modo se vieron obligados a ofrecer también a la gente corriente una comida decente.

165 «¿Acaso no es casi un milagro histórico que en algunas regiones, por ejemplo en nuestro país, ya no haya personas que, además de “parias de la tierra”, se puedan llamar “famélica legión”, como rezaba una canción del siglo XIX? Y si las hay, lo son por voluntad propia, porque miran por su salud y por su IMC».

«Ya estamos..., y ahora ¿qué significan esas siglas?».

«El índice de masa corporal, inventado por un belga en tiempos de la Comuna de París, la misma época en que se compuso *La Internacional*. La Organización Mundial de la Salud ha erigido este índice en pauta de conducta para todos nosotros. Tenemos que hacer el favor de protegernos de la obesidad, la diabetes y la celulitis, y volver a la antigua técnica cristiana del ayuno».

A la vista de la espléndida corpulencia del señor Z., su amonestación fue recibida con risillas sofocadas.

166 En una ocasión, Z. llegó a afirmar que todo aquel que se empeñara en resultar siempre simpático, en mostrar en todo momento un comportamiento «social», haría bien en abandonarse a su innata maldad. Quien pretendiera captar un pensamiento difícil de entender, añadió, tenía que pasar por la solitaria escuela de la misantropía.

«Nos decepciona», soltó uno de los oyentes, «pues no esperábamos otra cosa de usted».

167 «Antes», dijo Z., «se hablaba muy a menudo del lumpenproletariado. ¿No va siendo hora de ocuparse de una vez, para variar, de la lumpenburguesía?».

168 «¿Alguien me ha señalado como un aforista?». Nadie parecía dispuesto a responder a esa capciosa pregunta.

«¿Qué rayos quiere decir eso?», exclamó Z. «¿Que me dedico a proporcionar proverbios de calendario y no a divertirme, enfadarme y discutir con ustedes? ¡Eso sí que no puedo tolerarlo!».

El estudiante de filosofía, que era quien había pronunciado la palabra fatal, dio un paso adelante y dijo: «¿A qué viene tanto mal humor? No pretendía ofenderlo». Z. rio y se dio por satisfecho.

169 De vez en cuando, Z. citaba a Lewis Carroll, por quien sentía debilidad: «“Cuando yo uso una palabra”, decía Humpty Dumpty, también conocido como Zanco Panco, en *Alicia a través del espejo*, “significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos. [...] La cuestión es saber quién manda aquí, eso es todo”.

»La mayoría de la gente comparte tácitamente esta visión», aseguró Z. «Simplemente, no lo reconocen. Todo el mundo cree que puede decidir lo que significan las palabras. Lo que suele conducir, como puede comprobarse en el cuento de Carroll, a discusiones desagradables, sobre todo, aunque no exclusivamente, entre los filósofos. También entre los matrimonios y los políticos las peleas suelen reducirse a las palabras. Una disputa de este tipo puede alargarse durante años, pero solo contribuye a la vanidad y al entretenimiento, no al conocimiento. Puede incluso escalar hasta la bronca mayúscula, pero no hay que confundirla con el resentimiento, que no se expresa en palabras, sino que, de forma similar al disgusto, arde en silencio y no necesita de ningún interlocutor.

»Alicia no se dejó impresionar por la actitud descarada de Humpty Dumpty. No se mostró ni resentida ni disgustada, sino que mantuvo en todo momento su actitud imperturbablemente educada y despreocupada frente a las adversidades con que se iba topando. En este sentido, pocos le llegan a la suela del zapato».

170 En otra ocasión, Z. habló sobre los derechos humanos. «Un tema peliagudo», dijo. «Si te enzarzas en él, te arriesgas a quedar como un alborotador, un aguafiestas o un cínico. Corría el año 1948, si no me equivoco, cuando la Organización de las Naciones Unidas aprobó y proclamó en París la correspondiente Declaración sin ningún voto en contra. Desde entonces, todos los nuevos miembros la reconocen automáticamente en el momento de su ingreso; en la actualidad, pertenecen a esta organización, diría, ciento noventa y tres Estados, aunque cada día que pasa se les pueden unir algunos más.

»“Toda persona”, se dice, “tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración”. Su catálogo es toda una caja de sorpresas. Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona. Toda persona tiene la libertad de cambiar de religión o de creencia. Toda persona tiene derecho al trabajo, a una remuneración equitativa y satisfactoria, al descanso y el disfrute del tiempo libre, a vacaciones periódicas pagadas y a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, la vivienda y la asistencia médica. Para no fatigarles, me contento con este resumen.

»Entre los Estados que han aprobado esta Declaración se encuentran Corea del Norte, Irán, Somalia, Zimbabue, el Congo y Sudán. Ustedes me perdonarán, pero en este caso la contradicción entre la retórica y la realidad me parece una burla pura y dura».

171 «Por supuesto», dijo Z., «toda nación necesita relatos fantásticos sobre los que edificar su historia. El templo destruido, la doncella en la hoguera, la batalla de Kosovo, los partisanos en los bosques..., para eso, el colectivo no necesita ningún novelista. Pasando por alto los hechos, la nación se inventa lo que le viene bien y se lo cree. En vano intentan arqueólogos e historiadores sacarla de su error».

172 «¿Qué les parece si reflexionamos un poco acerca del crecimiento?», propuso Z. «Un concepto que procede, me parece, de la historia natural y la fisiología. Incluso parece que oigamos cómo crece la hierba o esa haya majestuosa de ahí enfrente. Estas plantas saben con exactitud cuándo es suficiente. Cosa que no se puede decir de nosotros. Cuando la economía se bloquea y bajan los índices de crecimiento, se oyen llantos y crujir de dientes. Se nos advierte que conviene reactivar la traqueteante máquina de inmediato, como si se tratara de un automóvil antiguo cuyo motor se arranca con una sudorífica herramienta.

»A diferencia de los políticos y los altos ejecutivos, las hierbas y los árboles dominan a la perfección el cálculo exponencial. Según este, con un crecimiento anual del cinco por ciento pronto alcanzarían el cielo. Con una tasa así, un haya de diez metros de altura alcanzaría aproximadamente los seiscientos cuarenta metros a los cien años, siempre y cuando no se hubiera desplomado antes. Aprender de los árboles puede significar aprender a no ganar, pero posiblemente serviría para sobrevivir».

173 «*Small is beautiful*. Temo que la psique humana es ajena a esta sabia máxima».

Un bachiller de la primera fila, que sobrepasaba en altura a todos los demás y que solía plantear objeciones a Z., creyó ver tras ese comentario un problema personal. «No se haga mala sangre», dijo, «por ser tan bajito».

Z. se llevó la mano a la coronilla: «Un metro sesenta y cinco. Por suerte, la ambición no figura entre mis vicios, de lo contrario probablemente me habría

comportado como muchos hombres bajitos que padecen delirios de grandeza. Y da igual si los aplican a una peluquería o al dominio del mundo.

»Se supone que la fanfarronería pertenece a la herencia genética básica de la especie. Lo superlativo, cuotas de mercado, índices de crecimiento, guerras de ofertas por los diamantes más grandes, por los bonus más cuantiosos, por el mejor *goal average* de todos los tiempos. Hasta los pianistas de larga resistencia luchan por tener un rinconcito en el *Libro Guinness de los récords*. Cuanto mayores sean los fondos de rescate y más Estados miembros tenga la Unión Europea, mejor. De todos los métodos para arruinarse, este sigue siendo el más popular».

174 De vez en cuando, Z. se refería a la escuela. «¿Todavía se acuerdan de lo que les explicaron en clase sobre las artesas glaciares? Por lo visto, por el lugar por donde ahora pasa el viaducto de la autopista en otros tiempos el río arrastraba cabañas de cañizo, vacas destripadas, árboles arrancados de cuajo, neveras rotas y máscaras antigás. Solo sobrevivía el afortunado que se encontraba en el despeñadero. A esas cosas el profesor las llamaba geografía nacional. Todo bastante caótico. Pero ese es nuestro material histórico, nuestra tradición. Nos guste o no, tenemos que contentarnos con este caos».

175 «No tienen por qué creerse lo que les digo. Pero a lo mejor les resulta útil. Hay que servirse de las ideas de los demás, de lo contrario las propias dan vueltas en círculo». Así habló Z. sobre su propensión a justificar el robo de ideas.

176 «Nos ha explicado que valora mucho la naturalidad, señor Z». dijo alguien que ya se había distinguido a menudo por sus reparos. «Pero este ideal se contradice con su forma de hablar, que es, por decirlo así, bastante afectada».

«Al que crea que puede sobrevivir sin retórica le falta un tornillo, como muestra esta venerable metáfora. Los adornos del discurso sirven para combatir el aburrimiento y el fastidio del público».

177 «¿Por eso llena sus discursos de citas?». «¿Por qué casi todo el mundo adorna las paredes de su casa con imágenes, aunque solo sea un póster o una foto vieja? Y los animales no nos van a la zaga. Piensen en las urracas, que roban todo lo que brilla para llevárselo al nido».

«O el tilonorrinco», intervino nuestro zoólogo, dándole la razón. «Sus ornamentos son de lo más lujosos. Construyen cabañas frente a las cuales disponen avenidas que decoran con centenares de conchas de molusco, plumas, caracolas y latas de Coca-Cola».

178 «Así que todo el teatro», intervino el bachiller espigado, «tiene un único

objetivo: el celo».

«¡Eso es! Todo el sentido reside en la seducción. Igual que ocurre con una fachada bonita, o con los trucos con que pretendemos dar algo de brillo a nuestro discurso. Sin embargo, ¿de verdad cree que todo eso solo tiene que ver con el sexo? Con la reducción al papel milimetrado y los dados, ni nuestros talentos ni nuestros sentidos se darán por satisfechos».

179 «El odio con que nuestros arquitectos e inversores reciben los adornos me parece misantrópico. Invocan al pobre y medio sordo Adolf Loos, citando la única frase que creen conocer de él: “El ornamento es un delito”. Sin embargo, se trata de un malentendido. Loos tenía imaginación y valoraba la elegancia. Ellos, en cambio, se ahorran cualquier tipo de adorno porque solo piensan en sus réditos».

180 Nos veíamos venir otra perorata contra los arquitectos, pero lo escuchamos con atención porque siempre se le ocurría una variante nueva del tema. «La casa es conservadora: está supeditada a la comodidad. Tienen tres intentos para adivinar quién dijo esa frase. Pues sí, fue ese mismo Adolf Loos que invocan los misantrópicos representantes del gremio de la construcción. Esa gente debería ir al oculista, pues erigen edificios en los que la visión humana no encuentra dónde detenerse y confunden la puerta de entrada con una ratonera».

Casi nos hacía pensar que él mismo vivía en uno de esos contenedores superpuestos, pero preguntarle al señor Z. por su dirección nos habría parecido impertinente.

181 «*¡Que no haya novedad!* Con este deseo se despedía la gente en la antigua España». Z. se preguntaba, y nos preguntaba, si es que los españoles siempre preveían alguna desgracia o si lo único que querían era que los dejaran tranquilos.

182 En las discusiones habituales sobre el capitalismo, declaró Z., le molestaba el singular. El capitalismo era uno de esos conceptos comodín que andaban faltos de claridad. «¿Alguien cree que las circunstancias que se consideran normales en Suecia y en el Congo, en Groenlandia y en Irán, pueden meterse en el mismo saco? A la vista está que el sistema económico que se designa con esta palabra puede convivir casi con cualquier régimen político: la dictadura militar, el nacionalsocialismo, el imperio de la mafia, el partido único comunista, el apartheid, el Estado judío o el Estado islámico, así como la democracia parlamentaria. Lo que pasa por alto este singular es la proteica capacidad de transformación de esta forma de economía, capacidad a la que debe su supervivencia».

183 «Entre todos los culpables», dijo Z., «a quienes se responsabiliza del eterno

retorno de las crisis, la figura del especulador tiene un papel particularmente popular. Ahora bien, quién es ese malvado, de dónde procede y qué máscaras lleva puestas es algo que a lo mejor sorprende a más de uno. Los místicos alemanes de la Edad Media designaban con el término *speculieren* el “ensimismamiento en la contemplación religiosa hasta alcanzar el éxtasis”. No lo dice solo el diccionario de los Grimm. Todo viene del latín *specere*. *Speculari* no significa sino “tomar en consideración, seguir algo con la mirada”».

«Todo eso no son más que juegos de palabras», replicó nuestro impaciente particular. «Poco éxtasis puede haber en Wall Street».

«¡Pero me imagino que ya sabrá que la teología y el capital tienen más de un punto en común! ¿Por qué existen contratos fiduciarios, por qué habla el Banco Central de creación de dinero, de dónde viene el crédito? Todo eso tuvo su inicio en un contexto más bien sagrado, hasta que se puso patas arriba con una pirueta semántica.

»Ya a Lutero la especulación le resultaba sospechosa, porque no aparecía en la Biblia. Muy pronto el concepto pasó a designar un fantaseo ocioso y discutible. Y al fin les llegó el turno a los comerciantes, que ya estaban preparados para asumir riesgos y querían calcular sus perspectivas de éxito. El ínclito Campe propuso en su diccionario de 1801 alemanizar a los especuladores llamándolos *Handelsspäher*, o sea, espías comerciales».

«En lugar de entrar en materia, se aferra a la historia de las palabras. Se burla usted de nosotros».

«Y usted me toma el pelo. Pero yo sigo manteniendo que las palabras dicen más que los políticos que se llenan la boca con ellas. ¿Quién recuerda que también el espejo del baño viene de la Antigüedad? Un *speculum* no muestra sino lo que hay, y eso mismo hace la especulación: poner un espejo frente a la realidad. No es de extrañar que, con sus valoraciones, despierte tan poco entusiasmo».

184 «Poner un espejo frente a la realidad, eso es fácil de decir; pero ¿qué se entiende exactamente por *realidad*?».

«¡Una pregunta socrática! De este mismo modo el famoso anciano de Atenas hizo sudar a sus interlocutores favoritos. Sin duda era un sabio, pero sobre todo era un astuto embaucador del que había que protegerse. “Dime, querido Hermógenes, ¿por qué a los hombres se les llama hombres? ¿Puedes tú explicarlo?”. ¡Qué podía responder el pobre Hermógenes! “¿Cómo podría hacerlo, mi querido Sócrates? Y aunque fuese capaz de dar esa explicación, no lo haría; porque estoy persuadido de que tú la encontrarás mejor que yo”.

»Como era de esperar, el anciano no se dio por satisfecho y no paró hasta poner contra las cuerdas a su pobre discípulo, ya incapaz de defenderse. Claro que también le habría podido responder: “Querido maestro, ¿por qué te haces pasar por más estúpido de lo que eres? Sabes tan bien como yo lo que significa en griego la palabra

hombre. Todo el mundo lo sabe. Si pretendiéramos definir cada palabra antes de utilizarla, no terminaríamos nunca”. Pero el muchacho era demasiado educado para replicar de este modo.

»¿Saben a qué me recuerda todo esto? A un *talk show*. Sin duda Sócrates era el presentador más famoso de Atenas, y sus conversaciones, a pesar de parecer privadas, corrían de boca en boca entre los círculos más poderosos. Aunque hay que reconocerle una cosa: Sócrates no exigía, como los demás sofistas, cincuenta dracmas por actuación».

«Eso mismo se puede decir de usted», manifestó el bachiller, que no tenía pelos en la lengua. «Como el embaucador ateniense, también usted nos pone contra las cuerdas hasta dejarnos como vacas sin cencerro».

«Solo que yo no les importuno con definiciones. Las definiciones son estériles».

Con eso quedó restablecida la calma.

185 «La teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Esta máxima sigue siendo vigente», observó Z., «aunque solo para el fútbol».

186 No todos tomaban en serio a Z. cuando se mostraba caritativo. Por ejemplo, cuando insistió en lo mucho que compadecía a los campeones deportistas que se exhibían en la televisión. Una y otra vez eran obligados a recomendarnos el gas natural, unos tornillos o un chocolate con leche con la ropa salpicada de parches de colores. No les envidiaba las ganancias, pero se preguntaba qué tenían que ver sus logros en la pista o sobre el césped con las pólizas de seguros o las cervezas de las que presumían. Tampoco entendía por qué se sometían con resignación al ritual bautismo forzado con ese pringoso vino espumoso que se derramaban por encima de la camiseta.

«Nada de eso disminuye un ápice el entusiasmo de los fans», dijo el chico de la gorra de béisbol, contrariado por la mal disimulada burla de Z.

«Desde luego que no. Pero no pienso únicamente en los deportistas. ¿Por qué solo ellos se ven sometidos a tales exigencias? ¿Por qué otros profesionales de primer orden están a salvo de ellas? Pienso sobre todo en nuestros altos ejecutivos. Sus trajes a medida están desprovistos de todo colorido, ¿verdad? ¿A qué se debe eso?».

«La casta de los ejecutivos», propuso alguien como explicación, «no depende de los honorarios de las agencias de publicidad».

«Cierto. Pero ¿y qué hay de nuestros políticos? Un presidente de partido o un ministro están mucho peor pagados que cualquier treintañero que se dedique a la banca de inversión. ¿Dónde queda, me pregunto, la justicia social? ¿Es que a los tesoreros de los partidos les falta el dinero? Entonces solo hay una solución: los políticos deben seguir el ejemplo de los saltadores de esquí y los pilotos de carreras, y ponerse en manos de la publicidad.

»¡Acabemos de una vez con la tristeza de esos trajes tan sosos! ¡Venga parches y

etiquetas! ¡Qué coloridos se verían los mítines electorales, las ruedas de prensa y los días del partido! Ni una entrevista sin artículos alemanes de marca. No solo se dispararía el consumo interior, sino también los ingresos de exportación».

«¡Lo que nos faltaba! ¡Todo a costa de nuestros impuestos! ¿Y dónde quedan los intereses de los trabajadores?».

«También los representantes de los asalariados podrían adornar sus uniformes con los logotipos de las grandes empresas. Eso daría un toque de color a las imágenes de las trabajosas negociaciones de los convenios colectivos y, gracias a los ingresos por publicidad, los funcionarios de los sindicatos podrían rebajar las cuotas de afiliación o llenar las cajas de subsidio para huelguistas.

»De este modo, cada cual luciría su propio patrocinador en el pecho. Siempre es bueno saber quién paga. Y así quedaría demostrado lo que el lenguaje popular siempre ha afirmado y que pone de manifiesto cualquier programa de deportes: ¡con la verdad se va a todas partes!».

187 La tarifa plana era una de esas ideas aún inmaduras con las que las grandes empresas ganaban dinero, dijo Z. «¿Por qué solo se aplica a esos teléfonos minúsculos a los que les veo tan apegados? Me gustaría pedir un poco más de coraje. ¿Por qué tenemos que pagar cada vez que subimos a un taxi, bebemos una cerveza o vamos al teatro? Al menos a mí me molestan las facturas en el plato o en el buzón. ¡Todos esos interminables números de cuenta y formularios de transferencia! ¿Es realmente necesario? Con una tarifa plana, nunca más oiríamos hablar del agua, la corriente, el alquiler, el médico y los impuestos. A lo mejor también deberían apuntarse a la iniciativa las panaderías y las lecherías, así tendríamos pan y mantequilla sin monedas ni tarjetas de crédito».

188 «¿Han caído alguna vez en la cuenta de que los publicistas han destronado a los clásicos?», preguntó Z. «Mozart y Molière son agua pasada. Hoy, la palabra *classic* (en inglés, por supuesto, ya que estos individuos no entienden el alemán) luce en las botellas de espuma de baño, los lápices caros y las cajas de queso».

189 A continuación, Z. pasó a atacar la banda sonora. Era algo impertinente, deplorable y, en conjunto, innecesario. Los diálogos quedaban ahogados en esa turbia salsa. Era evidente que los ingenieros de sonido encargados de la mezcla sufrían defectos auditivos. Los grandes maestros del cine se habían apañado a menudo sin ese ruido odioso.

190 «¿Puede saberse a qué viene su mal humor, señor Z.?»., preguntó uno de nosotros.

«¿Es que uno está obligado a divertirse todo el rato? Pues para eso llamen *fun* a lo

que sea que entiendan por diversión».

«A su edad, señor Z., debería ser más tolerante y mantenerse por encima de esas idioteces».

«Tiene usted razón. Me propongo para mañana temprano, aunque no antes de las diez, dejar a un lado esta mala costumbre mía y regalarles una cara más alegre. Hasta entonces, que pasen una buena tarde».

191 Casi siempre había alguien dispuesto a defender a Z. de sus agresores. Esta vez fue el estudiante de filosofía, que hasta entonces se había distinguido más bien por sus ataques, quien preguntó: «¿Alguno de ustedes sabe qué es un chinchorrero?».

Como había empleado un término propio del sur de Alemania, los del norte no supieron qué responder.

«El chinchorrero no debe confundirse con el gruñón, el quejica o el cascarrabias», aclaró el incipiente filósofo. «El señor Z. no se rasga las vestiduras, no se acalora como el protestón, por ejemplo. Aquello que le llama la atención, o aquello que lamenta, apenas le sorprende. A diferencia del carretero, no le hace perder la compostura el hecho de que el ser humano esté tallado en una madera torcida».

Este discurso fue aprobado con un silencio absoluto.

192 Al día siguiente, le preguntaron al señor Z.: «¿Está usted hoy de mejor humor?».

Él estornudó, se sonó, observó su pañuelo y dijo: «No».

193 Después de eso, algunos de los que hasta entonces habían aguantado se marcharon. Nosotros, en cambio, no nos amilanamos. «¿Qué ocurre?», preguntamos. «Nunca le habíamos visto de tan mal humor».

«Una vez estuve en Lisboa», respondió Z. «Hace ya mucho tiempo. Debía de ser la hora de almorzar. Las calles estaban vacías». Se señaló la muñeca. «No llevo nunca reloj. En ese sentido, soy un parásito. Miré a mi alrededor en busca del campanario de alguna iglesia o de una de esas antiguas columnas meteorológicas que, además de la presión atmosférica, indican la temperatura y la hora. Pero todos los relojes de Lisboa se habían detenido. Uno marcaba las cinco, el otro las ocho y media. Nadie se había tomado la molestia de darles cuerda. Hoy me siento como entonces».

194 «La tristeza es un estado que conocemos todos menos los médicos del estado de ánimo, que la llaman depresión. Un amigo mío que la padece me habló no hace mucho de la piel. Dijo que cada vez se hace más fina. ¡Hacemos lo imposible para estirla, alisarla o maquillarla!».

«¿Se refiere usted a mí?», quiso saber la mujer elástica que llevaba botas de montar y de la que se podía intuir que no era ajena a este tipo de prácticas.

«¡Por favor, señora mía! Un poco de bótox por aquí, un pequeño *lifting* por allá...

¡Si solo fuera eso! No. Mi amigo se refiere a fenómenos mucho más importantes. Dice que casi todo lo que ve le recuerda un conjunto de anuncios. Por ejemplo, el arte actual, que se ha puesto en manos de una estética orientada a la oferta, según el lema *What you see is what you get*. Ya no te llega al alma, sino que se contenta con la interfaz con el usuario. Es lo que se llama también *content-management*. ¡Cuanto más adusta sea la pantalla, mejor!».

El estudiante de filosofía no dejó pasar aquel comentario. «No es de extrañar que su amigo esté angustiado. Es evidente que echa de menos la profundidad, la espiritualidad. La crítica de la cultura siempre ha lamentado que todo se haya vuelto tan volátil, tan superficial». Y como para demostrar la poca estima que le merecían ese tipo de preocupaciones, añadió: «A lo mejor a su amigo lo que no le gusta es que su piel envejezca».

«Quizá. Pero ¿no podría ser también que, en sus tribulaciones, haya percibido algo que a usted le ha pasado por alto? No debemos menospreciar los pensamientos de los angustiados, ni siquiera aunque uno esté de tan buen humor como usted, amigo mío».

195 «¿Y a qué se debe que esté sumido en pensamientos tan lúgubres?», preguntó el bachiller, que, como siempre, estaba sentado en la primera fila. «Si quiere saber mi opinión, a que camina usted demasiado poco».

Z. no necesitó que se lo dijera dos veces y se marchó.

196 No volvió hasta al cabo de una hora y medio litro de agua mineral, renovado por el paseo. Al momento empezó a contarnos lo que le había ocurrido en el camino.

«Obstinación, indulgencia y melancolía, he aquí viejas conocidas nuestras. Muy de vez en cuando se topa uno con ellas; luego, de pronto, uno consigue recuperarse, se siente aligerado y vuelve a abandonarse a las eternas vicisitudes de la vida de que habla Montaigne en su capítulo sobre el arrepentimiento. Todo en el mundo, dice, se agita sin cesar, ya sean las rocas del Cáucaso o las pirámides de Egipto. El reposo mismo no es sino un movimiento más lánguido».

197 «Su serenidad me saca tanto de quicio como su pesimismo», soltó el oyente al que siempre llamamos sociólogo. «¡Decídase por lo uno o por lo otro! A mí, por lo menos, me parece una contradicción».

«Que quiera alterar mi serenidad tiene su mérito. Ahora bien, en lo que atañe al fin del mundo, que más de uno ha querido celebrar demasiado pronto, no soy yo el responsable».

198 «Pregúntense mejor cómo es que todos nosotros tenemos tiempo para estar aquí en el parque en plena tarde. En la terraza de la cervecería de ahí enfrente no me ha

dado la impresión de que, sentados bajo los parasoles, hubiera solo turistas y jubilados. Y si van al centro de la ciudad, se percatarán de que los bares caros y los puestos de comida rápida baratos son negocios de lo más boyantes. ¿Quiénes son todos esos clientes? ¿Actores en su día libre, vagabundos, jóvenes que hacen novillos, modelos, delincuentes profesionales que se toman un descanso? Lo dudo. Solo tienen una cosa en común: ninguno parece muy empeñado en hacer aumentar el producto interior bruto del país.

»No lo digo como un reproche, al contrario. La esclavitud del salario no es uno de mis ideales. Ante ella siempre estoy dispuesto a romper una lanza en favor del arte de matar el tiempo. A lo mejor es que la plena ocupación que ambicionan los economistas no es nada deseable».

199 «¿Puedo hacerles una pregunta indiscreta? Me gustaría saber si hay entre nosotros algún trabajador. Un trabajador de una fábrica, por ejemplo».

El estudiante de filosofía levantó la mano. «Algunas veces, durante las vacaciones», dijo, «he trabajado en una fábrica de cigarrillos porque necesitaba el dinero».

«Un motivo de lo más razonable. ¿Nadie más? Por lo visto, parece que estamos muy lejos de la dictadura del proletariado. Y no es que la clase trabajadora sea invisible. Cualquiera puede observar perfectamente a sus miembros en las obras, sobre todo por los innumerables carteles y vallas que colocan y por el ruido que provocan. A veces también llaman la atención por las huelgas que organizan y por los silbatos que les proporcionan los sindicatos.

»Pero, por lo demás, ni punto de comparación con tiempos pasados. Hasta se diría que los procesos productivos se desarrollan a escondidas. El motivo, sin duda, es el auge de los llamados servicios. Tras la cifra enorme de dependientas, comerciales, oficinistas y taxistas, la masa de los que fabrican algo se ha quedado muy atrás, algo parecido a lo que ocurre con los campesinos, que también se han reducido a una minoría. Por lo visto, la agricultura emplea únicamente al dos por ciento de la población activa. Si no me equivoco, son menos que los muchos que se dedican a las transacciones financieras, a la publicidad o a la comercialización de productos audiovisuales».

«¿Y eso le parece raro?».

«Me parece que merece una explicación, eso sí. Es verdad que a la mayoría de nosotros ya no nos sorprende la extrema inverosimilitud de este estado de cosas, pero si uno se para a pensar en ello, parece de lo más frágil. Como el artista que lleva a cabo un espeluznante ejercicio de funambulismo. Y nosotros, los que charlamos aquí en el parque, somos, al menos durante unas horas, el público que contempla impasible el espectáculo».

Nadie interrumpió a Z. para rebatirlo, y aún menos las dos mujeres mayores, sentadas en el banco, cuyas agujas de punto centelleaban a la luz del sol.

200 Una pareja joven quiso saber por qué Z. evitaba un tema del que la mayoría de la gente parecía no tener nunca suficiente. «Sin duda se refieren a las conversaciones a las que a menudo asistimos como testimonios involuntarios en los compartimentos de los trenes y las salas de espera. Por regla general, tratan de consejos dietéticos, ginecología, animales de compañía o de la bronca con el fontanero por un grifo que gotea».

«No. Queremos saber su opinión sobre la sexualidad».

«Me cuesta hablar de ello», dijo Z., «porque sé tan poco como ustedes al respecto. Harían mejor escribiendo al correspondiente consultorio de alguna revista o metiéndose en uno de los numerosos foros que hay en internet. Aunque si insisten...».

«Sí», respondieron los dos al unísono.

«En ese caso, quisiera alabar el enorme ingenio del creador o de la evolución, como prefieran; a la idea de haber inventado más de un sexo le debemos asombrosos estímulos y excitaciones. Detrás de esta ocurrencia tiene que haber algo más que la mera necesidad de la procreación. Si nos hubiéramos quedado en el sencillo procedimiento de los virus y amebas (dividirse y punto), no habría familias, ni matrimonios, ni trepidantes historias de amor, ni *singles*. Los funcionarios del registro civil, los abogados matrimonialistas y los especialistas en terapia de pareja se quedarían en el paro. Y eso aún tendría remedio, pero la literatura, el cine y la televisión las pasarían canutas sin Adán y Eva, sin Tristán e Isolda, sin Romeo y Julieta, etcétera. Por mucho que este pequeño truco de la naturaleza nos acarree complicaciones desagradables, ¿quién querría prescindir de él?».

Más de uno se preguntó si la joven pareja se había quedado satisfecha con aquella escueta respuesta.

201 «¿Dudan ustedes?», preguntó Z. «No creerán que pretendo desanimarlos. Nada más lejos de mi intención. Todos sabemos que la resignación no se da en la naturaleza. También nosotros deberíamos evitarla. Desde luego, no faltarán personas que se entrometan en su felicidad, que pretendan desmoralizarlos, y no solo eso: les pondrán palos en las ruedas, los dejarán como un trapo sucio, los pondrán a caer de un burro. No puede ser casualidad que dispongamos de tantas frases hechas para expresarlo. Lo mejor que pueden hacer es confiar en que los saboteadores de sus aficiones se metan solos en la boca del lobo, para luego, tras cavar su propia tumba, cometer un suicidio a fuego lento. También para formular esta esperanza, como pueden ver, tenemos un montón de expresiones».

202 «Resulta altamente recomendable andarse con mucho cuidado cuando personas uniformadas se preocupan de nuestro bienestar. Se lo digo a todos los que temen por su seguridad: ¡guárdense de los escoltas y eviten a las gustosamente llamadas fuerzas

del orden! Tienen que saber que esas personas no están ahí para protegerle a *usted*, y que nunca jamás se preocuparán por *su* seguridad. ¿Cómo distinguir a los vigilantes de los hooligans y alborotadores? Es algo que no solo resulta difícil en Siria, Irán o Rusia, sino también muy cerca de usted».

203 «¡Qué difícil es estar solo!». Z. no se contentó con expresar aquel lamento. «Eso, amigos míos, no es algo que digan solo las canciones del verano, también lo dice la economía. El que ande en busca de aliados debería visitar el Foro de Asociaciones Alemanas, que se celebra en Bonn. Ahí, el que no quiera estar a su aire, sino que pretenda dar peso e influencia política a sus asuntos, encontrará más de catorce mil direcciones. Para ello, naturalmente, se necesitan directores de empresa y oficinas propias. El personal correspondiente no escasea en absoluto. En caso necesario, siempre puede uno acudir a la Sociedad Alemana de Gestión de Asociaciones, también radicada en Bonn.

»¡De modo que el sitio es toda una mina! Como nadie tiene ni idea de lo que allí se ofrece, me he traído un papelito. ¿Me permiten que les lea algunas anotaciones?

»Podemos encontrar la Sociedad Certificadora de Brocas, la Asociación de Luchadores Profesionales, la Asociación de Saneamiento de los Suelos Contaminados... ¿Quieren que pare?».

«¡No!».

«En ese caso ¡sigamos con la Asociación General de Amigos de los Perros (la AVDH-UCI), la Sociedad Aeternitas de Cultura Funeraria al Servicio del Consumidor y la Asociación de la Industria de la Espuma Blanda! Por desgracia, la lista no da respuesta a quien busque una representación de los reactores nucleares. También he echado en falta la Asociación de Fabricantes de Agujas para Máquinas de Coser, de la que me han hablado no hace mucho. Claro que a lo mejor me he visto simplemente desbordado por buscar una aguja en un pajar».

«¿Y qué extrae de su investigación?».

«Que no debemos preocuparnos por quién vela por nuestros intereses, por muy extravagantes o recónditos que sean. Seguro que algún directivo se ocupa de ellos».

204 El arte de callar en público, se quejó Z., caía cada vez más en el descrédito. La mayoría de la gente no se contentaba simplemente con no cerrar el pico, tenían que abrir la boca sin cesar. El número de personas que dominaban el arte de la abstención era cada vez menor.

«Un arte del que usted no entiende nada», gritó un descarado muchacho de doce años, que llevaba una gorra de béisbol de color lila. Era uno de los alumnos de un instituto cercano que de vez en cuando se juntaban en el parque al salir de clase para fumarse un porro a escondidas. Un silencio malhumorado fue la única respuesta de Z. a aquella interrupción, que a nosotros nos pareció de lo más acertada.

205 Poco después se le ocurrió prevenimos frente a un exceso de educación. La educación, dijo, era tan adictiva como el tabaco. Al que se hubiera entregado a ella durante suficiente tiempo le costaba desengancharse. El riesgo de sobredosis era elevado, aun cuando hiciera tiempo que la víctima se hubiera saciado de su droga.

«Créame, ¡sé de lo que hablo! A mi avanzada edad, ¿debería sentarme como oyente en el último banco, apuntarme a un curso de chino y pasar todo tipo de pruebas y exámenes? Aprender durante toda la vida..., ¿cómo puede uno resistirse a tal atrevimiento? ¿Qué me aconsejan?».

«En su caso», respondió un desconocido en el que no habíamos reparado nunca, «es demasiado tarde para cambiar nada. Con la educación ocurre como con la virginidad: no se puede retornar a la hoja en blanco. Nunca más podrá volver al estado de buen salvaje. Más vale que se resigne».

206 «Es curioso que nadie haya mencionado el matrimonio. La monogamia», dijo Z., «es una notable invención que va en contra de toda probabilidad, y es mucho más interesante y enigmática que el adulterio, del que ya se han ocupado demasiadas novelas».

207 «Como saben, hay escritores que se copian a sí mismos sin darse cuenta. Otros utilizan estrategias probadas para sortear este peligro. Una de ellas es el seudónimo. No solo proporciona al autor cierta protección, sino también una nueva identidad. “El alfabeto me pertenece”, dijo, por lo visto, Casanova cuando le reprocharon que no utilizara su verdadero nombre».

208 Cuando uno de nosotros planteó la cuestión de los derechos de autor, Z. respondió, encogiéndose de hombros, que personalmente no tenía ningún problema con ellos. «Como ya deben de haber comprobado, aquí venimos sin pagar entrada. También me parece bonito que uno todavía pueda pedir un vaso de agua o fuego sin tener que sacar la tarjeta de crédito. Lo que sí me preocupa, en cambio, es la mezquindad de los llamados habitantes de la Red. Ya hace tiempo que han sucumbido al aburguesamiento del que acusan a sus antepasados. Sin siquiera darse cuenta, se frotan las manos cuando salen a la caza de gangas, acuden a cualquier lugar donde se dé algo gratis y su propia avaricia les parece tremendamente moderna».

209 Hacía poco, había caído en manos de Z. una correspondencia del siglo XVIII en la que los autores discurrían sobre la propiedad intelectual. «No me creo esas acusaciones de plagio», se podía leer en las cartas. «Incluso desprecio a los que las formulan, y todavía más a los abogados y gacetilleros que las repiten. Un hombre rico no debe quejarse de que le quiten unos pocos escudos». La fama, concluyó Z., era un gaje del oficio. Pues el pillaje también.

210 Z. dibujó un ∞ en el aire y dijo: «Seguro que este bonito símbolo les resulta familiar. El infinito no solo ejerce una fuerza de atracción irresistible en los filósofos, teólogos y matemáticos; también los niños más despiertos ejercitan su fantasía imaginando la existencia de algo que no termine nunca. ¿Por qué resulta más fácil familiarizarse con lo infinito que con lo finito? Porque la mayoría de los seres humanos no celebran su condición de mortales».

211 La adolescencia, declaró Z., no era algo envidiable. «Con ello no pretendo decir nada sobre la “juventud actual”. Las frases que comienzan con estas dos palabras no merecen ser tomadas en serio; en la comparación con generaciones pasadas, estas a menudo salen perdiendo.

»Así pues, más vale que nos limitemos a los fenómenos independientes de la generación. Todo aquel que haya dejado atrás la metamorfosis de la que hablamos sabe que es un proceso bastante duro. Pasar de la crisálida al imago no es moco de pavo. Piensen, si no, en lo que tienen que soportar escarabajos y mariposas: la transformación del propio cuerpo, la muda de la piel ¡y las tempestades hormonales!».

212 «Por suerte, uno se olvida muy pronto de esta dolorosa fase. Si alguien quisiera tomar conciencia de todo lo que le ha acontecido en el tránsito, se convertiría en carne de psiquiatría».

213 «En mi alabanza de la desmemoria, he olvidado, mira por dónde, que no puede uno fiarse de ella. ¿A ustedes les ocurre lo mismo? En un momento dado creen haber dejado atrás para siempre un determinado episodio, da igual que se trate de una ofensa, de un buen planchazo o de un trauma mayúsculo. Pero aquello que han olvidado tan solo se ha escondido en algún rincón del sótano, y de repente reaparece con toda su fuerza. Tendríamos que reducirnos a polvo el cráneo, como sucede con un disco duro, para estar seguros de que todo aquello de lo que no queremos saber nada más queda definitivamente borrado».

214 «No menos problemática que la adolescencia es la vejez, una fase de la que últimamente se habla mucho, aunque nadie sabe decir cuándo comienza. Puede sobrevenir de repente; en estos casos, los franceses hablan de un *coup de vieux*, y no faltan los relatos sobre personas que se han levantado una mañana con el cabello completamente cano.

»Aunque Matusalén, según la Biblia, vivió novecientos sesenta y nueve años, algo más que Adán, que se quedó en los novecientos treinta, hasta los tiempos de Bismarck lo habitual era que un hombre alemán palmara a los treinta y seis. Ahora, en cambio, a pesar de las crisis, el cambio climático y las agresiones al medio

ambiente, en nuestro país la esperanza de vida media aumenta en más de dos meses por año.

»Antes, la ancianidad se valoraba, incluso se reverenciaba y se le atribuía sabiduría, mientras que ahora impera el miedo ante el descubrimiento que hiciera el doctor Alois Alzheimer en 1901. Por ello, responder a la simple pregunta “¿cómo le va?” resulta cada vez más complicado».

215 El concepto de parásito dependía, al menos según Z., de la perspectiva. La industria química, dijo, no dudaba de su punto de vista. Para ella, el piojo saltarín, el trip, la mosca portasierra, la araña roja y la arañuela eran seres vivos que solo se podían vencer con sus muy recomendables jeringuillas. Como podía leerse en el prospecto de sus productos, estos servían también para “otros parásitos succionadores y que viven escondidos”. Los investigadores competentes, por su parte, rechazaban incluirse en una u otra categoría. Desde el punto de vista del trip, naturalmente, el parásito era el ser humano.

216 Nos gusta despotricar de los periódicos. Muchos consideran su lectura una depravada pérdida de tiempo. «Puede que lo sea», dijo Z., «pero todo aquel que no puede desengancharse de los productos de la imprenta debería examinarlos con más detenimiento. Entonces descubriría que hay al menos un periódico alemán entre los tres mejores del mundo. Curiosamente, semejante diagnóstico es considerado indecente por los propios alemanes, intimidados por su propia autocrítica. No le va a la zaga el estado de los diarios ingleses, en cuya lectura uno se ensucia los dedos porque sus editores ahorran hasta en la tinta de imprenta. En los Estados Unidos, la dictadura de los controladores financieros ha provocado la eliminación progresiva de los corresponsales extranjeros. Pero estos costosos empleados son decisivos, al menos si uno quiere conocer de primera mano lo que ocurre en el mundo exterior».

Él llegaba hasta el punto de defender incluso el suplemento cultural, una especialidad alemana, contra sus singulares partidarios. Al fin y al cabo, uno podía matar un montón de horas atravesando esos exuberantes tostones ilegibles.

217 «No poco a menudo se encuentra uno conjuros bajo la apariencia de reseñas. No en vano, en alemán el verbo *besprechen* significa tanto “reseñar” libros, películas, conciertos o montajes teatrales en un suplemento cultural, como “ensalmar”, un procedimiento muy habitual en el tratamiento tradicional de las verrugas. A los reseñadores se les nota que quieren reducir, o incluso hacer desaparecer del todo, cualquier protuberancia que les molesta. Que funcione o no el hechizo de la reseña-ensalmo es algo que todavía está por ver».

218 Sobre la provocación, dijo Z. que antes se coge a un provocador que a un cojo.

219 «No sé si resulta oportuno volver otra vez sobre el dinero y sus diversos estados de agregación. Pero quizá me permitan», dijo Z., «recordar a un profeta olvidado que en otro tiempo se estrujó los sesos con esta cuestión. Como muchos de sus antecesores, lucía una imponente barba cerrada y era vegetariano. Se llamaba Silvio Gesell, y, como no podía ser de otro modo, padeció las trabas de las autoridades y el desprecio de sus contemporáneos. Sirvió en la República de los Consejos de Baviera como Representante Popular de Finanzas, un cargo que solo duró siete días, hasta que el ejército nacional restableció lo que entendía por orden. El profeta fue acusado de alta traición ante el consejo de guerra, pero, como nadie lo tomó en serio, fue absuelto.

»Las condiciones de vida en Argentina, donde Gesell había abierto un negocio, le hicieron reflexionar. ¡Todo ese continuo vaivén entre el exceso y la carencia, entre la prosperidad y la crisis, entre la deflación y la inflación...! Llegó a la conclusión de que el culpable de todo era el interés, e inventó una manera sencilla de poner fin a los eternos altibajos de la economía. La solución al problema era el dinero libre o devaluable, una divisa que pierde continuamente valor cuando se acumula en lugar de gastarse cuanto antes. “Si falta dinero”, dijo Gesell, “basta con una imprenta para multiplicarlo, y si hay demasiado, basta con un horno para quemarlo”.

»Risas burlonas entre los economistas de todas las escuelas y los políticos de todos los partidos. Solo a un sectario medio loco, decían, se le podía ocurrir una idea tan extravagante. Hasta el día de hoy, parece que nadie se ha dado cuenta de que Gesell, a espaldas de todos los premios Nobel y todos los presidentes de bancos centrales, ha vencido a sus adversarios».

A algunos de los presentes les pareció que de nuevo Z. había ido demasiado lejos con aquella afirmación, y exigieron que se retractara.

«¿Por qué? No veo ninguna razón para ello. El dinero que hoy circula por el mundo se puede denominar dinero devaluable sin miedo a equivocarse. Cualquier objeto que ustedes pudieran haber comprado en 1945 por cien dólares, hoy cuesta trece veces más. Por no hablar de otras monedas, como el marco alemán, el florín húngaro, la lira, la libra turca o el peso. Si quieren adquirir con su dinero deuda pública alemana, se verán penalizados con intereses negativos. De este modo, todas las deudas, como pretendía el profeta de Sankt Vith de las Ardenas, se esfuman en el aire. Como la cantidad de dinero crece hasta lo inconmensurable, se hace necesario quemar miles de millones, solo que hoy en día la operación ya no requiere ningún horno. Y al revés, si a algún banco le falta dinero, solo tiene que comunicar sus necesidades financieras y la imprenta le proporciona el alivio correspondiente. El procedimiento se llama *quantitative easing*. Así que ya lo ven, por ningún lado se vislumbra el final del baile de San Vito».

220 «Por lo que veo, muchos de ustedes se han traído un paraguas, a pesar de que por

el momento no parece que vaya a caer un calabobos. Algo muy sensato, puesto que nunca se sabe qué puede ocurrir. En los últimos tiempos, la necesidad de protección ha aumentado notablemente, por lo que los paraguas se han vuelto cada vez más grandes y caros. Países enteros se han cobijado bajo su manto.

»Este hecho me recuerda una pequeña aventura que me ocurrió hace años en Londres. Un bonito día de junio andaba yo por el West End cuando de repente vi avecinarse una tormenta. Pronto empezaron a llover, como dicen los ingleses, gatos y perros. Por suerte, en la esquina de Piccadilly con St. James's Street divisé una tienda muy bien surtida que ofrecía bastones y paraguas. Guiado por un experto de lo más solícito, escogí un modelo robusto de color negro con un puño muy sólido. Me presentaron una factura por un montante de quinientas cincuenta libras esterlinas. Me quedé de piedra. Como no disponía de tan fabulosa suma, me vi obligado a prescindir de la compra. Había ido a parar a la tienda más cara de todo Londres.

»Este episodio me viene a la cabeza cada vez que abro un periódico. Los paraguas que se despliegan hoy en día son aún mucho más caros que el de St. James's Street, y son tan enormes que apenas se pueden ya cerrar. Además, no queda claro quién los lleva, es decir, quién debe asumir el control del paraguas. Los inventores de estos utensilios insisten en que están concebidos en interés de la seguridad; en este sentido, hacen pensar en paracaídas con los que poder saltar, si no hay más remedio, de un avión accidentado.

»Solo espero que los paraguas que llevan ustedes sean lo suficientemente económicos como para que en cualquier momento se los puedan dejar olvidados en un rincón».

221 «¿Se han parado a pensar alguna vez qué ocurriría si la crisis, sobre la que los medios nos cuchichean al oído un día tras otro con preocupación, les golpeará de verdad a ustedes? Por supuesto, me refiero solo a aquellos que cuentan con unos ingresos medios regulares y pagan religiosamente sus impuestos y cuotas; los demás hace ya tiempo que deben de estar familiarizados con este pensamiento. Y tampoco es que ahora pretenda importunarles con los relatos de posguerra, de repatriados o de refugiados que forman parte del repertorio de sus abuelos...

»Pero yo pregunto: ¿qué ocurriría si viviéramos con la mitad? A favor de esta reflexión habla el hecho de que abre una puerta trasera, la única, en realidad, que ofrece una salida a la economía del caos.

»Bueno, pues solo por citar algunas propuestas elementales: dar de baja el teléfono, cancelar los seguros, alquilar las habitaciones prescindibles, dejar de usar el coche o la moto, deshacerse de todo objeto superfluo, siempre que alguien se lo compre. Nada de agua mineral, nada de restaurantes, en vacaciones viajar como mucho en tranvía, si todavía funciona, y por lo demás autoabastecimiento, trabajo clandestino y mercado negro».

«No digo que no tenga razón», replicó el bachiller, que, como era habitual en él,

estaba sentado en la primera fila. «Pero a mí esas reflexiones me recuerdan los ejercicios que se hacen fuera del agua para aprender a nadar. Dudo que nos sirvan de algo a la hora de la verdad».

«Es posible», dijo Z. «Sin embargo, siempre es mejor prepararse para cualquier eventualidad, incluso para aquellas que nunca se darán. De todos modos, temo que yo ya soy demasiado viejo para hacerme mala sangre».

222 En una de esas tardes tropicales del veranillo del membrillo, el señor Z. se reclinó en su banco, cerró los ojos y murmuró que estaba demasiado cansado para conversar con nosotros. Le bastaba con matar el tiempo. A lo mejor podía tomar la palabra alguien que no fuera él y, para variar, hablar sobre algo lo más banal posible.

«Ese sombrero hongo que lleva siempre me parece impresentable», dijo la señora impertinente, que, pese al calor, no quería prescindir de la chaqueta de tweed ni de las botas de montar.

«La última vez que vi uno parecido fue en la City de Londres», dijo otro. «Pero de eso hace ya diez años. Además, el suyo es marrón. Ningún *gentleman* llevaría algo así».

«A Beckett le encantaban esos tocados», le replicó el bachiller, que, como podía verse, era muy leído.

«Hace mucho tiempo que tengo este sombrero». Z. se rebajó a darnos una explicación. «Por aquel entonces todavía viajaba cuando no tenía nada mejor que hacer. Este bombín lo encontré en La Paz. Las mujeres de los indios lo llevan desde tiempos inmemoriales, nadie sabe por qué. Y usted ¿sabe qué lleva encima de la cabeza?».

El interpelado se sacó la gorra de béisbol de color lila y la mostró. En la parte frontal se veía un canguro bordado a modo de logotipo y, debajo, la inscripción AVK. Ante la pregunta, tuvo que admitir que no tenía ni idea de qué significaba.

«Hoy en día, casi nadie se cubre la cabeza», se lamentó la señora que hacía labor de punto. «¿Adónde han ido a parar esos sombreros tan bonitos de nuestra juventud? Los de las rosas de té y el velo... Ya solo se ven en las películas».

«Mi abuelo guardaba un sombrero de copa plegable en el armario», explicó el señor discreto de las gafas de sol, que todavía no había intervenido nunca. «¿Y saben qué me enseñó? Una canción interminable de la que solo recuerdo las primeras estrofas:

Qué bonita es una chistera
sobre todo si mía fuera,
pero aún más placenteras
serían dos chisteras».

La conversación empezó a desmadrarse. Todo el mundo quería aportar algo. Uno se quejó de los cascos monstruosos a los que las autoridades querían condenar a los ciclistas; otro expresó el deseo de que hubiera más turbantes; un tercero abogó por el

renacimiento de la boina y el único historiador del arte presente rompió una lanza por el sombrero cloché, la pamelita y el sombrero mexicano, pero dijo retroceder asustado ante el sombrero de tres picos, el casco de acero y el burka.

Z. parpadeó satisfecho bajo la luz del sol y se limitó a hacer este comentario: «¿Lo ven? Todo lo importante se puede dejar de lado, sobre todo con este calor».

223 Al cabo de unos días volvió el tiempo otoñal; al momento, Z. despertó de su frivolidad indolente y se puso de nuevo a polemizar:

«La relación entre el capital y el trabajo está tan embrutecida desde el punto de vista semántico que todo aquel que no haya perdido completamente la cabeza no puede por menos de quedarse perplejo. La cosa empieza ya con la pirueta lingüística que realizan los agentes sociales al distinguir, en alemán, entre *Arbeitgeber*, literalmente “dadores de trabajo”, es decir los empleadores, y *Arbeitnehmer* o “receptores de trabajo”, o sea, los empleados. En realidad, como resulta evidente, es el empresario quien recibe el trabajo, y no al revés; de lo contrario, no pagaría por él.

»Igual de absurdo suena el discurso sobre los puestos de trabajo. Se dice de ellos que se crean, un acto que recuerda al Génesis. Además, deben mantenerse, salvarse o, si no hay otro remedio, destruirse. La principal diferencia con un puesto de estacionamiento es que para este hay que abonar una tarifa, mientras que el puesto de trabajo proporciona dinero al que lo ocupa. La máquina para fichar y el parquímetro se encargan de medir en cada caso el tiempo transcurrido.

»Jamás se plantea la pregunta de en qué consiste el puesto de trabajo. Todo puesto de trabajo es digno de respeto y se defiende con uñas y dientes, aunque comporte ocupaciones completamente absurdas o incluso socialmente dañinas».

224 «Temo aburrirles si les enumero algunas de esas ocupaciones. Legiones de asesores fiscales que se pelean día tras día con una maleza impenetrable de reglamentos y decretos; guardias de seguridad dignos de compasión que se ven obligados a despojar a los pasajeros de cinturones, frascos de perfume y mecheros; unidades caninas que buscan galletas de hachís; investigadores curriculares que acosan a los profesores desbordados con continuas nuevas reformas; funcionarios corruptos del deporte que desnaturalizan el apreciado entretenimiento de cualquier campeonato; y consultores sin consulta que se dedican a la destrucción de empresas inmaculadas. El desguace de estos y muchos otros puestos de trabajo sería una bendición por la que suplica en vano la sociedad humana».

225 A un espectador de paso que aseguró saber que en menos de diez años se apagarían todas las luces en Europa, Z. le advirtió que con esos pronósticos no se granjeaba muchos amigos. Por supuesto, estaba en su pleno derecho, no había más que recordar a Casandra. Además, en nuestro país no tenía que temer que alguien lo

apuñalara, como a la hija de Príamo. En lugar de decir: «Tengo razón», Z. le recomendaba actuar con paciencia. En el mejor, o más bien el peor, de los casos siempre podría afirmar: «Yo tenía razón», o «Yo ya lo dije». Aunque dudaba, concluyó Z., que eso pudiera ofrecer un desagravio al adivino.

226 «Tengo un amigo italiano», explicó Z., «que no se fía de los filósofos, sobre todo de los que convierten un verbo común en un sustantivo. Escriben “el ser” y, por si fuera poco, lo adornan con todo tipo de complementos. Pretenden aleccionarnos con el ser-arrojado, el ser-ahí o el ser-en-el-mundo, por no hablar del “ser del ente”». El amigo en cuestión prefería las formas flexivas habituales:

yo soy, tú *eres*, él o ella *es*,
nosotros *somos*, vosotros *sois*, ellos o ellas *son*.

Con ellas se las apañaba perfectamente y no corría el riesgo de meterse en un castillo en el aire.

227 Un atardecer, cuando Z. ya se había despedido, alguien habló despectivamente sobre su secretismo. Sabían muy poco sobre él. «¿Acaso no tiene familia?», se preguntó. «¿Qué hace durante todo el día? No parece tener vida privada. ¿Qué tiene que ocultar el señor Z.?».

«Esas preguntas son superfluas», le replicamos a aquel aguafiestas. «Tenemos que alegrarnos de que no nos dé la lata con su biografía y de que no hable de lo que no nos incumbe».

228 «¡Por mí, estupendo!», dijo el escéptico. «Pero, a fin de cuentas, vuestro Z. no es más que un charlatán. No veo por qué debería sentirme intimidado por él». «¡Pero si le gusta que le llevemos la contraria!». «Pero a ver, si lo que quiere es expresar sus pensamientos, ¿por qué no escribe un libro?». «¿Desde cuándo un filósofo tiene que poner negro sobre blanco lo que piensa? A Heráclito y a Zenón solo los conocemos de oídas, igual que a Confucio y a Jesús. Además, ¿qué era Sócrates, sino un charlatán?». «No tengo nada en contra del señor Z., pero vuestras comparaciones, como todas, son odiosas», intervino un tercero. «A mí más bien me parece un jubilado que se aburre».

229 En otra ocasión, Z. volvió a disculparse, esta vez por entrometerse en la termodinámica; al fin y al cabo, no era físico. «Pero conozco algunas de las tesis en las que ellos se empecinan. Su primer axioma afirma que la energía de un sistema se puede transformar, pero no crear ni destruir. El segundo todavía va más lejos: asegura que en todo proceso natural aumenta la entropía.

»¡Estupendo! Solo que el asunto presenta un pequeño inconveniente. En la letra pequeña se dice que todo eso es válido únicamente en un sistema *cerrado*. Pero

¿acaso existe tal cosa? ¿Es constante la energía dentro de lo que llamamos universo? ¿Es el mundo un sistema cerrado? Yo no lo sé, y me parece que los físicos lo saben tan poco como yo».

230 ¿Qué es un agujero? He aquí una de esas preguntas tan inocentes como capciosas que a Z. le gustaba plantearnos. Las superficies, dijo, raramente eran lisas; en general, presentaban bultos, depresiones, puntas, etcétera. Pero ¿también agujeros? ¿Bastaba con una abolladura o una cavidad para considerarlo así? ¿Cómo funcionaba la cosa en el caso de la piel y sus poros? Un agujero ¿no tenía que ser permeable por ambas caras?

«Tonterías», exclamó al momento el impertinente bachiller desde la primera fila mientras mostraba la suela de uno de sus zapatos. «¿Pretende poner en duda que este zapato tiene un agujero?».

«Yo también lo había visto siempre así», respondió Z., «hasta que un topólogo me explicó que el agujero no es en realidad una propiedad de la superficie, sino del espacio que la rodea. Por ejemplo, si alguien se encontrara como en su casa sobre un flotador o una rosquilla, jamás se le ocurriría pensar que su mundo tiene un agujero. Por ello, me contó, los matemáticos han dividido todos los objetos en clases en función de cuántos agujeros tienen. Y a estas clases las llaman géneros. Me quedé boquiabierto. Según esto, un botón del pantalón con tres agujeros tiene género tres, y una bola tiene género cero. En cambio, si contemplan su propio cuerpo como un tubo, como propuso Lichtenberg, según esta lógica pertenece a la primera de estas clases».

«¿Y usted lo cree así en serio?».

«Sin duda es un punto de vista que exige cierto tiempo de aclimatación, pero no me negarán que es de lo más agudo».

«¿Y para qué nos sirve todo eso?».

«Aunque no entiendo nada de cosmología, me gustaría saber si el universo es poroso o tiene agujeros de verdad. No hay más que encender el televisor para oír hablar de agujeros negros. Mi topólogo dice que si el mundo tuviera más dimensiones que las cuatro habituales no lo notaríamos. Él está acostumbrado a desenvolverse en un entorno de entre cinco y once dimensiones, donde abundan las multiplicidades y los géneros, y donde tampoco son raros, por lo visto, los agujeros de gusano».

En cuanto a él, sin embargo, y con estas palabras el señor Z. intentó tranquilizar a sus oyentes, por regla general se contentaba con limitarse a lo que era capaz de visualizar.

231 Un poco de paganismo no podía hacer daño a nadie, aseguró Z. a los que seguían escuchándolo. Aun el más desprevenido se encontraba siempre rodeado, sin darse cuenta, por los antiguos dioses y diosas. «No hace falta ningún estudio para corroborarlo. Basta accionar el mando a distancia para que a uno le retumbe la Olimpiada en los oídos; la mermelada del desayuno luce el nombre de Helios en la

etiqueta; un vistazo al calendario pone de manifiesto que los viejos ídolos, espíritus y demonios vagan por todos los días de la semana y todos los meses: el jueves y el *Donnerstag* lanzan sus rayos Júpiter y Thor, el viernes y el *Freitag* nos persiguen Afrodita y Freya; Helios gobierna el *Sonntag* o domingo, Marte o Tyr el martes, Mercurio el miércoles y Saturno el *saturday* o sábado».

De todo ello extraía Z. que no era tan sencillo deshacerse de una vez por todas de las cosas procedentes de tiempos remotos.

232 Y todo eso, prosiguió Z., no solo se aplicaba en nuestro pequeño continente; todos los demás habitantes del planeta se habían habituado a muchos frutos crecidos en el estiércol europeo. Desde luego, en el mundo había un auténtico maremágnum de cronologías y calendarios, pero los ordenadores entendían un único formato de fecha, si bien era verdad que complementos como a. C. o B. C. se sustituían en la medida de lo posible por denominaciones más neutras. Del mismo modo, en cualquier lugar podía encontrarse el sistema métrico de los franceses, las escalas de Celsius y Fahrenheit o la tabla periódica de los señores Mendeléiev y Meyer.

Era difícil decir por qué razón todas las demás regiones de la tierra se habían sometido a las conquistas de los europeos. «En todas partes hay universidades, trenes, exigencias de democracia, logaritmos, botellas de whisky y gafas. A lo mejor son cosas beneficiosas. Sin embargo, no debemos olvidar que también la ametralladora, el campo de concentración y el terrorismo figuran en el haber de Europa».

233 «¿Me permiten que hable sobre el arte de dejar correr las cosas?», preguntó Z.

La pregunta no tuvo muy buena acogida. Un señor mayor que iba en silla de ruedas empezó a hacer un gesto de rechazo con la mano ya desde las primeras palabras. Aun así, Z. no se dejó interrumpir tan fácilmente. «Por regla general», se lamentó, «las personas no saben poner punto final, lo mismo da que se trate de la expansión de un imperio que de una simple discusión conyugal. Es una lástima».

El señor, que se estremecía en su silla de ruedas, no quiso dejar pasar esas palabras.

«¿Por qué?», graznó. «En la mayoría de los casos, la cosa termina sola si uno espera un poco. De eso ya se ocupa la naturaleza matándonos de uno u otro modo. No veo por qué tendríamos que ayudarla en ese aspecto».

«Querido amigo», le respondió Z. «Me parece de lo más loable que condene usted el suicidio. Pero mientras no todo termine por sí mismo, tenemos que dar preferencia a la paz, aunque nos cueste».

234 «Supongo», dijo Z., «que casi todos ustedes tienen un ordenador. En ese caso sabrán perfectamente todo lo que ese aparato puede almacenar, lo rápido que puede rastrear enciclopedias y listines telefónicos enteros y, en fin, las mil y una

combinaciones tortuosas con las que nos deja pasmados. Y todo esto haciéndose más y más pequeño cada año que pasa. ¡Un juguete maravilloso!

»Sin embargo, ¿se han preguntado alguna vez por qué estas máquinas tienen tendencia a rebautizarlo todo? A una carta de amor o al dibujo de un niño los llaman “documento”. Lo que para nosotros es una fotografía o una sonata, para ellos son “archivos”. Aunque por ningún lado se ve pupitre alguno, quieren hacernos creer que nos encontramos ante un “escritorio”, y eso por no hablar del disco.

»Pero eso es solo el principio. Detrás de la “interfaz con el usuario” surge todo un mundo tan esotérico como el de los hobbits. En él hay migraciones sin migrantes y administradores que nadie ha nombrado como tales. Quien aterriza en él se encuentra de pronto con un “registro” que no se sabe muy bien qué registra, o con unos lugares mágicos llamados *spool* y *shell*. ¿Realmente se refieren a conchas y carretes? El peligro acecha igualmente en el BIOS, en el ensamblador o en el System 32. En fin, soy incapaz de recordarlo todo. Una vez me apunté un mensaje de error en un papelito. ¡Aquí lo tengo! Dice así: “AzSqlExt.dll” y “C_1142.nls”. ¡Cuidado! ¡Atención el ignorante que no sepa reiniciar! Si pulsa la tecla equivocada, lo aniquilará el enigmático pero mortal “Error 1321”».

«De acuerdo, todo eso puede ser una lata», le aconsejó el astuto muchacho de diecisiete años, en cuya gorra se anunciaba la empresa syntech.com, «pero, por favor, no destruya su ordenador. No es culpa suya. Todo ese galimatías es responsabilidad de sus creadores, los ingenieros y los programadores. Ellos han desarrollado el hardware y el software de la máquina y le han inoculado su bárbaro sociolecto. Y de ahí que usted, el pobre cliente, al que reducen a mero “usuario”, sienta el impulso de lanzar el prodigio digital contra la pared y encomendarse a los medios tradicionales, llamados papel y lápiz».

235 En otra ocasión, Z. citó a Ósip Mandelstam. Por lo visto, había dicho que una de las virtudes más importantes del poeta era el estar atento. «Por desgracia entiendo poco de poesía», dijo, «pero creo que esta frase puede ser válida para todos nosotros».

236 Una vez, a Z. le dio por hablar sobre el cuarto de baño. Aquella instalación, dijo, que había recibido nombres tan curiosos como evacuatorio, retrete o escusado, era el único lugar que nos ofrecía cierta protección frente a los abusos del mundo exterior.

«En el baño no solo podemos aliviarnos con toda tranquilidad, sino que encontramos un refugio ideal para la lectura privada. Nadie sabe cuántas buenas ideas se les han ocurrido a los seres humanos en ese lugar tan pacífico. Además, ¿dónde, si no, puede uno abandonarse a la meditación sin ser molestado?».

«Eso mientras no aparezca alguien con una necesidad perentoria y empiece a golpear la puerta», replicó el chico de la gorra de béisbol lila, que había vuelto a aparecer de pronto pero que, por lo visto, sentía más bien poco interés por el lugar

idílico del que hablaba Z.

237 «Últimamente se vuelve a oír hablar mucho de la razón de Estado. Lo que no queda claro es quién ostenta esta particular forma de razón. Se supone que se trata de las personas que se reúnen con regularidad en las llamadas cumbres.

»A propósito de esto, me viene a la memoria un primer ministro italiano caído en el olvido que, en 1914, se amparó en el *sacro egoísmo* que correspondía, según él, a su gobierno. Es justo al revés, se podría decir: el individuo puede aducir un egoísmo sagrado, como mucho, cuando la razón de Estado no le deja otra elección. Por citar solo un ejemplo, algo así ocurrió el 20 de julio de 1944 en Berlín».

238 «Que la naturaleza tiene poco aprecio por la justicia social es algo que se pone de manifiesto en el hecho de que la capacidad de aprendizaje está distribuida de forma desigual en cualquier población. A fin de cuentas, en todas partes hay personas que no encuentran dificultad para verificar sus ideas y profundizar en sus conocimientos; algunas incluso lo hacen con sumo gusto. A un médico experto le bastan unos minutos para emitir un diagnóstico, una mujer de la limpieza diligente se habitúa rápidamente a un hogar desconocido, un científico sensato tiene que poder admitir el error que ha cometido en el laboratorio. Sin estas capacidades, una especie como el *Homo sapiens* se habría extinguido hace tiempo.

»Por desgracia, esta clase de dones solo se dan en los individuos. Los colectivos, por el contrario, son muy reacios a aprender. Solo llegan a comprender algo cuando la presión aumenta hasta tal punto que no les deja otra salida. Para comprobarlo, nada mejor, como siempre, que empezar por uno mismo. Una guerra mundial no bastó para persuadir a los alemanes de que codiciar la hegemonía mundial no era una idea demasiado brillante. Tuvo que convencerlos una segunda guerra mundial, que aun así prolongaron, con las consabidas consecuencias, hasta el último mocoso reclutado para el *Volkssturm*».

Era un ejemplo particularmente impactante, prosiguió Z., pero de ningún modo se trataba de un caso aislado. Que recordáramos, si no, a Alejandro Magno, a Napoleón, al PCUS o a otros tantos centenares de colectivos que habían permanecido incorregibles hasta su hundimiento. Incluso allí donde las fuerzas no alcanzaban para la autodestrucción total, parecía que «valor y al toro» fuera uno de los lemas preferidos de la clase política. Una clase política que, por no admitir sus errores, se obstinaría en sus ideas fijas hasta que el desastre fuera completo.

239 «*To paint yourself into a corner*», dijo Z. «¿Conocen ese dicho inglés?». No tenía ni idea de cómo se decía en alemán. Pero se le había encendido la bombilla al escucharlo por primera vez.

«Imagínense que llevan unas horas ataviados con su ropa más raída, brocha en

mano y un bote de pintura al lado. De pronto, se percatan de que han cometido un error y de que ya es demasiado tarde: ante ustedes se extiende una magnífica superficie lisa, húmeda y brillante. Lo han pintado todo hasta quedar arrinconados en una esquina, y no pueden salir sin destruir su propia obra».

«¡Se lo merece!», exclamó el bachiller. «Por no haber puesto atención».

«Entonces, ¿creen que nunca podría pasarles algo semejante? ¿Nunca han invertido tiempo y esfuerzo en un plan, un trabajo o un proyecto, para darse cuenta en un determinado momento de que su situación empeora con cada paso que dan? Siguiendo con nuestro ejemplo, ¿se quitarían entonces los zapatos y saldrían de la habitación de puntillas, aun a riesgo de ponerse los calcetines perdidos de pintura?».

«¡Si solo es eso!», le interrumpió un hombre con aspecto de obrero. «En un caso así, me conformaría con que nadie me hubiera visto en una situación tan ridícula».

«Lo mismo digo», respondió Z. «Sin embargo, la cosa resulta menos graciosa cuando no es un individuo sino todo un colectivo el que se ha puesto entre la espada y la pared. En ese caso, no hay vuelta atrás sin costes elevados. Piensen en un ejército en guerra antes de la derrota, o en una provocación política. Para el que la ha urdido, ya no se trata de minimizar los daños. Seguirá adelante hasta que todo “termine hecho añicos”, como dice una canción de marcha que viene al caso. De este modo, cree poder salvar lo que le es máspreciado: el prestigio, que confunde con su honor».

Le alegraba, dijo Z., que por lo general, en nuestro entorno, las cosas se sucedieran en unos términos algo más civilizados. Así, también en la paz más absoluta, sin derramar ni una gota de sangre, uno podía poner contra la pared la economía de países enteros con tanta eficacia como una moneda instaurada por un aficionado. A escala más reducida, el mismo procedimiento se podía estudiar aplicado a cualquier banco regional o a una cadena de droguerías.

Carl von Clausewitz, el clásico del pensamiento estratégico, ya describió este mecanismo hace doscientos años, afirmando que la retirada era la más difícil de todas las operaciones. Nadie parecía haberlo escuchado.

«Lástima», dijo Z. para cerrar la reflexión, «que el entendimiento, por lo que parece, solo se concede a personas individuales, ¡nunca a la sociedad humana!».

240 Con esta afirmación, Z. había ido de nuevo demasiado lejos. «¿Quiere decir que no quiere saber nada de la democracia?», gritó alguien. Un tipo delgaducho, nuevo en las reuniones, ensalzó las ventajas de la inteligencia colectiva, pero fue llamado al orden y tildado de utopista y soñador. El ambiente pacífico entre los presentes amenazaba con venirse abajo. «Max Stirner», replicó otro. «¡*El único y su propiedad!*». «¿Qué propiedad?».

La pregunta de Z. se perdió en el murmullo de voces. Una señora mayor y decidida que había acudido por primera vez agitó su bastón para dar énfasis a su indignación. «¡No estoy dispuesta a tolerar eso!», exclamó. «Cuando alaba el entendimiento del individuo, se refiere a los autócratas y los psicópatas asesinos,

¿verdad? Sé de lo que hablo, ¡conozco bien Oriente Próximo!».

Z., que había escuchado todo aquello con atención, se sumió en un prolongado silencio. Al fin reconoció que, como otras veces, había pecado de exagerado. «Es lo que ocurre cuando se lleva un pensamiento al límite. También en este error cae más fácilmente el individuo que el colectivo, metiéndose en un callejón sin salida. Por esta vez, me doy por vencido».

Con ello quedó restablecida la paz, aunque solo fuera momentáneamente.

241 Al día siguiente, como si nada hubiera ocurrido, Z. se despachó con los defectos de las semejanzas. «Muéstrenme una sola comparación que no cojee por algún lado», pidió a los presentes. Como nadie respondía, añadió: «No existe nada que sea incomparable. El que pretende ponerlo en duda termina enredado en una contradicción lógica. Para decretar una prohibición sobre la comparación, primero habría que distinguir entre lo comparable y lo incomparable, con lo que uno caería en la trampa de aquello que pretendía prohibir».

242 «No me han dejado hablar», se quejó Z.

«¿Cómo? ¿Cuándo?».

«Anteayer, cuando discutíamos sobre la propiedad. Hablaban ustedes tan alto que nadie podía oír ni su propia voz».

«¿Y qué era lo que nos quería decir?».

«Que nadie puede explicar con precisión qué es la propiedad. ¿Son acaso las ideas propias? ¿El propio ADN? ¿Lo que llamamos amor propio? ¿Un gol en propia puerta? ¿Actúa como tal, en último término, la casa propia, o más bien el capital propio? Muy enigmático, todo ello, pero sobre todo muy propio».

«De acuerdo», dijo el estudiante delgaducho. «Pero, en propiedad, no se trata de eso».

Y, de este modo, también aquella cuestión quedó, por lo menos aquel día, irresuelta.

243 La chapuza, dijo Z., cargaba con una mala fama injusta. En lugar de llevar las botas a que les pusieran una suela nueva, muchos preferían ir a las innumerables zapaterías que proliferaban en las zonas peatonales de nuestras ciudades. La papelería sustituía a la reparación. A él, en cambio, siempre lo embargaba cierta emoción cuando se topaba con alguno de los pocos talleres de zurcido que quedaban.

«Por lo menos, en la política y la economía la chapuza sí sigue siendo el *non plus ultra*. Los gobiernos invierten todo su tiempo en apedazar agujeros. Se emplean presupuestos millonarios, cuando no billonarios, para detener las carreras que van surgiendo; comprar unas medias nuevas, por lo visto, resulta impensable.

»Si la reparación resulta un fracaso, llega el turno de la cirugía. Escalpelo en

mano, se llevan a cabo recortes presupuestarios, se operan metástasis, se remiendan fracturas. Por último se cose al paciente, aunque la curación, como la paz, no dura para siempre. La guerra vuelve a agujerear los tejados recién puestos y abre nuevas heridas apenas se han ido los salvadores; el hecho de que su ayuda haya durado apenas un soplo los hace aún más dignos de admiración».

244 Cuando alguien lo conminó a tomar partido de una vez por todas en el problema del que hablaba en lugar de coser a críticas, para seguir con la analogía, a sus responsables, Z. citó a Alexander Herzen: «La honestidad y la independencia son mis únicos dioses. No quiero marchar bajo ninguna de las banderas que enarbolan cualquiera de los partidos».

245 «Con eso no nos dice nada nuevo», exclamó el joven filósofo impertinente. «¿Acaso estamos condenados a masticar una y otra vez las mismas palabras?».

«Por desgracia, sí», dijo Z. «Que la censura no es buena idea, que la esclavitud no hace ninguna gracia a los esclavos, es algo que hay que repetir, lamentablemente, hasta la saciedad, aunque uno se haya hartado de oírlo. La política es el eterno retorno de lo mismo. ¡Y no solo la política! También la cultura es un rumiante. No hay más que ver los prefijos que utiliza: todo lo que empiece por *neo*, *retro* o *post* es viejo conocido. Hasta casi se podría creer que no se nos ocurre nada nuevo. Como ven, de corazón les doy la razón,¹ por mucho que les pese».

246 «¿Les asustan los hexámetros? Antes había gente que se los aprendía de memoria, incluso en griego. Pero no es necesario. Basta con dejarse mecer por los dactilos; a los cinco minutos la cosa sale por sí sola, como cuando se aprende a nadar».

No todos quedaron convencidos; algunos que no sabían nadar replicaron que no era tan sencillo.

Dijo Z.: «Si quieren, les cuento lo que me ha sucedido a mí. Solo viajo en avión cuando no tengo más remedio. En los aeropuertos te hacen la vida imposible. Una vez a bordo, los altavoces no paran de perforarte los oídos con indicaciones superfluas. Y lo peor de todo es cuando tienes que pasar una noche entera en uno de esos montones de chatarra.

»Una vez tuve que viajar a Nueva York, no me pregunten por qué. El vuelo dura unas nueve horas. Se hace difícil de soportar sin un anestésico eficaz. Naturalmente, me había preparado: en el equipaje de mano llevaba una manejable edición en papel biblia de la *Odisea*. Como soy demasiado inculto para leer los veinticuatro cantos en su lengua original, me había hecho con la vieja traducción de Johann Heinrich Voss.

»El runrún de sus hexámetros no me adormiló, sino que me mantuvo despierto. El argumento es más trepidante que cualquier thriller, y engancha tanto que, una vez has

empezado, ya no puedes dejarlo.

»Rechacé la bandeja con pollo tibio y no abrí las bolsitas, latitas y botellitas que me ofrecían. Lo único que quería era que me dejaran en paz. Al poco de sobrevolar Boston, al despuntar el día, leí los últimos versos:

Tente ya, no prolongues la guerra que a nadie perdona, no se irrite contigo el Cronión de la voz larga en ecos. Así dijo Atenea, gozose él de oírla, aquietose.¹

»El tiempo me pasó como volando».

247 «Hoy propongo que hablemos sobre el aliento, el hálito, la respiración.

»No pretendo ofender a los químicos, pero por regla general me contento con los cuatro elementos tradicionales. Me basto y me sobro con el fuego, el agua, el aire y la tierra. Puedo prescindir perfectamente de las pocas decenas de elementos transuránicos que los ambiciosos investigadores han descubierto o inventado hasta el momento.

»Sin duda objetarán que el aire no es ningún elemento, sino una mezcla de gases que aspiramos, expulsamos, que nos falta o que corre, y todo eso ya sea fresco, puro o viciado, saludable o cargado. ¡Qué equilibrio más asombroso y preciso el de esta mezcla, con qué exactitud se ajusta a nuestros pulmones!».

«Es justo al revés», replicó nuestro zoólogo. «Somos nosotros quienes nos hemos adaptado al aire. Eso es lo que llamamos evolución.

»De hecho, la mayoría de los seres vivos prescinden completamente del aire. Este elemento no apareció en la Tierra hasta hace trescientos cincuenta millones de años. Todos los seres que ya existían antes, por ejemplo bacterias de todo tipo, se las apañaban y siguen apañándose con el hierro, el azufre, el arsénico, el nitrógeno, el metano y otras sustancias. Sencillamente respiran, si queremos llamarlo así, a través de la piel. El oxígeno no les sirve para nada; de hecho, para ellos constituye un veneno.

»El resto de los habitantes del planeta tuvieron que acostumbrarse con esfuerzo a la nueva mezcla de gases. A algunos animales, como los insectos, las arañas o los peces, se les ocurrió respirar a través de pequeñas aberturas o de branquias. Fue una solución relativamente sencilla».

«Seguro que ahora el señor Z. nos sale otra vez con el viejo Brehm», murmuró alguien.

Pero el zoólogo prosiguió su lección impasible. «En cambio, los reptiles, anfibios, aves y mamíferos, igual que nosotros, se encapricharon con un órgano extremadamente complejo y lujoso. Para que no se nos corte la respiración necesitamos pulmones, lo que significa pañuelos de papel, penicilina, radiografías, sanatorios, etcétera, etcétera».

Z. no tenía nada que objetar. En silencio se encendió un purito. Entonces, algunos de los presentes empezaron a toser y otros decidieron cambiar de aires y esfumarse.

248 «Creo que fue una filósofa norteamericana quien acuñó el concepto de *historical luck*. Lamentablemente, no recuerdo su nombre. De todos modos, enseguida comprenderán a qué se refiere este término. No es necesario ningún horóscopo; basta con conocimientos elementales de historia y geografía.

»Imagínense que hubieran nacido siendo hija de una cocinera en 1610, o hijo de un zapatero judío de Galitzia trescientos años más tarde, o, por qué no, incluso huérfano en Somalia hace unos años. En fin, con las peores cartas; con mucha probabilidad, más tarde o más temprano habrían muerto de hambre o asesinados. Esta clase de reflexión zarandeja hasta tal punto la idea de justicia que difícilmente, o en absoluto, puede ya recuperarse».

249 A Z. le irritaba la expresión inglesa *brain drain*, fuga de cerebros, que se había instalado en los interminables debates sobre la emigración.

«Millones de personas abandonan su país porque esperan encontrar en otro lugar algo mejor que la muerte. A menudo se trata de los que gozan de un mayor nivel de educación. Así, el talento de científicos, médicos, técnicos y otros especialistas redundan en beneficio de la sociedad que los acoge, mientras que la región que han abandonado se empobrece aún más.

»A algunos estas ventajas de la emigración les parecen escandalosas. Pero ¿contra quién dirigen sus reproches? ¿Contra los que emigran o contra los que dicen darles la bienvenida?».

El verbo *drain*, prosiguió Z., significaba literalmente «agotar, sangrar». De este modo, el país de acogida aparecía como un vampiro neocolonial que se aprovechaba de la vitalidad de los huidos.

«¡Al contrario, queridos autoflageladores! La realidad es que no se trata de ningún *brain drain*, sino de un *brain squeeze*. Muchos países del planeta, por no decir la mayoría, están gobernados por personas que hacen todo lo que está en su poder para deshacerse de cualquier atisbo de inteligencia que surja dentro de sus fronteras. Hace unas décadas, entre estos países se contaba también Alemania, que, como es bien sabido, no se ha recuperado de la expulsión de sus mentes más brillantes hasta hoy. Un éxodo de este tipo no es ninguna excepción. La enumeración de todos los Estados que sabotean de este modo su propio futuro sería interminable.

»Las consecuencias de todo ello son difícilmente previsibles. Mientras que las casas destruidas y las calles sembradas de minas, las cañerías reventadas y las clínicas destrozadas se pueden reparar en unos años, los talentos expulsados permanecen insustituibles durante generaciones. Los señores de la guerra, los dictadores y los cleptócratas dejan tras de sí no solo tierra quemada, sino un vacío desesperado en los cerebros».

250 «Hasta el más ardiente panegirista de la biodiversidad se pone a balbucear cuando se refiere a los mosquitos, las chinches y las garrapatas. Lo mismo ocurre con la diversidad de los dones naturales humanos, entre los que se incluye la estupidez. Sus variedades son tan numerosas como las de los lirios, solo que no están tan estudiadas. ¿Me permiten llamarles la atención sobre una de estas variedades, que suele infravalorarse?».

Valía la pena, dijo Z., diferenciar, dentro de la estupidez que todo lo empapaba, los casos puntuales. Distinguir al idiota nato era tarea fácil. Más peliaguda resultaba la cosa cuando una persona inteligente se mostraba de pronto como un imbécil. Eso ya no era moco de pavo. Ninguna lumbrera de la ciencia, ningún filósofo reconocido, ningún poeta famoso estaba a salvo de empezar a decir de pronto idioteces. Un ejemplo de ello era la canciller alemana Angela Merkel, una mujer sin duda inteligente que había llegado incluso a afirmar la estupidez de que «si fracasa el euro, fracasa Europa». Quizá, pensaba Z., ella misma se llevaría las manos a la cabeza tan pronto como recuperara el juicio.

Con todo ello, concluyó Z., solo pretendía decir que nuestra inteligencia caminaba en todo momento sobre una fina capa de hielo. Un tropiezo imperceptible y uno se precipitaba y se hundía en las profundidades de la idiotez. El espectador ocioso que presenciara alguno de estos incidentes haría bien, en su propio interés, en cubrir esos deslices del cerebro con el manto del amor al prójimo, aunque fuera un prójimo lejano.

251 «Hacerse invulnerable», dijo Z., «es un deseo que la humanidad alberga desde tiempos inmemoriales. Los germanos ya pretendían protegerse mediante conjuros, raíces, hierbas y tatuajes, y todavía hoy muchos guerreros africanos creen ser inmunes a las balas gracias a la magia. Una forma más diluida de estos trucos la encontramos no solo en muchos juegos de ordenador, sino también en las personas que participan en discusiones públicas.

»Algunos citan nombres famosos o se amparan en supuestas autoridades; otros creen desarmar toda crítica anticipándose a ella. Todavía resulta más eficaz dejar que el oponente fracase por sí solo dejándolo adivinar qué significa el oráculo de turno. Una prueba más de que confiamos más en la superstición que en la razón».

252 «Tengo que confesar que el otro día me engañé a mí mismo y a ustedes. Cuando uno se pierde en un recuerdo, puede ocurrir que llegue a creerse todo tipo de disparates. Les pido disculpas por ello.

»Demasiado tarde recordé que no fue ninguna filósofa quien había explicado al mundo qué es la *historical luck*. Por lo visto, o bien me inventé este concepto, o bien lo confundí con otro que no tiene su origen en ninguna dama imaginaria, sino en dos

renombrados caballeros norteamericanos: la *moral luck*. Esta suerte de moral hay que agradecerse, ahora lo sé, a Thomas Nagel y Bernard Williams. En este caso, no se trata de la mera arbitrariedad del nacimiento, sino de la cuestión de la imputabilidad. Suerte en este sentido la tiene aquel que nunca se ha visto puesto a prueba.

»«¿Qué habrías hecho si...?». He aquí una pregunta que invita a la reflexión. Solo las personas extremadamente presuntuosas y engreídas estarán dispuestas a contestarla sin empacho a su favor. De lo que se deduce que el problema no se presta para un juego de sociedad. Así pues, mejor pasamos a otro tema».

253 Z. se encendió uno de sus finos puritos y dijo de pronto que a veces pensaba en Dios. Algunos de los presentes emitieron suspiros de lamento, pero Z. no se dejó amedrentar.

Dios era muy difícil de encontrar, prosiguió. Antiguamente, uno al menos sabía adónde tenía que dirigirse: al Olimpo, al Walhalla o incluso al Cielo. Pero ¿y hoy?

«Si hacemos caso de los teólogos, uno de los atributos de Dios es la omnipresencia. Pero ser ubicuo significa estar en todas partes, y no solo en el espacio, sino también en el tiempo; de ahí, si no lo he entendido mal, la eternidad.

»Así pues, debe de tratarse de un tipo de campo parecido al del éter, que se puso de moda en el siglo XIX, cuando la física cuántica apenas daba sus primeros pasos. Por desgracia, todavía no disponemos de los órganos, las antenas y los detectores para medir el espín y la carga de esta sustancia fantasmal.

»La ubicuidad no siempre es una bendición. El capital, el Estado y los anuncios anhelan tener ese estatus. Esperemos que no lo alcancen nunca».

Sin embargo, cuando se refería a un ser superior que estaba presente siempre y en todas partes, entonces Z. no entendía la omnipresencia como una amenaza. Al contrario, al menos a él le gustaba la idea. Y con esta modesta conclusión Z. se dio por satisfecho de momento.

254 Un súbito viento arremolinado sopló a través de las copas de las viejas hayas y arrancó el colorido follaje de sus ramas. «Deberíamos aprovecharlo. Supongo que saben tan bien como yo que ninguna de estas hojas, y aquí se cuentan por millones, es idéntica a otra».

«Eso no me lo creo», dijo uno de los alumnos del instituto que haraganeaban a nuestro alrededor.

«No hay más que observarlas de cerca para comprobar que lo que digo es cierto. Me lo enseñó un filósofo que murió hace trescientos años. ¿Vamos a ello?».

Nosotros vacilamos, pero a los alumnos les hizo gracia el juego y empezaron a levantar las hojas una tras otra para compararlas, mientras Z. se divertía haciendo crujir la hojarasca que le llegaba hasta los tobillos por un pequeño sendero abierto bajo las hayas.

255 Antes solía ir a menudo al cine o, lo que era aún peor, al teatro, dijo Z. Pero ya había abandonado esa costumbre. Ahora prefería que alguien le contara las películas, obras de teatro, series de televisión y creaciones similares. Así te ahorrabas mucho tiempo. No tenías que invertir toda una tarde en ello. En diez minutos, como mucho, te habías puesto al día. Y si tenías la suerte de tener mujer de la limpieza, mejor que te lo contara ella antes que alguna reseña de periódico. «Cualquier tipo que conozcas una noche en el bar de la esquina también sirve, por no hablar de ustedes, que son tan amables de hacerme compañía».

Y aún más fructífero que un solo confidente era que tres o cuatro personas te contaran lo que habían visto. En esos casos, siempre quedaba fascinado por la inventiva y la falta de reparos de los resúmenes. Cada cual se acordaba solo de lo que le interesaba más y eliminaba todo lo que le parecía superfluo, es decir, casi todo.

Se le había ocurrido, concluyó Z., que quizá se podía aplicar ese mismo procedimiento a los productos de la literatura, sobre todo en los casos en que el autor infligía al lector una lectura de días, si no semanas o meses.

256 Que si a alguno de nosotros le apetecía expandir la conciencia, quiso saber Z.

«No sé qué tiene de malo», le replicó su adversario predilecto, el estudiante de filosofía.

«¿Y cómo se hace tal cosa?».

«Hay una gran variedad de técnicas para escoger. Algunas las probaron a fondo los místicos. ¡Por no hablar de las tradiciones de los chinos y los indios! Otros prefieren experimentar con las drogas. ¡No tiene nada de nuevo!».

«Comprendo», dijo Z. «La cuestión es a qué nos conduce todo ello. ¿Es realmente deseable dilatar cada vez más lo que llamamos conciencia? ¿No corremos el peligro de que nos estalle la cabeza? ¿No podríamos hacer lo contrario, descongestionarnos hasta reducirnos la conciencia, y soltar así todo el lastre? A lo mejor sería más refrescante y saludable, aunque difícilmente lograríamos llevar el proceso hasta el vacío total».

«Como siempre, juega usted con las palabras», respondió el adversario de Z. «A eso justamente es a lo que se dirigen técnicas como la meditación, el yoga, el tao y otras. A un entrenamiento de este tipo, que exige la máxima concentración, puede llamarlo expansión o alienación, solo son dos polos de la misma fuerza».

«Le agradezco las explicaciones», dijo Z., y esta vez incluso pareció que lo decía en serio.

257 «¡Qué zona templada ni qué ocho cuartos!», se quejó Z. «Pronto volverá la época en que tengamos que envolvernos como momias para salir de casa. Sin abrigo, bufanda, guantes y un buen calzado, nuestra salud correría un grave riesgo. Además, cada día se hace más oscuro».

Tenía razón. El frío húmedo y la neblina, que cubrían los prados con su espesor, a muchos nos habían afectado al ánimo. Únicamente el señor callado del traje de tres piezas permanecía impasible.

Como nos confesó más tarde, Z. había estado a punto de preguntarle si no pensaba quitarse las gafas de sol de una vez. Suerte que había caído en la cuenta a tiempo de que aquel espectador mudo a lo mejor era ciego. «Así de sencillo», dijo, «nos resulta pasar por alto lo que tenemos delante de las narices».

258 De pronto aparecieron dos mujeres enfundadas en sendos jerséis de punto noruego y con el cabello recogido en una cola, que tiraban con largas correas de una abigarrada jauría.

«¡Menudo zoo!», dijo Z.

«Solo son perros», dijo alguien que conocía el parque como la palma de su mano. «Esas dos mujeres me suenan. Son profesionales. Se dedican a pasear animales domésticos porque sus dueños, demasiado ocupados, no encuentran ni diez minutos para sacarlos a la calle».

«Vaya, otro de esos nuevos oficios superfluos con los que las personas superfluas tienen que ganarse el pan», maldijo Z. «Y, por cierto, ¿cómo sabe que son perros? Uno parece un puf, otro un ternero, el tercero una peluca y el último de ahí atrás anda con unos aires que se diría una jirafa de cuello corto. Sin una prueba de ADN, nadie podría adivinar que todos esos bichos pertenecen a la misma especie».

«El mérito es de la cría», explicó el experto en perros. «Lo que usted llama puf es un pequinés, y a ningún dueño le gustará que confunda su boloñés con una peluca. No es que no tenga ni idea, ¡es que no le gustan nada los perros!».

«El ruido más desagradable que hay en la naturaleza es el eterno ladrido de esas bestias. Muerden, babean y todo lo llenan de pelo. ¡Y ese olor! Por supuesto, los culpables de todas esas deformaciones grotescas son los que se hacen llamar sus dueños. Nadie querría toparse con un lobo en medio de la oscuridad, pero al menos no es un sucedáneo del amor hecho al gusto de su dueño».

Z. no debería haber sacado ese tema; con ello había perdido las simpatías de muchos oyentes. «¡Eso no puedo tolerarlo!», exclamó una señora mayor que hasta entonces siempre había apoyado a Z. También otros que siempre lo habían seguido ahora se alejaban de él.

259 Dirigiéndose a los pocos que habían perseverado hasta entonces, dijo Z.: «Ha llegado el invierno. A partir de ahora ya no vendré por aquí. Me costará prescindir de su compañía, mientras que ustedes, espero, harán su vida contentos y felices sin mí».

Algunos protestaron, pero Z. rechazó sus objeciones. «Agradezco su cordialidad», dijo, tras lo cual cogió su sombrero y se marchó.

A MODO DE CODA

También nosotros nos dimos por satisfechos. Menos uno, quizá el último de los leales, a quien la despedida de Z. dejó intranquilo. Por mucho que intentamos disuadirle, emprendió una serie de pesquisas que, como era previsible, resultaron infructuosas. Ni la oficina de empadronamiento ni la de pasaportes habían oído hablar jamás de un tal señor Zeta.



HANS MAGNUS ENZENSBERGER (Baviera, 1929) es uno de los creadores más agudos y significativos de nuestro tiempo. Ha fundado y dirigido revistas culturales (*Kursbuch* y *The Transatlantic*), es un poeta extraordinario, ensayista personalísimo y polémico, autor teatral, realizador de documentales cinematográficos, etc. También fue fundador y miembro durante muchos años del jurado del Premio Anagrama de Ensayo. Entre sus numerosos galardones figuran el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades y la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid, otorgados en 2002; en Francia, en 2009, recibió la Orden de las Artes y las Letras. En Anagrama se ha publicado gran parte de su polifacética obra: los ensayos recogidos en *Detalles*, *Política y delito*, *El interrogatorio de La Habana* y otros ensayos, *Para una crítica de la ecología política*, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, *Conversaciones con Marx y Engels*, *Migajas políticas*, *¡Europa, Europa!*, *Mediocridad y delirio*, *La gran migración*, *Perspectivas de guerra civil*, *Zigzag*, *El perdedor radical. Ensayo sobre los hombres del terror*, *En el laberinto de la inteligencia. Guía para idiotas* y *El gentil monstruo de Bruselas o Europa bajo tutela*, las novelas *El corto verano de la anarquía*, *Vida y muerte de Durruti*, *Josefine y yo* y *Hammerstein o el tesón* (declarado el mejor libro de 2010 por la revista francesa *Lire*), los libros de poemas *Mausoleo* y *El hundimiento del Titanic*, la obra teatral *El filántropo* y la antología de textos *Los elixires de la ciencia. Miradas de soslayo en poesía y prosa*.